



¿QUIÉN MATÓ A
MOLLY BLUM?

Sandoval, Ana María

¿Quién mató a Molly Blum?/ Ana María Sandoval; con prólogo de
Lucrecia Méndez de Penedo -1a. ed.- Buenos Aires: El 8vo. Loco,
2010.

192 pp.; 19x14 cms - (69/ Argentina es Latinoamérica; 4)

ISBN 978-987-24885-3-6

1. Narrativa Guatemalteca. I. Méndez de Penedo, Lucrecia, prolog.

II. Título

CDD G863

anamaríasandoval

¿QUIÉN MATÓ A MOLLY BLUM?

SEGUIDO DE UNA PRESENTACIÓN A CARGO DE
LUCRECIA MÉNDEZ DE PENEDO

© El 8vo. loco ediciones, 2010

Buenos Aires | Argentina

www.el8voloco.com.ar

info@el8voloco.com.ar

Diseño de tapas e interiores: **LU** - grafica@el8voloco.com.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*



Los forenses alzaron la sábana blanca que cubría el cuerpo de la mujer y salieron de la morgue, serenos y asépticos, dejando el cadáver a cargo de los empleados de la funeraria. Afuera los esperaban cinco o seis reporteros, ávidos de los pormenores para condimentar la noticia con el morbo indispensable. Respondieron brevemente, describiendo sus hallazgos en términos técnicos.

Los empleados de la funeraria no se inmutaban ante la desnudez helada de la mujer. De la víctima, que ahora tenían entre manos, enfundada en un vestido azul, no sabían nada ni les interesaba saberlo. Hacía tiempo que los cadáveres habían perdido el poder de impresionarlos; estaban acostumbrados a ver las caras vacías de los muertos y ya no se detenían a reflexionar sobre el misterio de que apenas unas horas antes esas manos se movían, esos ojos veían y esos labios hablaban; no eran conscientes de que los sesenta kilos de huesos y carne que depositaban en el ataúd, hasta hacía poco tenían nombre, domicilio y dueña; sobre todo eso, una propietaria que reclamaba como suyo lo que ya era un bulto inerte, un bulto que ella solía llamar “yo”. Suyas eran aquellas manos tías a las que les decía “mis manos”, esos pies en los que confiaba para caminar, predecibles como cada centímetro de su piel, conocidos como su rostro en el espejo.

El bulto deshabitado había quedado a merced de los otros, de esos extraños que la abrieron en canal, hurgaron sus partes, la cosieron a la brava y la depositaron en un estuche de madera. Diez manos encima y adentro, que ya no pudo rechazar, que la llevaban de acá para allá sin poder decir no quiero, déjenme en paz.

La indiferente pulcritud de las mesas de disección no decía la cantidad de historias que se había descifrado en ellas; porque, aunque los forenses cada vez se impresionaban menos y

se limitaban a escribir el informe, sabían muy bien que de esos cuerpos indefensos siempre se extraía una historia, empezando por el motivo de la muerte, que de entrada clasifica a las personas. A los que mueren de cáncer se les tiene piedad y queda la zozobra de que esa maldición puede caerle encima a cualquiera; en cambio, ante la muerte por sida, sobredosis, enfisema pulmonar o cirrosis hepática, hay una especie de encogimiento de hombros y el pensamiento fugaz de “se lo buscó”. Las muertes en accidentes de tránsito disparan una ola de preguntas: ¿cómo fue?, ¿murió en el acto?, ¿cuántos iban en el carro? Finalmente, los asesinatos y homicidios provocan curiosidad y morbo, que se disfrazan de interés por conocer los pormenores del delito, como en el caso de la mujer que acababan de archivar.

8 A juzgar por el revuelo de la prensa y de la policía, la difunta era famosa, aunque los forenses jamás habían oído mencionar su nombre. La causa de la muerte era evidente: dos disparos que acertaron en el corazón y en el hígado... pero el cuerpo les contó un poco más de esa célebre desconocida: un callo en el dedo medio del pie, la cicatriz de una operación de apéndice, manos cuidadas y músculos firmes. Excepto por el daño causado por las balas, el organismo estaba en buen estado y se atrevieron a conjeturar que había seguido las normas para gozar de buena salud, lo que les hizo deducir que era una persona disciplinada e interesada en su bienestar. Así, con dos o tres conclusiones, hicieron un breve retrato preliminar de la víctima.

En la funeraria, bajo el alud de flores, el féretro parecía la *prima donna* de una ópera trágica. En la pared de fondo, un telón de terciopelo azul oscuro ostentaba un crucifijo dorado. Cuatro cirios gordos rodeaban el ataúd y decenas de personas hacían fila para asomarse a esa ventana de vista unilateral, en la que observarían a la difunta hasta convencerse de que ya no se movía ni respiraba.

Los reporteros, armados con micrófonos y cámaras de televisión, interrumpieron el llanto de cinco plañideras que se iban en suspiros. Intentaron filmar el espectáculo fúnebre pero un hombre alto y decoroso, en nombre del respeto, el dolor, la memoria de los muertos y una larga letanía, los echó a empujones llamándolos buitres insensibles. Se conformaron con permanecer afuera, entrevistando a los dolientes que iban saliendo. Había de todo, empezando por un hombre bajo y gordo que marchaba rodeado de guardaespaldas, a quien, desde lejos, los de la prensa confundieron con un capo de la mafia, pero al hacer un acercamiento descubrieron que se trataba del ministro del Interior. Siguieron desfilando frente a las cámaras los viejos amigos y los admiradores de la difunta, sobre todo muchos admiradores. En una de tantas tomas, la cámara encuadró a un borracho que se doblaba sobre el ataúd, llenando el vidrio con babas, mocos y lágrimas. No pudieron averiguar de quién se trataba, pero por la intensidad de su dolor dedujeron que debía de haberla querido mucho.

La policía, como ocurría en esos casos, no tenía pistas ni ideas sobre el móvil del asesinato; eso sí, aseguraron que todo el rigor de la ley caería sobre el culpable cuando lo descubrieran.

El cuerpo bañado de flores, que esa mañana era una mujer que hablaba, reía y llevaba el futuro anotado en la agenda, era ahora un dolor para sus deudos, un ataúd para el sepulturero, una víctima para el asesino, un informe para los forenses, un delito sin resolver para la policía y una noticia de última hora para la prensa, pero más allá de esas perspectivas, ¿quién era ella?

Me llamo Esperanza de la Concepción y estoy muerta. Morí hace... no lo sé, he dejado de medir el tiempo porque esto es la vida eterna y la eternidad no tiene horas, minutos ni segundos. El tiempo no existe, nosotros lo inventamos. Estoy en el más allá que, visto desde este lado, es el más acá, todo depende de dónde esté uno parado, aunque en mi caso eso es un decir, ya que los pies y el resto quedaron guardados en mi última maleta... la de madera forrada de satén blanco, con una pequeña ventanita para que mis amigos hicieran su derroche de llanto, contemplando mi cadáver al tiempo que exclamaban: “¡Pero qué linda está, si hasta parece que está dormida!”.

IO

Aquí todo se ve diferente. Junto con el peso del cuerpo te desprendes de todo lo que significaba algo o mucho para ti: tu nombre, los datos que te definían, el dinero, las expectativas, el auto y la hipoteca. Vistas desde acá, resultan pequeñas y ajenas las cosas que creíste grandes y tuyas: tu trabajo, tus problemas, tus amantes, tus parientes, tus amigos, tus... nada, ya no eres dueño de nada. Ellos quedaron allá, haciendo lo suyo, o lo que hasta el último aliento creerán suyo. Te das cuenta de que ya no estás ligado a nadie, ni a la gente que cargabas, ni a la que cargaba contigo.

Apenas puedes recuperar algunos instantes de lo que fue tu vida, rescatar los recuerdos más persistentes o aquellos que sin saber por qué, se cuelan por los agujeros de tu vieja memoria. Mi vida no fue nada espectacular, ni siquiera algo digno de ser contado en una novela, más bien fue una existencia simple, como la de cualquier ser humano. Ahora lo sé, porque cuando estamos vivos nos sentimos protagonistas de un drama que alguien sigue con atención, un ojo en el cielo o qué sé yo. En realidad, no hay destino, nada está escrito, eso que llamamos “vida” es una

sucesión de hechos, de decisiones y consecuencias. Eso que llamamos “vida”, sin importar si duró quince o noventa años, al final puede reducirse a unas cuantas líneas.

Mi madre se casó con un hombre al que le regaló su voluntad. Como las mujeres de su época, su mayor aspiración era darle a su marido un hijo que probara su hombría y que perpetuara su sangre, como se perpetúan los males y las desgracias. Pasaron tres años... y nada; él sentenció que ella era estéril y se largó con otra. Mamá buscó consuelo en la iglesia pero consiguió algo más, porque después de varios meses ayudando al padre Tomás en los menesteres eclesiásticos, resultó embarazada y en el término preciso nació yo. Por eso me llamó Esperanza de la Concepción, porque a pesar de todo, nunca había perdido la esperanza de concebir.

Cuando tuve edad suficiente para preguntar por mi padre, ella me mostró la foto de su marido y me dijo que era un teniente muy valiente, que se había marchado a luchar por la patria. Yo no entendía por qué, si mi padre era un héroe, las gentes del pueblo nos trataban a mamá y a mí como si tuviéramos una enfermedad contagiosa. Hasta su propia familia le había dado la espalda. Nos teníamos solamente la una a la otra y tal vez por eso ella me soterraba bajo la avalancha de su afecto. Dormíamos en la misma cama; a veces me miraba con los ojos húmedos de llanto y yo presentía que guardaba tristezas que nunca me confiaría. Me vigilaba constantemente y me prohibía hablar con la gente del pueblo, seguramente para que no escuchara los chismes sobre mi origen, pero era imposible evitarlo y no faltaron las vecinas o conocidas que, por mi propio bien, me inyectaron su veneno.

Así me enteré de que antes de su embarazo mamá había sido una modista respetable. En verdad era buena cosiendo, aún recuerdo los vestidos que me hacía y me doy cuenta de que era una artista; pero cuando sus clientas dejaron de buscarla tuvo

II

que dedicarse a coser camisas de partida, que un vendedor ambulante le compraba por docena. Eran prendas simples y feas, de tela barata. Trabajaba muchísimo para ganar una miseria. Cuando conseguía ahorrar un dinerito lo gastaba en telas buenas y encajes con los que confeccionaba, para las dos, lo que ella llamaba “ropa decente”.

En la época de navidad el trabajo se quintuplicaba y ella prácticamente se la pasaba cosiendo día y noche, casi sin dormir; yo me acostaba temprano, arrullada por el parloteo monótono de su máquina. Entonces extrañaba las historias que solía contarme antes de ir a la cama; la mayoría eran falsas, pero me las narraba como si le hubiesen ocurrido a parientes suyos, reales o imaginarios. Tuvo que inventar una familia para regalarme la ilusión de arraigo, de pertenecer a un clan que le diera coherencia y sentido a mi vida. Así, fueron desfilando en mi mente el abuelo aventurero que encontró una mina de oro y luego la perdió en el juego, la tía espiritista que sacaba a las ánimas del purgatorio y conversaba con los muertos, la prima que embrujaba a los hombres y los convertía en perros, y una serie de personajes que se convirtieron en mi verdadera familia, en la única.

Un día, cuando yo tenía seis años, regresó a casa el señor de la foto, su marido. Llegó como si nunca se hubiera marchado. Me vio con odio y a ella le pegó hasta cansarse. Yo no comprendía aquel heroísmo. Esa noche fue la primera lejos del lecho de mi madre. En la sala me improvisó una cama con un colchón viejo y ya no hubo más historias de parientes locos, sólo escuché el chirrido acelerado de la cama y el vozarrón ordenando algo que la hizo llorar.

Esa misma semana, una madrugada fría y encapotada de niebla, se detuvo un carro frente a la casa. El sonido del motor me despertó y de pronto apareció mi madre con mi mejor vestido, recién planchado. Me lo puso sin decir palabra, me envolvió en su chal de lana, me besó y me llevó hasta la puerta. Allí esperaba

una mujer enorme y robusta que me alzó en brazos. Yo no quería irme y me aferré a mamá con todas mis fuerzas... que eran muy pocas. La mujerona me arrancó como a un herbajo frágil y me subió al auto. Nunca volví a llorar tanto. Me lanzó en el asiento trasero y se sentó a mi lado; yo intentaba abrir la puerta para bajarme y volver a casa, pero ella me sujetó con rudeza. Adelante iban dos hombres, uno de ellos fumaba un habano y el olor me hizo vomitar. El otro se volvió furioso y me insultó por haber ensuciado la alfombra. Me dormí cansada de llorar, con un vacío terrible en el estómago.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero cuando desperté era ya casi medio día. El sol me pegaba en la cara y el chal me producía un calor insoportable. Tenía el pelo empapado en sudor y el vestido lleno de vómito tieso. El auto se detuvo frente a un edificio grande; a través de la reja observé a muchas niñas uniformadas que jugaban en el patio; entonces una monja llegó a recibirme. La grandulona bajó conmigo y nos llevaron a una oficina donde le entregaron unos papeles que ella firmó. Se alejó sin mirarme.

La madre superiora llamó a sor Isabel y, viéndome de reojo, le indicó que yo era la recomendada del padre Tomás. Ella asintió y me pidió que la siguiera. Caminamos por largos corredores de pisos brillantes, hasta que llegamos a un cuarto enorme lleno de camas alineadas a ambos lados; señaló una sobre la que descansaba un uniforme como el de las niñas que jugaban en el patio. La hermana me explicó que aquella sería mi habitación, que al final del pasillo encontraría el baño donde debía ducharme, vestirme con el uniforme y bajar al comedor. Yo no sabía por qué estaba allí ni cuánto tiempo me quedaría, pero no me atreví a preguntar nada; a pesar de que la monja parecía bondadosa, el miedo me cortaba la voz.

El agua de la ducha era tan fría que cuando me cayó sobre la espalda sentí que no podría respirar más, pero pasada la primera

sacudida sobrevino una sensación agradable de limpieza. El jabón olía bien y era reconfortante quitarme el tufo a vómito y sudor. El uniforme me venía grande pero eso no importaba, tenía cosas más importantes en mente, como el ofrecimiento de bajar al comedor.

El almuerzo consistía en pescado frito con cebolla y col hervida. Yo odiaba el pescado y me molestaba el olor de la col, pero comprendí que las concesiones culinarias de mi madre habían quedado atrás; comí disciplinadamente la escasa ración y observé que para ninguna de mis compañeras era suficiente, porque limpiaban el plato con el pequeño trozo de pan que nos daban. Seguramente las hermanas querían prevenir el pecado de gula, y lo hacían muy bien.

14 Rezábamos a toda hora, repitiendo oraciones monótonas que yo detestaba. Después del *Angelus* cenábamos algo ligero, como sopa de verduras, y nos mandaban a la habitación. Teníamos prohibido hablar, jugar o hacer desorden en los dormitorios. La primera noche que estuve allí no hablé con nadie, pero al siguiente día, la niña de la cama vecina me preguntó si también yo era huérfana. Cuando le respondí que no, que yo tenía madre y padre, me dijo, con total seguridad, que debían de ser personas muy malas para haberme enviado a un orfanatorio, y que si ella se encontraba en ese lugar era porque sus padres habían muerto. Fue entonces cuando supe dónde estaba y que mi madre era mala.

Su maldad quedó confirmada a medida que pasaba el tiempo y no llegaba a rescatarme. Cuando estaba en clases imaginaba que de un momento a otro llamarían a la puerta y anunciarían que mi madre me esperaba en la dirección para llevarme con ella. Entonces yo saldría triunfante ante las miradas tristes y envidiosas de mis compañeras; mamá me abrazaría y todo volvería a ser como antes. La imaginaba de pie al final del corredor, con su vestido verde y el collar de perlas blancas, tendiéndome los

brazos. Pero los días se convirtieron en semanas, en meses y en años, y me cansé de esperar.

El encuentro anhelado ocurrió cuando ya no lo anhelaba más, el día que cumplí quince años. Yo estaba en el salón de clases y fueron a buscarme porque mi madre me esperaba en la dirección. Mi corazón armó un redoble y las piernas me temblaron, pero a medida que caminaba hacia ella me daba cuenta de que ya no quería verla, de que algo se había roto y nada podía hacer con los pedazos.

Aunque me angustiaba la idea de marcharme con mamá, tampoco quería quedarme en el orfanatorio. Al final no tuve que tomar ninguna decisión porque ella no estaba allí para rescatarme. No encontré a la mujer del vestido verde y el collar de perlas; en su lugar, una señora vieja me miraba desde el fondo de sus ojeras. Ni siquiera se levantó a abrazarme. Bajó la mirada y vi en sus manos un frasco de mermelada de naranjas: “La hice para ti”, dijo mientras me la extendía. Llevaba un vestido floreado, de tela ordinaria, sucio, raído y con el cinturón descosido. Ese despojo era lo que quedaba de mi madre. Quise abrazarla y pedirle que me contara de nuevo las historias del abuelo aventurero y la tía espiritista, pero me di cuenta de que se le habían secado las palabras. Quedamos en silencio un tiempo que se alargaba demasiado. De pronto me preguntó en un susurro: “¿Cómo has estado?”. La pregunta me sonó a latigazo. Respondí: “Bien”.

¿Qué iba a decirle? Ella estaba ya muy lejos, donde no podía alcanzarla más. Yo había quedado atrás y ella no podía recuperarme. Al despedirse me abrazó con fuerza, como si quisiera rescatar a la niña que había perdido en aquel cuerpo de mujer. Yo le devolví el abrazo, buscando a la madre que había perdido en el cuerpo de aquella vieja, pero no estaba allí. La vi alejarse por el corredor y volví al salón de clases con el tarro de mermelada en la mano.

Seis meses después de aquel encuentro soñé que dormía con ella; el lecho era tibio como antes, y sentí de nuevo aquel olvidado bienestar. Al día siguiente desperté tranquila, casi dichosa, pero a media mañana la madre superiora me llevó a la capilla y me pidió que me arrodillara a su lado. Con la vista fija en el altar mayor, me informó lentamente que mamá había muerto la noche anterior. No pude llorar. Mamá fue un rompecabezas siempre incompleto, incomprensible. Una historia a la que nunca pude ponerle punto final.

En ese tiempo empecé a escribir cuentos, quizás como un recurso para no perder las invenciones de mi madre. Llené varios cuadernos que ocultaba de las hermanas, porque como estaba en plena adolescencia, solía poner en palabras el fuego que empezaba a correrme por el cuerpo y las fantasías que lo azuzaban. Un buen día, uno de mis escritos cayó en manos de Carmen, una compañera de habitación; al principio temí que me delatará, pero para mi sorpresa le gustó tanto que me pidió que le prestara otros. Así empecé a cobrar cierta fama como escritora, y un selecto grupo de irreverentes nos reuníamos por las tardes en un bosquecito contiguo al orfanatorio, lejos de la mirada omnipresente de las hermanas. A mis amigas las excitaban mis historias; seguramente ellas habían tenido los mismos sueños y deseos, pero no podían llevarlos al papel. Guardé celosamente mis cuadernos y, gracias a la lealtad de aquella hermandad literaria, nunca cayeron en poder de la censura eclesiástica.

Al cumplir los veinte años tomé la decisión más difícil de mi vida. La madre superiora había venido insistiendo con que me hiciera novicia, y yo, en un arranque de sinceridad, le dejé muy claro que no tenía vocación ni me interesaba la vida religiosa. Ella se lamentó de que sus enseñanzas hubiesen fracasado conmigo, ya que no había podido sembrar en mi corazón la gratitud y la fe; acto seguido me informó que sólo como

novicia podría quedarme; de lo contrario había llegado la hora de dejar el internado.

Yo no tenía adónde ir. Le pedí que localizara a alguno de mis parientes en el pueblo y respondió que ya había hablado con un primo de mi madre, que le aseguró no saber quién era yo. En un intento desesperado mencioné al padre Tomás. Entre furiosa y nerviosa me gritó que ya era obispo y me advirtió que no debía importunarlo. No tenía a nadie. Afuera de esos muros había un mundo que no conocía y donde no podría sobrevivir sin ayuda. El miedo a salir era más fuerte que la rabia por tener que quedarme. No había elección. Fui a la habitación para tratar de calmarme y que la madre no notara mi enojo cuando le comunicara que aceptaba ser religiosa.

Cuando llegué al cuarto, sor Isabel se acercó sigilosamente y puso entre mis manos un sobre. Allí estaba escrito el nombre y la dirección de Jacinta, una sobrina suya; en la carta le explicaba quién era yo y le pedía que me ayudara. La abracé y le di las gracias. En aquel trozo de papel estaba mi libertad. Me dio dinero suficiente para pagar un taxi y me pidió que la llamara de vez en cuando. Empaqué lo poco que tenía, apenas mis cuadernos y dos o tres objetos sin valor.

El apartamento de Jacinta estaba en un edificio viejo, de paredes descascaradas. Subí los tres pisos y por fin estaba frente a su puerta; golpeé varias veces pero el bullicio que se escuchaba adentro apagaba mis tímidos llamados. Finalmente salió a abrir un tipo barbudo, con un cigarrillo en la mano. Me vio de pies a cabeza, como si hubiera llegado de otro planeta, y cuando le pregunté por Jacinta, la llamó a gritos. No la había imaginado así. Vestía pantalones desteñidos y una camiseta que dejaba ver sus pezones puntiagudos. Se colocó el cigarrillo entre los labios mientras leía la carta de sor Isabel. Me lanzó una mirada de interrogación, y con la mano me indicó que pasara. En la sala estaban dos muchachas y tres tipos. Sobre la mesa había una

colección de botellas de vodka y vasos vacíos. Todos fumaban y hablaban a la vez. Les gritó que callaran y me presentó como “la novicia rebelde”. Rieron a carcajadas. Yo no me explicaba en qué lío me había metido. Por un momento pensé que me había equivocado de casa y que aquella trastornada no podía ser la sobrina de sor Isabel.

Me senté invisible en una esquina y los observé largo tiempo. Hablaban a voces acerca de las cosas que habían leído, de la música que cambiaban en el tocadiscos y de la obra que montarían en un par de semanas. Pescando frases sueltas entendí que eran actores, aunque no me los imaginaba representando autos sacramentales ni pastorelas el único teatro que yo conocía. Títulos de libros iban y venían pero ninguno me sonaba familiar. De pronto una de las muchachas, por lástima o por crueldad, me preguntó si había leído a un tal Yanpol nosecuantos. Respondí que en el internado sólo nos permitían lecturas religiosas. Nuevas carcajadas. Quise salir corriendo, pero entonces el barbudo subió a la mesa y los aplacó diciendo que la Biblia debía tomarse en serio, que todo lo humano tenía cabida allí: la guerra, la venganza, el incesto, el erotismo, el poder, el odio... Una de las chicas lo interrumpió: ¡Entonces, el Vaticano debería prohibirla! Todos rompieron a reír con más ganas.

Dos horas más tarde se habían marchado y quedamos a solas Jacinta y yo. Sin decir palabra empecé a recoger el desorden pero ella me pidió que lo dejara y que le hablara de mí.

—No hay mucho que contar, en realidad la vida en el orfanatorio era muy simple.

—Es que no puedo imaginar cómo una persona puede pasar toda su existencia encerrada en un lugar así, aislada del mundo. Realmente es como si hoy empezaras a vivir.

Esa frase me dejó pensando, porque era verdad.

—No sé por qué te parece tan extraño; tu tía Isabel vive allí.

—Ah, pero eso es distinto. Ella llevó una vida normal, en el mundo, y de pronto a los diecisiete o dieciocho años decidió hacerse monja. Si lo piensas, es lo contrario de lo que te ocurrió a ti.

Mientras conversábamos, Jacinta me ofreció un porro, pero al aspirar el humo sentí ganas de vomitar; el trago de vodka me quemó la garganta y decidí que eso no era para mí. Le dije que no quería ser una molestia para ella y que cuanto antes buscaría un empleo. Respondió que en el teatro necesitaban una asistente y que me recomendaría.

Al día siguiente Jacinta me advirtió que no podía presentarme en el teatro con el uniforme del internado y me ofreció algunas de sus ropas. Cuando me vi al espejo ya no era yo, era ella, Jacinta, o una mala imitación suya. Me sentía como en un cuerpo ajeno, pero en poco tiempo me acostumbré a aquella vestimenta.

El empleo en el teatro era temporal y yo necesitaba encontrar un trabajo fijo para independizarme. Vivir con Jacinta no era fácil; las reuniones, las discusiones a gritos y la música a todo volumen estaban enloqueciéndome. Ella bromeaba diciéndome que parecía una anciana, pero el contraste con el silencioso orden al que yo estaba acostumbrada no podía ser mayor.

La solución llegó por casualidad una mañana. Jacinta buscaba un zapato debajo de la cama y descubrió la caja con mis cuadernos. Abrió el primero y leyó. Yo la veía en silencio, esperando que soltara la carcajada, pero no. Me vio sorprendida y dijo que yo era un diamante en bruto, que tenía un don para hilvanar historias que debía cultivar. Le agradecí el cumplido. Ella me ofreció que hablaría con dos amigos suyos, dueños de una pequeña editorial que publicaba escritores nuevos. “Ellos pueden pulirte, ayudarte para que esto que escribes sea publicable, porque creo que tienes pasta de narradora.” Yo no podía creer que las cosas fueran tan fáciles, ni que mis relatos tuviesen más valor que el de entretener a unas adolescentes aburridas, pero me dejé llevar por la intuición

de Jacinta y al día siguiente me entrevisté con mis futuros editores. A Archibaldo y a Teobaldo mis obras los entusiasmaron más de lo que imaginé. Su alegría fue mayor cuando les informé que había escrito quince cuadernos en un año.

—¡Si sigues a ese ritmo, pronto estarás en el libro de *Guiness*! —dijo Teo saltando de gozo.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—¡Hija mía, eso es pasar a la historia! ¡Imagínate! podrías compartir página con el hombre que estuvo cuarenta y ocho horas escarbándose la nariz y con el autor del eructo más largo y potente del mundo.

Respondí que la fama no me interesaba, que lo que yo necesitaba urgentemente era dinero para alquilar una pieza y vivir por mi cuenta. Hasta allí todo iba bien. Me preguntaron mi nombre, y cuando se los dije me vieron con lástima. Archibaldo se frotó la frente mientras miraba fijamente la punta de sus zapatos.

—Tenemos que cambiarlo —asestó.

—¿Por qué? ese es mi nombre y no quiero otro —protesté.

—Archi tiene razón. Perdóname, querida, pero Esperanza de la Concepción Zavaleta González no vende, ¡no, no, no y no! Los nombres con gancho deben ser cortos y extranjeros.

—¿Qué te parece Molly Blum? —intervino Archibaldo.

—¡Bello, bellissimo! ¡Eres un genio, *monsher!* —se trenzaron en un abrazo. Se separaron cuando tomé la caja con mis cuadernos y vieron que me disponía a salir. Yo no tenía la más remota idea de dónde habían sacado ese extraño nombre pero no me gustaba, en absoluto.

—¿A dónde crees que vas, chiquita? —reclamó Teobaldo.

—No aceptaré un nombre que parece marca de budín o de pasteles instantáneos... Sara Lee, Molly Blum, Betty Crocker, Penny Lane, da lo mismo, yo quiero llamarme como me llamo.

Había compasión y odio en las miradas que me lanzaron. Finalmente acepté el cambio y desde ese día mi nombre literario

fue Molly Blum, aunque nunca averigüé de dónde sacaron aquel disparate.

Mis libros fueron un éxito de ventas y pronto pude comprar en cuotas un bonito apartamento que quedaba frente a una placita donde jugaban los niños y cagaban los perros. Archi y Teo supervisaban constantemente mi trabajo y proponían los argumentos que, según ellos, tendrían más público.

Al año siguiente continué escribiendo al mismo ritmo. Cierto es que los argumentos de las novelas no cambiaban mucho, lo reconozco, pronto me di cuenta de que modificando el escenario, el color y los nombres de los personajes, la cosa marchaba. Resultaba entonces que, por ejemplo, *Los polvos del Sahara*, *La Rosa de Vietnam* y *Días de sake y lotos*, venían a ser variaciones sobre un mismo tema. En la primera, unos beduinos raptaban a una chica y se la llevaban al desierto; la segunda era una historia de guerra, sangre y muerte, pero esta vez los soldados yanquis raptaban a una vietnamita llamada Rosa, quien se vengaba de la manera más terrible. La tercera contaba el amor tormentoso entre un samurai y un instructor de karate que luego lo engañaba con una geisha y se marchaba con ella.

Como era de esperarse, no faltaban los críticos que se ocupaban de señalar mis pequeños errores, nimiedades sin importancia que pasaban inadvertidas a mis lectores habituales. Por ejemplo, nunca olvidaré una de las cartas que me envió un profesor llamado Hermenéutico, que decía algo así: “Usted afirma que el samurai se suicida haciéndose un *ikebana* en el estómago, pero déjeme decirle que el acto de clavarse un puñal en el abdomen se llama *harakiri* (averigüe qué es *ikebana*). Debo aclararle que Aristóteles, el filósofo de la antigua Grecia, no se apellidaba Onassis, ni era dueño de una flota de barcos, como tampoco es cierto que en sus ratos libres escribiera manuales sobre ética y política. Es un gran error decir que el *Tao Te-King* es un libro motivacional escrito por Mao Zedong, quien además impartía

cursillos de superación personal los fines de semana. Por otra parte, sepa usted que la limpieza étnica no tiene nada que ver con jabones humectantes, por lo tanto lo que dice en *La erupción balcánica* es una espantosa prueba de ignorancia. Lo que más me indigna es esto que se lee en la contratapa de uno de sus libros: ‘Molly Blum es la escritora del momento. La riqueza de sus personajes es impresionante, ya que en estos tiempos de crisis mundial no cualquiera tiene veinte yates, ochenta palacios, cien camellos y un avión con piscina, como los que posee el jeque de *Los polvos del Sahara*’. Señora Blum, es intolerable que usted publique esas falsedades con total impunidad. La historia la juzgará”.

22

Sin embargo, para dicha de mis lectores, seguí publicando las emocionantes aventuras que ponían sal y pimienta a sus vidas insulsas. Por cada carta como la de Hermenéutico llegaban doscientas de lectores y lectoras agradecidos, que con admiración me decían frases como estas: “¡Usted debe haber viajado tanto, a lugares tan exóticos y salvajes! Imagino que su vida es una sucesión de aventuras excitantes como las que narra en sus exquisitas obras literarias”.

Lo más hermoso de todo esto es que siempre pude plasmar, en sus múltiples y exactas dimensiones, la cultura de tantos países que yo jamás visité. Nunca crucé las fronteras de mi patria y sin embargo mis lectores me imaginaban viajando de un sitio a otro, viviendo las aventuras apasionantes que tejía para ellos.

Me adapté rápido y bien al mundo; puede decirse que triunfé, pero quería algo más: un romance como los de mis novelas. Ahora sé que esa clase de amor sólo es una invención, aunque en ese momento creí que podía ser real, y así, tropezando una y otra vez, me enredé en relaciones que cojeaban aunque yo me empeñara en hacerlas correr. No acerté una. El primero fue uno de los amigos de Jacinta, que me llevó a la cama mientras sus camaradas seguían bebiendo y discutiendo. Fue un experimento

físico. En ese entonces creía que de esa clase de fricción podría surgir fuego, y buscándolo hice varias fogatas que se extinguieron a la mañana siguiente. De los hombres que tuvieron alguna importancia, recuerdo especialmente a cuatro, no sé muy bien por qué. Por ejemplo, Demetrio, el hombre que más me amó. ¿Dónde estará ahora?

23

El viejo salón había quedado en penumbra; la luz amarillenta de la bombilla apenas dibujaba el contorno de las botellas en la estantería del bar y de las sillas sobre las mesas. Un disco rayado hacía tartamudear a José Alfredo hasta que el cantinero movía la aguja y el lamento salía fuerte y claro: *Me cansé de rogarle, me cansé de decirle que yo sin ella de pena muero...* Anclado en la barra, el único parroquiano levantó torpemente la cabeza como si la sostuviera un resorte flojo; lanzó un grito resbaloso: aajúa, lloró, se limpió las babas y los mocos en la manga de la chaqueta, y suplicó: “¡Sírvenme otro trago, por tu madrecita santa, ¿no ves que estoy de duelo?”.

24

El cantinero se hizo el desentendido secando un vaso ya seco y la voz resbalosa exigió: “¡Sírvenme otro trago, hijo de puta!”. Hizo a un lado el vaso y el paño; tomó la botella de aguardiente, llenó la copa y pensó que con suerte el fulano quedaba noqueado y podía arrastrarlo hasta dejarlo tendido en la acera.

La voz del borracho seguía resbalando por su lengua:

—Se veía tan linda, si hasta parecía que estaba dormida la condenada. Era una perra, pero yo la amaba; era una puta, pero cómo la quería. Por esa maldita, que en gloria de Dios esté y mis palabras no le hagan ruido, abandoné a mi mujer que era una santa y a mis hijitos, inocentes criaturas. ¡Si yo te contara mi desgracia! —de nuevo se limpió los mocos y las babas en la manga mojada y relumbrosa. *Los mariachis callaron, de mi mano sin fuerzas, cayó mi copa sin darme cuenta, ella quiso quedarse, cuando vio mi tristeza, pero ya estaba escrito que aquella noche perdiera su amor.* La aguja se quedó atorada, barriendo el final del disco.

—Dale, repítela otra vez, ¿no tienes *El Rey*? —el cantinero apagó el tocadiscos.

—Es hora de que te vayas, Demetrio. Es muy tarde y debo cerrar o perderé el autobús —el borracho lo vio con sus ojos de brasa, como si no entendiera.

—¡Si yo te contara mi desgracia! —la lengua se le quedó atorada en la última palabra.

—Me la has contado cientos de veces, ahora vete, sal de aquí —el cantinero hizo ademanes como de ahuyentar a un perro y guardó la botella.

—Yo la amaba, compadre, como ningún hombre ha amado a ninguna maldita mujer en este mundo de mierda. Ella se aprovechó de mi cariño, me hizo suyo y después me abandonó. ¿Sabes por qué me abandonó? ¿Lo sabes o no lo sabes? ¡Porque ella era el diablo! Yo sé lo que te digo, me embrujó, me arrastré a sus pies como un gusano, le pedí que me perdonara y ella ¿qué hizo? ¿Sabes lo que hizo? ¿Lo sabes o no lo sabes? Me dio una patada en el culo y me puso en la calle. Pero ahora ya no puedo hablar mal de ella, ¿sabes por qué no puedo hablar mal de ella? Porque está bien muerta —un nuevo acceso de llanto le quebró la voz—. ¡Se murió la pobrecita, tan buena que era y yo tanto que la quería!, pero no se murió por su cuenta, ¿sabes cómo fue? ¿Lo sabes o no lo sabes? Le metieron dos plomazos en el mero corazón; ni siquiera tuvo la suerte de Rosita Alvírez, que de los tres tiros que le dieron nomás uno era de muerte. A mi pobre Esperanza los dos balazos la dejaron sin vida. ¡Y yo cómo la quería! A pesar de que era una perra yo la amaba, que en paz descanse y en gloria de Dios esté. ¿Sabes por qué la quería? ¿Lo sabes o no lo sabes? No, qué vas a saber tú, ignorante de mierda.

25

—Demetrio, vete ya o tendré que echarte.

—¿Tú y cuántos más? —intentó alzar los puños pero sus manos sin fuerzas cayeron con todo y copa—. Te estoy contando mi desgracia y sólo piensas en echarme. Esperanza me dejó, sólo me usó para escribir su novela... *Pasión a domicilio* se llamaba. Yo trabajaba en la editorial que le publicaba sus cosas, era conserje,

mensajero, mozo de limpieza, lo que se ofreciera, porque siempre he sido colaborador y servicial. Ella siempre fue muy amable conmigo. Me miraba, sonreía y me saludaba, que ya era mucho decir porque casi todos pasaban de largo como si yo no existiera. Un día me mandaron a dejarle unos papeles a su casa y ella me dijo que entrara, que si tomaba un refresco, que si esto y lo otro y cuando vine a sentir nos habíamos enredado. Ella abusó de mí, compadre, *te lo juro por Dios que me mira, y te lo digo llorando de rabia*. Yo sólo estaba trabajando honradamente. Viví con ella unos días ¡y todo para qué! Un día me pescó leyendo unos papeles que tenía sobre su mesa y me sacó a patadas, ¡por no ver que en esos cochinos papeles hablaba de mí!... pero con otro nombre.

—Demetrio, por última vez, vete ya o perderé el autobús.

26

—Caí en la peor desgracia. Ya no trabajaba, ni comía, ni vivía, sólo bebía. Andaba pidiendo limosna en la calle cuando me encontró Claudia, ¿sabes quién es Claudia? ¿Lo sa... —el cantinero lo interrumpió con un grito.

—Sí, sé quién es Claudia. Fue tu novia de juventud, te encontró mendigando, te llevó a la pensión barata donde vives, paga el hospedaje y te busca una o dos veces por semana para que le echés un polvo —dio un puñetazo en la barra.

—¡Así me gusta, San Bernardo, que te sepas bien mi vida! Sí, ella me mantiene ¡y qué! No tiene dónde caerse muerta, trabaja como bestia en una mugrosa oficina y cuenta los centavos para pagarme el cuarto y los tragos. Tiene miedo de que su marido se entere y la mate, pero sigue conmigo, soy su puto, su querido —la risa terminó en llanto.

—Basta, Demetrio, vete o te arrastraré a la calle. En cinco minutos sale el último autobús.

—¡Joder! Aquí tienes suficiente pa que te pagues un taxi, maricón de mierda; ya me voy, ahí te queda esto, por lo que te debo y para que veas que soy buen amigo —le alargó un fajo de billetes.

—¿De dónde sacaste tanto dinero? —preguntó el cantinero, mientras lo guardaba apresuradamente.

—No preguntes —respondió Demetrio. Llegó tambaleándose a la puerta y salió.

El sonido de la persiana metálica al cerrar el bar le produjo a Bernardo una angustia extraña. La calle estaba desierta y demasiado oscura para sentirse seguro; empezó a caminar como si lo persiguieran. De pronto las luces de una patrulla le salieron al paso. Aparcó y bajaron dos agentes. El más alto se dirigió hacia él.

—¿Usted trabaja en la cantina La Corona de Laurel?

—Así es —balbuceó.

—¿Conoce a este hombre? —la fotografía mostraba la cara inconfundible de Demetrio. Bernardo titubeó.

—No estoy muy seguro, es un bar muy concurrido, tal vez sea uno de los clientes, ¿por qué lo buscan? —inmediatamente se arrepintió de preguntar, no quería problemas con la ley. El que nada sabe, nada teme.

—Es uno de los sospechosos por el asesinato de la escritora, ¿vio el noticiero?

—Sí claro, pero no conozco a esa señora —el oficial lo interrumpió.

—Aquí tiene mi tarjeta, si sabe algo avísame pronto. Ah, y recuerde que el encubrimiento es un delito grave —sonrió con sarcasmo y caminó hacia la patrulla.

—Está bien, si veo a Demetrio me comunicaré con usted de inmediato —el policía dio la vuelta en redondo.

—¿Cómo ha dicho? ¿Sabe el nombre del sujeto? —Bernardo sintió que le oprimían el cuello.

—Usted me lo dijo... ¿no es así?

—No, no se lo dije. Entonces lo conoce, será mejor que nos acompañe a la comisaría —lo tomó por el brazo y el brillo de las esposas lo hizo tragar en seco.

27

—De acuerdo. Lo conozco pero no sé dónde vive; viene al bar todas las noches y se queda horas hablando, contando siempre las mismas estupideces. Yo le sigo la corriente. Es un pobre borracho que no levanta cabeza desde que esa señora, la muerta, lo echó de su casa.

—¡Qué interesante! ¿No te parece, Eugenio? —el otro asintió— Muy bien, le diré qué haremos. Por el momento queda libre, pero pasado mañana por la noche iremos al bar, tiene tiempo suficiente para localizarlo, así es que esperamos que Demetrio Ríos se presente, asegúrese de que esté allí y no sospeche nada; si no acude, lo detendremos a usted —el tono del oficial no requería respuesta, menos otra pregunta.

—¿Por qué a mí?

—Por encubrimiento —dijo molesto—. Así es que más vale que su amigo lo visite el próximo viernes.

28

Los agentes volvieron a la patrulla que se alejó despacio. Bernardo no sentía las piernas, pero igual pudo seguir andando hasta que las luces rojas y azules dejaron de azotar las paredes de la cuadra.

Demetrio miente. No lo eché a patadas. Lo bueno es que ahora no puedo enfurecerme por nada, simplemente veo las cosas desde lejos. La verdad es que yo atravesaba un período de sequía creativa, y por más revistas que leyera o programas de farándula que viera, no se me ocurría ninguna historia nueva. En ese momento llamaron a la puerta y pensé que era una señal. Era él, que llevaba unos documentos que yo debía firmar. Lo vi despacio y me gustó. No es que fuera guapo, pero me conmovió su mirada. Se encendió la chispa y bueno... lo invité a pasar. Él se sorprendió, por supuesto, pero aceptó la invitación; que no venga ahora con el cuento de que lo embrujé, nada de eso; ni que fuera yo la prima hechicera que convertía a los hombres en perros. Tampoco es cierto que tuviera esposa e hijos, ese fue un detalle que inventó a última hora para añadirle dramatismo a la historia, o para conmover al cantinero. Ninguna mujer lo soportó más de dos días porque era un latoso, y se pegaba como chicle en el zapato. Lo único bueno que me dejó aquella aventura fue el material para una de mis mejores historias: *Pasión a domicilio*. Claro que exageré lo de la pasión, porque el pobre no era gran cosa como amante, ni como hombre, ni como nada.

29

Se obsesionó conmigo y cuando, según yo, era hora de apagar la fogata, él insistió en quedarse. Me amaba con un amor empalagoso, como el que debió patentar mi colega Corín Tellado. No me dejaba en paz y a mí me daba mucha pena despedirlo con grosería, pero al final sólo me quedaban dos opciones: matarlo o echarlo por la fuerza... me incliné por la segunda y, cuando lo sorprendí leyendo mi manuscrito, aproveché la ocasión. Le dije firmemente que se marchara de inmediato; pero nada de patadas ni de malos tratos, la violencia doméstica no iba conmigo.

La oficina era un salón rectangular, gris y monótono. Las cuatro secretarías rodeaban el escritorio de Claudia, que de pronto se sintió el centro de su universo mediocre.

—¿Entonces, es cierto que tu amigo la conoció? —preguntó la flaca de pelo rojizo.

—No sólo la conoció, vivieron juntos. Dice que se veía muy bella en el ataúd, que parecía que estaba dormida.

—Pues linda no era, la verdad, tenía la boca demasiado grande y los ojos chicos, además, esas cejas tan pobladas... estaban bien para la Frida, que tenía un bigote interesante, pero a ella la hacían vieja. ¿Cuántos años tendría? Yo le echo unos treinta y ocho, o sea que tampoco era jovencita —terció la rubia bajita.

—Pues como dicen las feas, la belleza se lleva por dentro, y esa mujer sí que era grandiosa, ¡qué sensibilidad! ¡Qué manera de tocarte las fibras del alma! La revista semanal *Caprichos* no será la misma sin sus cuentos —suspiró la flaca pelirroja.

—Yo leí varias de sus novelas y me parecieron muy fuertes. La única que me gustó de veras fue aquella sobre el ama de casa frustrada que toma unas vacaciones, se enreda con el ascensorista del hotel y luego regresa a su hogar, fresca y relajada, a enfrentarse con nuevos ánimos a los platos sucios y al marido aburrido...

—¡Ya la recuerdo! Se llamaba *Vacaciones subidas*, realmente excelente —interrumpió la rubia.

—¿Y qué me dicen de *Mata y deja vivir*? Es sobre una chica que tiene que matar al amante porque va a revelarle al marido que el hijo que viene en camino es suyo, es decir del amante, pero ya el marido lo sospechaba y entonces la chica debe matar también al marido porque él quiere matarla a ella con el bebé incluido —la pelirroja quedó sin aliento.

—¡Esa no era *Mata y deja vivir*! Se llamaba *Los padres de Sánchez*, ¿no es cierto? —las otras asintieron.

—Sin duda era una de las escritoras más importantes de nuestro tiempo. Como dice el diario, millones de lectoras lloran su irreparable pérdida. Se cree que dejó una novela a medias... imposible saber cómo pensaba terminarla —concluyó la morena.

—La mejor de todas es aquella historia sobre las seis amigas que se reúnen en un albergue para hablar pestes de los hombres y rumiar las barrabasadas que les han hecho a ellas, pobres y buenas víctimas. Me encantó el final feliz, cuando cada una busca su pareja entre ellas, se quedan tan contentas y ya no están tristes nunca más, ¿quién necesita a un hombre para ser feliz? —dijo la rubia suspirando.

—¿Recuerdan esa otra que clamaba por ser película de Hollywood? *Los espectros tercermundistas* creo que se llamaba, y trataba sobre varios espíritus que violan sucesivamente a una muchacha que tienen presa en la mansión. Lo más impactante es cuando ella queda embarazada y no encuentra a ninguno de los fantasmas para que le reconozca a la criatura. ¡Escalofriante! —la pelirroja se frotó los brazos como si sintiera frío.

—¿Y qué me dicen de *Te di media vida y la otra mitad también*? ¡Es tan romántica! Aguardar tantos años el regreso de un hombre, sin esperanzas de volver a verlo, marchitándose en un rincón, olvidada de sí misma, huyendo de la vida como una rata cobarde... Es algo sublime, inigualable. ¡Qué historias, Dios mío, qué historias! Si hacen que a una se le ponga la piel de gallina. ¿Cómo poder amar así, hasta la entrega total? —la rubia temblaba.

—A mí, sinceramente la que me encantó fue *Cuerpo caliente como chocolate*. Esa muchacha, la protagonista, era un prodigio en la cocina... Siempre pensé que le hubiera ido mejor publicando recetarios de comida mexicana que como incendiaria —dijo la morena, con un dejo de nostalgia en la mirada.

—Cuéntanos más sobre Molly Blum, ¿era en la vida real tan apasionada como las protagonistas de sus novelas? —la rubia se quitó las gafas y se acomodó sobre el escritorio.

—Ni más ni menos —Claudia no quería perder su inesperada importancia y decidió cambiar un poco la historia—. Dice mi amigo que lo adoraba con una pasión explosiva. El pobre tuvo que dejarla porque ya no comía ni dormía de puro follar y follar día y noche.

—Ah, esas mujeres tienen un nombre científico, deja que recuerde... ¡numismática!, sí, ¿entonces Molly era una de esas numismáticas insaciables? —preguntó la pelirroja.

—Exactamente. Yo sospecho, aunque mi amigo no me lo dijo, que no le bastaba con un hombre, seguramente tenía fuego para quemar varios cartuchos y ella como si nada...

32 —Mmmm, ¡qué mujer tan indecente! —exclamó la morena mordiendo los labios.

—¡Uy, chicas, vean la hora que es! Son casi las seis y yo todavía tengo que ir a recoger al niño a casa de mi hermana, planchar el uniforme de Pablito y revisar los deberes de Adelaida. Me voy corriendo, mañana nos sigues contando, ¿sí, Claudia? —la rubia tomó su bolso y salió. Detrás de ella se fueron las otras, despidiéndose con besos al aire.

Claudia tuvo suerte al encontrar un asiento vacío en el autobús, junto a la ventana, como le gustaba. Su mirada se perdía en las casas y rótulos que pasaban fugaces, sin pedirle nada a su mente. Palpó el rollito de billetes dentro de su sostén y pensó en los zapatos rotos de Rocío, su hija mayor. Entristeció, pero sabía que la tristeza se borraría cuando pusiera en las manos de Demetrio el dinero sudado que palpitaba junto a su corazón. El autobús se detuvo. Era la última parada, más allá no había asfalto y las calles eran sombrías como los transeúntes que caminaban presurosos, con las manos en los bolsillos, viendo hacia todos lados, previendo un asalto o un golpe por la espalda. En la

esquina, las brasas saltaban haciendo chispas que volaban jubilosas, ajenas a la sordidez del escenario. Una mujer, envuelta en un chal negro, vieja por edad o por derecho, soplabla el escaso fogón para mantener calientes la olla de café y un par de salchichas duras. Claudia se detuvo, encontró en el bolsillo varias monedas, las contó y le pidió a la mujer dos bocadillos. Ella, mecánicamente, puso las salchichas dentro de dos panes viejos, los envolvió en un trozo de papel y se los alargó. Recibió y contó las monedas; revisó el contenido de la olla, apagó el fuego y empezó a guardar sus cachivaches en un carrito de supermercado que cojeaba de una rueda.

Claudia llamó varias veces, pero Demetrio no abrió. Buscó la llave y entró a tientas, palpó la cama y encontró el bulto que era su amante. El tufo a sudor y a aguardiente la golpeó y sintió ganas de vomitar, cuando una mano torpe la retuvo y la acercó hasta encontrar su boca. El beso de saliva fétida le dijo que era hora de empezar. Se acostó a su lado, adivinó en la penumbra sus torpes movimientos al abrirse la bragueta, mientras ella se subía la falda, se quitaba las medias y las bragas. Abrió las piernas, él se colocó encima sin saber adónde ir, ayudándose con las manos, sacudiendo sin poder despertarlo, al protagonista de un nuevo acto fallido. “Aquí, aquí”, murmuró ella mientras intentaba indicarle el camino. Era inútil. Demetrio se levantó. Claudia se puso de nuevo la ropa interior y se bajó la falda. Lloró, pero él no podía verlo.

—Perdóname, reina —dijo indiferente, como si le hubiese dado un pisotón accidental.

—No importa, otra vez será. El sexo no es todo en la vida —quiso creerlo, pero ¿qué era todo en la vida?, ¿lo que encontraría al llegar a casa? ¿Un marido disgustado por su tardanza, una niña con los zapatos rotos y un pequeño con los pañales llenos de caca?—. Te traje estos bocadillos, seguramente no has comido.

—Gracias —recibió el paquete y lo puso sobre la mesa pintada de rojo.

—Y aquí tienes —sacó el rollo de su sostén— para que pagues la pensión y lo que haga falta —no encontró la felicidad que esperaba y se preguntó por qué no se cumplía el adagio “Hay más alegría en dar que en recibir”. Algo funcionaba mal en ella, ¿se estaría volviendo mala?

—¿Pior si venías muy ganosa, mamacita? Te prometo que la próxima vez sí te daré tu merecimiento, es que lo de Esperanza me tiene muy triste, ¿sabes que... —Claudia presintió que empezaría a hablar sin parar, repitiendo las mismas historias; vio el reloj y pensó en la furia de su marido. Estaba indecisa entre sentarse a escuchar o salir corriendo de ese cuarto que le revolvió el estómago.

34

—Ya lo sé, mi amor, pero ahora perdóname porque me tengo que ir, mañana me lo cuentas, y por favor no vayas al bar esta noche, ya tomaste demasiado, ¿me lo prometes? —se lo dijo ya llegando a la puerta, tenía que salir de allí antes de que la atrapara con su verborrea.

—¿Te vas? Está bien, abandóname aquí, total qué soy yo, un gusano que sólo merece la muerte —alcanzó a escuchar esa última frase cuando cerraba la puerta.

Claudia había sido siempre una marioneta que los demás movían a su antojo; lo sabía y estaba resignada, no intentaba liberarse, pero ¡si tan sólo tuviera la sensatez de elegir a un buen titiritero! ¿Cortar los hilos? Ni pensarlo, sería demasiado doloroso, y si ya no había una mano arriba para hacerla saltar, se quedaría inmóvil, muerta en un rincón, acariciada solamente por el polvo y las arañas que tejerían telas pegajosas sobre su rostro, sus brazos y sus piernas. Languidecería así, apresada en las redes del olvido. Era preferible bailar al compás de un organillo monótono y triste, y no quedar a merced de sí misma. El miedo a la soledad era demasiado grande, había que vencerlo como fuera,

complaciendo, ayudando, protegiendo, siendo la caja de resonancia que amplifica el dolor ajeno para no escuchar el propio; viviendo en función de los demás, ya que eso al menos le garantizaba seguir viva. Si perdía a los otros tendría que encarar esas verdades que la herían a fondo como el bisturí de un profano; era mejor la anestesia de la entrega al prójimo, mil veces mejor llenar sus días con cientos de estúpidos actos para complacer a quienes no se darían nunca por satisfechos. ¡Bendita la roca de Sísifo, que plantea cada día una tarea concreta y conocida, y que cierra las puertas a la libertad terrible de veinticuatro horas en blanco! ¿Y si la roca no rodara cuesta abajo? ¿Qué ocurre si un día, por fin, cansada de emprender el mismo camino, se queda en la cima? Entonces el dilema sería intolerable para los brazos vacíos, expertos ya en empujar piedras. Por eso no hay que soltarla, ni perderla, y si de pronto se queda quieta, es necesario arrastrarla hacia abajo, con fuerza y decisión, porque mañana es otro día y hay que empezar de nuevo.

35

Aguantó el dolor de vidrios quebrados que la ganaba por dentro; corrió a la parada del autobús apenas a tiempo para alcanzarlo. Demetrio salió detrás de ella, trastrabillando, siguiendo a tientas las paredes que lo separaban del bar.

La he visto, pobre Claudia, porque hacerse cargo de Demetrio no es nada fácil. Ella, a decir verdad, está más salada que la mujer de Lot... sospecho que ese romance no durará mucho. ¡Cómo me hubiera gustado escribir esa historia! El idilio de la oficinista y el fracasado hubiese sido un verdadero éxito de ventas. Aunque... quién sabe, porque mis lectores gustan de ambientes glamorosos o exóticos; seguramente rechazarían la miseria de esos pobres amantes... sí es que se puede llamar amante al bruto de Demetrio.

Por otra parte, estoy un poco decepcionada, en verdad esperaba que mi muerte fuese más que un suceso de nota roja, pero los noticieros se han concentrado en eso, en el asesinato. ¿Qué hay de mi obra?, ¿y los homenajes póstumos? Espero que sea cuestión de tiempo, aunque yo ya no tengo mucho. Sí, ya sé que esto es la vida eterna, pero ayer por fin vino a hablarme un ánima que parecía del Comité de Bienvenida y me explicó un asunto que no deja de inquietarme. Dice esta alma caritativa que mi contacto con los vivos es temporal, y cuando deba pasar a la siguiente etapa no podré verlos más, ni leer sus pensamientos, ni pararme a sus espaldas provocándoles la sensación incómoda de que alguien los observa. Lo malo fue que no me explicó cómo o cuándo pasaré a la nueva fase y temo que de un momento a otro deberé hacer mutis por el foro. Mientras tanto, me interesa observar la investigación de la policía porque yo fui la primera sorprendida por mi muerte, que ocurrió cuando me encontraba en medio de un reconfortante baño, rodeada de nubes de vapor y esencias aromáticas. Escuché que alguien abrió la puerta, pero no alcancé a ver quien entró, solamente sentí dos golpes secos, uno en el pecho y otro más abajo, luego los chorritos calientes

que no venían de la ducha. Cuando vi la sangre me desmayé... bueno, para ser exacta, morí.

Demetrio dejó huella porque me amó demasiado, aunque yo no lo quise. Pero como esas cosas del amor son de toma y daca, después conocí a Camilo y me enamoré sin remedio. Entonces era él quien se dejaba querer y yo la que quería. ¿Es que no puede haber nunca un término medio? No, porque dejaría de ser pasión para convertirse en tedio.

Camilo era un guerrillero arrojado, viril, valiente, invulnerable... siempre y cuando no tropezara con un gato, porque entonces subía a la mesa más cercana y daba gritos hasta quedar afónico, o hasta que alguien ahuyentaba al felino, lo que ocurriría primero. Era una fobia extraña, al menos yo no había visto nada igual; además era un problema, porque los gatos suelen caminar por las calles sin preguntarse si su presencia es agradable o no. Después de un episodio gatuno, Camilo quedaba temblando, sin aliento, con una taquicardia de redoblante. Desfallecía dos días mientras se recuperaba del susto y luego volvía a ser el mismo hombre arrojado, viril, valiente e invulnerable.

Peleó sin tregua comandando tres facciones tácticas, sustentadas por una sólida ideología marxista-leninista, trotskista, estalinista y maoísta, que operaban en puntos estratégicos de las montañas. Todo parecía indicar que ganarían la guerra, cuando uno de sus guerrilleros cayó en poder del ejército. Al parecer, después de tres días de torturas el pobre hombre confesó. Hay indicios de que fue así porque en el siguiente enfrentamiento, un centenar de gatos salió al encuentro de Camilo. Casi muere. Perdieron la guerra, tuvieron que firmar la paz en situación de desventaja y bajo presión, porque el representante del ejército maullaba constantemente. Para los militares, la paz no fue problema, porque desde hacía tiempo combinaban la guerra con otros lucrativos negocios, pero la guerrilla se la vio difícil. Esos pobres muchachos que sólo sabían combatir, de pronto

quedaron desempleados... Aunque la crisis duró poco, porque lanzaron un S.O.S. a la comunidad internacional y la respuesta no se hizo esperar. Las instituciones solidarias, que por fortuna nunca faltan, respondieron humanitariamente con financiamiento y programas para que los ex revolucionarios llevaran una vida digna, siguiendo su vocación. “¿Y qué es lo que saben hacer ustedes?”, preguntaron los buenos cooperantes. “¡Luchar!”, respondieron los chicos.

Fue así como los ubicaron en un pequeño pueblo, al sur del país, y los dividieron en dos grupos que se alternan para jugar al ejército y a la guerrilla. Así, una vez le corresponde a uno ser vencedor y al otro vencido, luego intercambian papeles y van a la izquierda o a la derecha, según el ángulo desde el que se vea. Para regular el proyecto de reinserción a la vida política, Naciones Unidas envió a una misión que verifica que cada uno haga lo suyo sin violar las reglas del juego, y todos contentos.

Conocí a Camilo en circunstancias inusuales. Me disponía a subir a mi apartamento cuando divisé a un hombre que, trepado sobre una banca de la placita, lanzaba gritos de pavor. Un gato negro se arqueaba a sus pies, envalentonado por el terror inesperado que había provocado. Con total seguridad en mí misma, sin titubear, sin que el pulso me temblara, le asesté una pedrada que lo hizo salir corriendo (al gato, claro está). El hombre estaba pálido y no pudo contener el llanto cuando me abrazó. Apreté su bello rostro lacrimoso contra mi pecho y ahí se soltaron nuestros instintos salvajes. Subimos corriendo a mi casa, y pensé que lo había curado de su fobia porque durante dos días se olvidó de los gatos, para concentrarse en actividades mucho más agradables que trepar a las bancas.

Vivió conmigo seis meses y luego me abandonó. ¿Dónde estará ahora Camilo, el hombre a quien más amé?

Bajo el ardiente sol del mediodía, el puñado de hombres llegó a la cima de la colina, donde uno de ellos clavó la bandera roja, al grito de: “¡Territorio liberado en nombre de la revolución!”. Una mujer que regresaba del mercado con la cesta llena de verduras, les hizo una señal con la mano y el cabecilla advirtió a los demás: “¡Tregua, doña Victoria quiere pasar!”. Bajaron las armas, la señora sonrió complacida y murmuró un “Gracias, muchachos”. Acto seguido el puñado de hombres volvió a lo suyo, lanzándose a las trincheras y apuntando sus fusiles hacia el Norte.

—Ahí vienen, listos, preparen sus armas —la voz de Camilo era viril, potente, invulnerable— esta vez los acabaremos a todos.

Se escuchó una exclamación unánime, cuando inesperadamente el ejército rodeó la colina, atacando por la retaguardia. Los tomaron prisioneros y los condujeron al local que de lunes a viernes usaban como cárcel, los sábados era cine y los domingos, salón de baile.

Llegaron exhaustos, por lo que decidieron quedarse presos sólo una hora, luego irían a almorzar y a beber unas cervezas. Estaban muy concentrados planeando la siguiente batalla, cuando apareció frente a la prisión un tipo alto que parecía policía.

—¿Quién es Camilo Domínguez? —gritó con autoridad.

El joven moreno que usaba una boina negra dio un paso al frente.

—¿Para qué soy bueno? —su voz resonó viril, potente, invulnerable.

—Soy el teniente Mata Tero Terolá. Debe acompañarme, queda usted detenido como sospechoso por el asesinato de Esperanza de la Concepción Zavaleta González, alias Molly Blum.

—¡Ay no, dígame que no es cierto! ¡No me haga esas bromas tan feas, por favor! ¡No puede ser que Molly esté muerta!

—Así como lo oye. No estoy para bromas, será mejor que me acompañe.

Camilo se quitó la boina y pidió a ambos bandos guardar un minuto de silencio en memoria de la compañera Molly Blum, caída en combate (al teniente le pareció sospechosa la alusión al combate, sobre todo porque, supuestamente, el guerrillero desconocía aquel crimen). Como ocurre en esos casos, nadie cronometró el minuto de silencio que al final fueron dos. Luego, heroicamente, Camilo subió a la patrulla. Antes de partir, dio las últimas instrucciones a sus hombres:

—Adiós muchachos. Hagan lo que saben hacer. Llamen a quienes deben llamar y digan lo que tienen que decir —los hombres respondieron con una señal que el teniente no comprendió.

En el trayecto, Terolá intentó amedrentar a Camilo con el viejo cuento de que las investigaciones lo señalaban como el asesino, y le preguntó sutilmente si tenía una coartada. El guerrillero le respondió que podía demostrar que no había visto a Molly en los últimos meses y le advirtió que la policía se vería en un serio problema cuando llegaran a la ciudad. El teniente pensó que Camilo quería asustarlo y no le dio importancia a la amenaza.

Terolá ignoraba que las instrucciones de Camilo habían sido claras y precisas: sus hombres debían comunicarse con los amigos de la cooperación internacional, para denunciar que su líder estaba siendo perseguido por sus convicciones ideológicas, lo cual era una clara violación de los acuerdos de paz.

Cuando la patrulla se acercaba a la comisaría, el teniente divisó a un grupo que los esperaba con pancartas, gritando consignas. En ese momento recibió la llamada del presidente, que le ordenaba regresar de inmediato al territorio revolucionario para liberar sano y salvo al guerrillero. Si Terolá había sospechado de él, no importaba; si era el asesino de Molly, daba igual.

Rocío tenía la mirada triste, pero jamás lloraba. Intuía que el pleito de aquella noche había sido diferente de los otros, aunque no sabía bien por qué. Empezaban a cenar cuando sonó el teléfono y su padre respondió; al parecer no eran buenas noticias porque él se enojó muchísimo. Dijo algo acerca de unos ríos y le cayó a golpes a su madre que, como siempre, se quedó quieta recibiendo la paliza, y cuando ya era mucho se puso las manos sobre la cara. Después de pegarle, el hombre se calmó y salió dando un portazo. Claudia se limpió la sangre de los labios, fue al dormitorio y sacó varios billetes de un sobre que decía “Luz, agua y teléfono”, llevó de la mano a Rocío y al pequeño en brazos.

La calle estaba llena de charcos y el agua fría se colaba por los zapatos rotos de Rocío, adormeciéndole las piernas. Corrieron hasta la esquina y subieron a un taxi.

El reflejo de los rótulos bailaba en el asfalto húmedo. Rocío intentaba descifrar lo que decían pero no le daba tiempo, pasaban demasiado rápido y era difícil juntar las sílabas para conseguir la palabra. Sobre el fondo negro de la noche brillaban los arcos del triunfo de nuestra era, Gabrielito los reconoció y, señalándolos, gritó: “Mandonas, Mandonas”. Claudia lo reprendió: “¡Nada de eso, no vamos a Macdonalds, siéntate ya!”. El chico empezó a berrear y no paró en todo el camino; la niña presintió que se acercaba el momento de la bofetada mágica, porque los golpes tienen un efecto calmante: Papá golpea a mamá y se queda tranquilo; mamá le pega a ella y se queda tranquila.

El taxi se detuvo frente a un local viejo y pobretón, pintado de verde. Rocío alcanzó a leer: La-co-ro-na-de-lau-rel, pero no supo qué era eso. Entró de la mano de su madre, que la llevaba demasiado rápido, obligándola a correr para seguirle el paso;

Gabrielito había dejado de llorar, parecía asustado. Rocío sintió encima la mirada babosa de los hombres que se encontraban en el bar, y Claudia fue directamente hacia el borracho que sujetaban dos policías.

—Jefecito, no me lleve; yo no hice nada, le juro que yo no la maté.

—Suéltelo, por favor, él es inocente —suplicó Claudia. Rocío se sintió a salvo de las miradas de los hombres, que ya se concentraban en su madre.

—Señora, lo mejor es que le consiga un abogado a su marido —sentenció el teniente Terolá.

—No puedo pagarle a un abogado —titubeó.

—Entonces se le asignará un defensor de oficio. Su marido estará en el centro de detención *El Gallo Cantor*, ¿sabe dónde queda?

Claudia asintió.

El cuarto era oscuro y húmedo. De pronto la luz se encendió y el teniente Terolá se acomodó al otro lado de la mesa. Demetrio recordó que en las series policíacas, cuando capturan a un tipo, siempre le advierten con deferencia: “Tiene derecho a permanecer callado, todo lo que diga puede ser usado en su contra. Tiene derecho a un abogado...”, pero era evidente que el oficial no tenía los mismos gustos televisivos, porque empezó el interrogatorio sin leerle la cartilla.

—¿Y mi abogado? —se atrevió a preguntar. Terolá rió como si se tratara de un buen chiste. Demetrio entendió.

—Sabemos que tú la mataste, será mejor que confieses —esa mirada de témpano también la había visto en la tele.

—No, no la maté, ¿por qué iba a hacerlo?

—Porque la odiabas y de paso aprovechaste para robarle.

—¡Es mentira, no lo hice y no robé nada! —quiso levantar-se pero una manaza lo aplastó por el hombro. Entonces vio

al dueño de la mano: un tipo enorme que se cuadraba a sus espaldas.

—Déjame leerte esto —Terolá puso sobre la mesa el expediente—: “El señor Judas Bernardo Iscariote Ramírez, propietario y cantinero del *night club* y piano bar *La Corona de Laurel*, de generales que obran en autos, en su calidad de testigo de cargo, y por encargo, hace constar que el día veinticinco de los corrientes, siendo aproximadamente las diecinueve horas, se apersonó en su negocio el señor Demetrio Ríos, cliente consuetudinario de dicho *night club* y piano bar, quien, después de libar copiosas cantidades de elixires embriagantes procedió a embriagarse; y al serle solicitado por el referido propietario que desalojara el salón por haber sobrepasado la hora de cierre, extrajo del bolsillo interior derecho de su chaqueta, de color negro oscuro, un fajo de cincuenta billetes de la denominación de diez dólares cada uno, cuya cantidad total no pudieron calcular los agentes policiales encargados de recabar esa prueba, debido a que carecían de calculadora y los dedos de las manos fueron insuficientes para efectuar la cuenta a la manera tradicional, razón por la cual dicha suma está siendo determinada por un perito, para dilucidar en forma exacta, confiable y objetiva, el monto total. Sigue manifestando el testigo que al ser preguntado por la procedencia, origen, o mecanismo de obtención del citado emolumento, el detenido evadió la respuesta, por lo que él (el testigo), como ciudadano honrado que es, entró en fuerte desconfianza sobre su persona (sobre la persona del detenido) dado que él mismo, en múltiples oportunidades le había asegurado que no desempeñaba trabajo u oficio remunerado alguno, de ninguna naturaleza, en otras palabras, que estaba desempleado, o sea, cesante. El testigo finaliza su declaración indicando que en el momento en que le sea requerido, puede aportar información amplia y suficiente sobre el imputado, ya que en reiteradas y diversas ocasiones le contó pormenores de su vida y de su relación íntima con

la occisa por cuyo asesinato es hoy convicto de la justicia; dice también el testigo que, aprovechando la ventaja de que los cantineros no están sujetos al secreto profesional y/o confesional, ni a código de ética alguno, no teme ser sancionado por ningún tribunal de honor, ni requiere de orden judicial para revelar los secretos de sus clientes, y goza de la mayor disponibilidad para soplar cuanto sabe de hecho y por derecho, con todos los agravantes y atenuantes que el código penal establece, sin importar las consecuencias judiciales y extra judiciales que por lo jurado y perjurado repercutan en el acusado de tan execrable crimen que ha enlutado a la literatura mundial” –Terolá cerró la carpeta y vio a Demetrio con un brillo maligno en la mirada.

–Puedo explicar lo del dinero, no se lo robé a Esperanza, lo juro –Demetrio intentó ponerse en pie y de nuevo la manaza lo aplastó contra la silla.

–Más vale que tengas una explicación convincente –Terolá sacó un cigarrillo, lo encendió lentamente, apagó el cerillo y echó una bocanada de humo sobre el rostro de Demetrio –no estoy dispuesto a soltarte fácilmente; eres el asesino perfecto –sonrió.

–Pero si no la maté, ¿cómo puedo ser el asesino perfecto?

–Porque coincides perfectamente con el perfil psicológico. Mira, esto ya no es cosa de nosotros; ni tú ni yo podemos detener el avance de la ciencia. Te lo explicaré para que me entiendas: un equipo de especialistas en psicología diseña el perfil del asesino, describen con lujo de detalles sus motivaciones ocultas, los traumas de su infancia, los vicios, los impulsos sicóticos que se manifestaron tempranamente sin que se les diera la debida importancia; enumeran minuciosamente hasta los más sutiles hechos que por acción u omisión caracterizan al delincuente nato, típico, arquetípico, estereotípico y prototípico. Por lo tanto, y con toda esa evidencia científica, el hecho de que tú mataste a Molly Blum es inobjetable; no se trata ya de si lo hiciste o

no, lo que vale es que asesinarla estaba escrito en tus genes, en tu subconsciente, naciste para aniquilarla, tu vida tuvo un solo objetivo: acabar con la suya. ¿Ahora comprendes? Tenemos el perfil del asesino y te viene como un guante.

–¿En serio? ¡De las cosas que uno se viene a enterar! Es verdad que la ciencia está muy avanzada, pero tiene que escucharme, teniente, porque puedo explicar de dónde salió el dinero que le di a Bernardo.

–Está bien, habla, pero por mi propio bien espero que tu coartada no funcione. Este caso ya me está cansando, la presión de arriba es muy grande porque dicen que la señora occisa era muy famosa y tenía tantos admiradores. Nos exigen que encontremos pronto al culpable o rodarán nuestras cabezas. Te juro que esto es agotador, hasta parece que me empieza una úlcera en el duodeno. Si te sirve de estímulo, tú eres el que mejor califica para el puesto. Hemos entrevistado a dos o tres más pero no funcionan del todo, si no es una cosa, es otra. Aparte, te digo que en la prisión no se está mal, tú que has vivido desempleado y en una pensión de mala muerte saldrías ganando, créeme.

–Podré ser un vago y un borracho pero quiero ser libre, ¡no pagaré por un crimen que no cometí! –intentó ponerse en pie y por tercera vez la manaza lo aplastó.

–Bueno, bueno. Habla –Terolá veía fijamente a los ojos de Demetrio.

–La semana pasada iba yo en el autobús cuando al lado mío se sentó un tipo moreno, de unos cuarenta años. Bajó frente a la plaza central y en ese momento me di cuenta de que había olvidado un maletín en su asiento. Traté de alcanzarlo pero no pude, luego fui a la pensión pensando que si encontraba algún documento de identificación o un número telefónico, lo llamaría para devolvérselo. ¡Cuál fue mi susto cuando vi una gran cantidad de billetes! Encontré también una libreta con nombres y teléfonos, pero ya no lo llamé porque decidí quedarme con

el dinero. Ahí está la prueba. Menos mal que guardé el maletín debajo de mi cama, allí tengo la libreta. Puedo probar lo que he dicho —Demetrio sonreía con alivio.

—No tan rápido, amigo. ¿Vives en la pensión El Paraíso Terrenal, no es así? —Demetrio asintió—. ¿En el cuarto número 12? —asintió de nuevo—. Mis hombres revisaron tu habitación en busca de pruebas y ese maletín no existe.

—¡Mentira! ¡Quieren esconderlo para hundirme en la cárcel!

—¿Deseas que lo comprobemos? En este momento llamaré al agente Gómez, él nos dirá si existe el maletín —tomó el teléfono y, sin quitarse el cigarrillo de los labios, preguntó—: Gómez, ¿puede decirme qué encontró debajo de la cama del sospechoso? —volvió a ver a Demetrio y repitió—: Así es, le escucho, tres pares de calcetines sucios... Bien, me dice el agente Gómez que en realidad no son pares sino impares, porque no coinciden en el color, solamente en el olor. ¿Satisfecho? Tu cuento no funcionó, estás más clavado que un dardo en una taberna inglesa.

—¿Y qué hay del abogado que me ofrecieron? —Demetrio suspiró resignado.

—Lo conseguiremos, porque tendrá que acompañarte en el juicio. Por ahora te trasladarán a tu celda, descansa y hablaremos mañana. Ah, una última advertencia: debes devolver el resto del dinero que le robaste a la señora Blum.

—Le dije que no robé nada. Todo lo que había en el maletín en mala hora se lo entregué a Bernardo. No tengo un centavo, ¿cree que estaría aquí si tuviera dinero?

—En eso tienes razón, lo reconozco, pero hay un cabo suelto que me está quitando el sueño más de la cuenta: ¿Qué fue de la fortuna de Molly Blum? —el teniente encendió lentamente otro cigarrillo, apagó el cerillo y echó una bocanada de humo a la cara de Demetrio.

—No entiendo —tosió.

—Hemos revisado sus cuentas, y cuando murió estaba en la quiebra, lo que tenía apenas le alcanzaba para cubrir sus gastos. Es verdad que seguía escribiendo y ganando dinero, pero sus ahorros desaparecieron misteriosamente. Es inexplicable, porque nunca viajó, no era amiga del lujo ni hacía grandes gastos. Cotejamos las cifras con Archibaldo, su editor, y él tampoco sabe qué pasó con el dinero.

—¿Se da cuenta, teniente? Ese cabo suelto puede ser mi salvación —Demetrio sonrió de nuevo.

—No te alegres tanto, ya te dije que eres el primero de la lista. Veremos que pasa, por lo pronto, este caballero te llevará a tu habitación... Ah, y no olvides que la propina está incluida —sonrió con sarcasmo.

Lo tranquilizó comprobar que en la celda no había nadie más. Se entretuvo un rato leyendo los mensajes escritos en las paredes, pero pronto se aburrió. El encierro lo desesperaba y le sobrevino la angustia que generalmente calmaba en la hora feliz de La Corona de Laurel.

Sigo aquí. Últimamente me he enterado de cosas muy interesantes sobre el más acá. Vino el alma caritativa y me explicó que cuando llegue el momento, se presentarán frente a mí dos caminos: el primero conduce al departamento de reciclaje y es adonde va la mayoría; allí borran los restos de la vida anterior —aunque suelen quedar pequeños fragmentos, como manchitas indelebiles— para que el Ser (llamémoslo así a falta de un nombre mejor, ya que no tiene nombre), casi limpio de los ripios del pasado, sea lanzado de nuevo al abismo de un útero.

El otro camino lleva al Club de los Celebérrimos, donde se encuentran los personajes sobresalientes, cuyos nombres se han venerado de generación en generación. Quise verlo de cerca y después de mucho insistir, el alma caritativa aceptó llevarme. Nos acercamos con cautela, abrimos ligeramente la puerta y escuchamos los gritos airados de dos hombres que reñían con tanta rabia que hasta parecían vivos. Cerró rápidamente y con un guiño de complicidad me dijo: “Vaya, ahí tienes a Cervantes discutiendo de nuevo con Lope de Vega. Le advertí al jefe que no debía ponerlos juntos, pero él se empeñó en clasificarlos por época o por materia, y en ambos casos caían en la misma categoría, ¿te das cuenta?”.

Desde luego yo no me daba cuenta, porque no tenía el gusto de conocer a ninguno de los dos; jamás me los presentaron. Sin embargo, me contrarió lo que mencionó sobre la nueva clasificación y le reproché que a los mortales se les hace creer que la división es entre buenos y malos, o santos y pecadores. Rió de buena gana.

—¡Esa era la clasificación antigua! Dejamos de aplicarla porque no era funcional en la práctica. Nos dimos cuenta de que todos los buenos tenían algo de maldad, y todos los malos algo de

bondad. Imagina lo difícil que era decidir adónde enviarlos. Por ejemplo, cuando llegaron Van Gogh, Hemingway y Woolf no podíamos negarles la entrada por el asunto del suicidio, hubiese sido injusto. Por todo eso, el jefe decidió cambiar el sistema.

—Pero nunca se lo informaron a los vivos —reclamé.

—No es conveniente. Si les cuesta tanto entender algo tan simple como la diferencia entre el bien y el mal, imagínate el enredo que se haría. ¡Tendríamos un caos peor que el actual!

—De todas maneras, no me parece justo —protesté.

—La nueva clasificación funciona mejor. Con el antiguo sistema, muchísimos personajes importantes eran cooptados por la competencia, en cambio ahora tenemos por ejemplo a Napoleón, Maquiavelo, Churchill, Elvis Presley, Marilyn Monroe, Darwin y a los Kennedy, sólo para mencionar algunos —sonrió.

—Oye —le dije—, yo no quiero ir al reciclaje. Me parece injusto que lo que fui, lo que viví y todo lo que hice se borre para siempre, porque entonces ¿qué sentido tuvo todo eso?

—Claro, eso dicen todos, ¡como si lo que hicieron fuera la gran cosa! Pero es muy difícil entrar en el club; déjame ver si puedo hacer algo por ti —respondió como para salir del paso.

—¿De verdad intentarás conseguirme un pase o algo así? ¿No lo olvidarás?

—Te doy mi palabra. No te aseguro nada, pero prometo que haré lo que esté de mi parte. En todo caso, y para que veas que me has caído bien, si no te aceptan en el club puedes quedarte aquí, como mi asistente. Desde que el Vaticano decidió desalojar el limbo el trabajo no termina, sería maravilloso que me ayudaras a reubicar a todas esas almas que ahora no sé dónde poner... Además es una actividad muy interesante, piensa que conocerías por ejemplo a Homero, Sócrates, Helena de Troya, Julio César, Cleopatra y a tantos personajes más.

—Sinceramente, eso de la farándula ya me resulta aburrido, y no lo tomes a mal pero tampoco me interesa ser tu asistente. Por favor, haz todo lo posible para que me acepten en el club.

—Está bien, cuenta con eso —diciendo eso se marchó.

Después de ese interesante atisbo al Club de los Celebérrimos, vuelvo al meollo de mi historia. Les he hablado ya de dos de mis amantes, ahora viene el tercero: Petronio.

Lo conocí una tarde, en una concurrida librería donde había pasado horas firmando novelas y hablando con mis admiradores. Él se encontraba en la sección de clásicos y yo lo observé largamente, esperando que se acercara, pero no lo hizo. Entonces decidí iniciar la conversación. Me dirigí hacia él con mucha sutileza pues no quería parecer agresiva; a leguas se veía que era de los que prefieren un flirteo subterráneo con apariencia de encuentro casual y charlas convencionales. Vi por el rabillo del ojo que leía, o más bien contemplaba, un libro llamado *Kama Sutra*. Lo hojeaba con cierto embarazo, y cuando se dio cuenta de que yo lo observaba se sintió más turbado.

El momento era propicio. Me acerqué, y señalando el libro dije algo simple como: “¡Oh, esa postura es muy buena! Parece un poco difícil pero no lo es; eso sí, tiene un pequeño inconveniente y es que te provoca un ligero dolor de cintura que se alivia al día siguiente y créeme, vale la pena la molestia”. Él me vio asombrado y confirmé que la táctica de charla casual estaba funcionando. Seguí adelante con la seducción sutil y le pregunté discretamente: “¿Quieres que te enseñe a hacerla? También sé hacer esta, esta otra y casi todas. Mira nada más, yo no sabía que esas acrobacias estaban en un libro, creí que yo las había inventado”. Él seguía perplejo, y como no dijo nada, entendí que quien calla otorga. Lo invité a mi casa y aquella noche la pasamos practicando el *Kama Sutra*.

Bajo las sábanas nos llevábamos muy bien, pero afuera de ellas Petronio era un tipo complicado; quienes no lo conocían

bien decían que era presumido, pero para quienes llegamos a tratarlo a fondo, era un arrogante insoportable, un Narciso que se amaba más que a nada en el mundo. Ahora lo veo claro, pero en ese momento yo andaba por las nubes, como si me hubiera ganado el premio mayor de la lotería. Digamos que él se mercadeaba muy bien. De entrada me informó que descendía de la nobleza europea y que su madre había heredado un título de duquesa, marquesa o qué sé yo, todos esos apodos parecen nombres de mueblerías, por algo se llaman títulos mobiliarios. Me lo dijo con tanto orgullo que yo, intrigada, le pregunté para qué servía eso. Él se enfureció y me lanzó una mirada asesina. No nos entendíamos.

A pesar de sus blasones, o quizás por eso mismo, Petronio no trabajaba. Caía en mi casa justamente a las horas de comida. Cuando yo lo invitaba a un restaurante, pedía los platos más grandes y al final ordenaba que le empacaran las sobras para llevar. Yo, sin ser aristócrata, me daba cuenta de que aquel comportamiento jamás hubiese sido elogiado en la revista *Hola*, ni aconsejado en el programa de Martha Stewart, pero no le decía nada. Él me gustaba y... sí, reconozco que lo necesitaba, por eso acepté entrar en el juego y tratarlo como a un ser superior. Lo peor fue que también acepté ser tratada como un ser inferior. Él disfrutaba haciéndome sentir tonta o inadecuada, cuando en realidad él tenía más clavos que una ferretería, empezando por sus alardes de sabiduría y una devoción enfermiza por su madre. A sus treinta y ocho añitos todavía vivía con ella, pendiente de sus mínimos caprichos. Aunque lo salvé de la hambruna, nunca quiso llevarme a su casa. Él decía que era un palacete impresionante y que yo no encajaba en aquel sitio.

Una noche, después de cenar como refugiado, empezó a hablarme en tono serio. Por un momento temí que fuera a pedirme matrimonio, sin embargo, lo que necesitaba era plata. Hizo un gesto compungido y lloró como un niño, hasta se le iba el

resuello y se le ponía el rostro colorado. Me apenaba verlo así y le pregunté cómo podía ayudarlo. Entonces me hizo jurar que no diría nada y me explicó que su pobre madre había tenido que empeñar sus joyas para cubrir gastos tan indispensables como los banquetes y recepciones que a menudo organizaban en su palacete. Debían hasta el salario de los criados pero eso no era importante, lo terrible era que la condesa se vería en la necesidad de utilizar alhajas de imitación. Me suplicó que lo sacara del apuro y prometió que me pagaría en un par de semanas, cuando le enviaran el dinero de unos viñedos que recién había vendido en Italia.

—Bueno —respondí—, yo tengo algunos ahorros, pero son para mi vejez.

52 Me vio con dulzura y dijo que para eso faltaba mucho tiempo y él necesitaba la plata inmediatamente. ¿Qué puedo decirles? Me partió el corazón.

“¿Estás seguro de que me lo pagarás?” pregunté tímidamente. “Claro, querida, te devolveré hasta el último centavo”, respondió con los ojos chispeantes. Llegó el momento crítico, le pregunté cuánto necesitaba y me dijo con la mayor serenidad: “Un millón de dólares estaría bien”. Casi caigo fulminada.

Le expliqué que no tenía esa cifra. Me vio con el más flemático y aristocrático desprecio, pero igual tomó el cheque que le había hecho y se marchó. ¿Pedirle que me firmara un pagaré o algo así? ¡Ni pensarlo! Hubiese sido una afrenta a su altísima dignidad... y podía haber creído que desconfiaba de él.

Sí, ya lo sé, me lo he repetido cientos de veces, caí como una imbécil. Ahora también sé que la historia del aristócrata arruinado que estafa a la tonta con plata es casi tan vieja como la de Adán y Eva. Pero en ese momento yo no lo sabía, fue mi primer acercamiento al mundo real, es decir al mundo de la realeza. Aunque... ahora que lo pienso, quién sabe si en verdad Petronio era aristócrata.

Semanas más tarde descubrí en la crónica social una noticia que me congeló hasta la médula: Petronio se comprometía en matrimonio con la hija de un multimillonario. La muchacha era simple, fea y blanca como un pan crudo. Deduje que en esa boda estaba invertida mi plata y que lo único que podía esperar a cambio era la felicidad de los novios. No me pareció suficiente.

De pronto apareció en escena mi lado perverso. Yo lo conocía de antes, pero nunca le había permitido demasiado protagonismo por aquello del infierno, el pecado y demás hierbas que ahora he venido a desherbar. La ocasión lo ameritaba y cortésmente lo invité a pasar y a tomar las riendas de la situación. Sé que no actuó bien —por algo es perverso— cuando se dedicó a enviarle notas anónimas a la futura esposa.

Yo sentía una dicha gloriosa. Puedo asegurar que la venganza era como una droga exquisita que me hacía levitar y explotar de placer. Contemplé de nuevo a mi lado perverso y le dije: “Pero muchacho, ¿cómo es que no te había soltado antes?”. Me veía al espejo y me sentía mala y calculadora. Lo que no calculé fue la reacción de Petronio. Me llamó por teléfono, gritó que sabía que era yo quien enviaba los anónimos y amenazó con hacerme callar para siempre. Sentí miedo, quise sacar fuerzas de mi lado perverso pero huyó como perro apaleado, dejándome sola con el problema. No envié más cartas, se casaron y vivieron infelices. Unas semanas antes de mi asesinato me sobrevino un nuevo acceso de maldad y mandé un par de notas más. Esa vez no hubo respuesta. ¿Qué habrá sido de Petronio, el hombre que me deslumbró?

Petronio aguardaba humildemente en la sala de espera, cuando la secretaria de don Clementino Villafuerte le dijo que podía pasar. En la oficina, su suegro era apenas visible detrás del gigantesco escritorio. Lo rodeaban dos guardaespaldas y su abogado. Malhumorado, le mostró a Petronio un periódico que informaba sobre el caso Blum.

—¿Puede explicarme por qué mencionan su nombre en esta noticia? Aquí dice que usted y esa mujer eran muy allegados. ¡Quiero saber la verdad!

—Apenas hablé con ella un par de veces, señor. Eso es todo.

—Mire, Petronio, a mí no me quiera ver la cara de pendejo. ¡Razón tenía yo para oponerme a ese matrimonio estúpido!, pero a saber por qué Dios me dio una hija tan terca y no pude convencerla. Antes de que se casaran lo investigué bien, usted era un vago que vivía en un cuchitril con su madre, la loca que sale a la calle adornada como árbol de navidad y se hace llamar condesa. Se lo advertí a mi nena, pero es tan necia que entre más se lo decía, más se encaprichaba. Usted es un parásito que espera vivir de mi fortuna, pero sepa que a mí me ha costado cada centavo que he ganado. Yo soy lo que en inglés se dice un *self made man*, un hombre que se hizo solo. Empecé como zapatero y ahora mis fábricas producen millones de zapatos, ¿eso por qué? Porque soy lo que en inglés se dice un *hard worker*, ¡y usted no va a meterme en líos con la policía! Con esa noticia del periódico, seguro vendrán a hacer preguntas, a husmear donde no deben. La gente es mala y envidiosa, y por ahí andan diciendo que mi dinero viene del contrabando y del lavado de dólares, por eso quiero mantener lejos a la policía, ¿me entiende? —Petronio permanecía con la vista en el suelo.

—Lo entiendo, señor, pero yo le aseguro que amo muchísimo a Brígida, me casé muy enamorado... —don Clementino lo interrumpió.

—¡Ya déjese de mierdas y vamos al grano! Como se dice en inglés, *left di shít and go tu di pimple*. Que quede claro que no quiero a la policía metiéndose en mis asuntos, así es que hoy mismo usted se presenta en la comisaría para declarar voluntariamente. Lo acompañará mi abogado, aquí presente, que es un águila. Eso sí, pase lo que pase, no mencionará mi nombre ni involucrará a mi familia, ¿entendido? Como se dice en inglés, *understand yu tu mi?*

Don Clementino no esperaba respuesta porque aquella era una orden. Durante el trayecto, el abogado le explicó a Petronio su estrategia legal: “Usted se calla y me deja hablar a mí. Por ningún motivo abra la boca”. Él comprendió perfectamente.

Antes de entrar en la comisaría, Petronio detuvo al abogado por el brazo.

—Espere, licenciado, tengo que confesarle algo muy importante —la voz le temblaba.

—No es momento para confesiones ni estupideces. Lo que usted haya hecho me tiene sin cuidado, mi trabajo es dejarlo libre de toda sospecha y eso es lo que haré. Óigame bien: el día del crimen usted no estaba en el país, ¿entiende? Se encontraba en las Bahamas; no diga nada porque yo ya lo tengo todo resuelto. Entremos.

El teniente Terolá miraba fijamente el rostro de Petronio pero no pudo adivinar ninguna emoción. El abogado, con su verborrea, colocó sobre el escritorio todos los documentos que probaban que su representado no era el asesino de Molly Blum: el pasaporte con el sello de salida dos días antes del suceso y el registro en un hotel de las Bahamas donde se había hospedado aquella semana. No había lugar a dudas y el teniente hizo las anotaciones correspondientes, explicándoles que seguramente

más adelante el juez quería escuchar el testimonio de Petronio, pero el defensor, hábilmente, mostró dos cartas donde se hacía constar que el susodicho viajaría al día siguiente por cuestiones de negocios y estaría lejos un buen tiempo. Terolá no tuvo más que desearle buen viaje y despedir con reverencia al abogado.

El teniente Terolá contemplaba cómo el viento suave que entraba por la ventana iba empujando lentamente el humo de su cigarrillo. Absorto, se preguntaba qué fenómeno químico hacía que se disolviera por completo, sin dejar huella, como si aquellos hilos grises —que existían porque a él le constaba, los veía con sus propios ojos— nunca hubiesen estado allí. Meditaba sobre la insoportable levedad del humo, cuando cayó en la cuenta de que el agente Gómez estaba de pie al otro lado del escritorio.

—Teniente, me parece que no escuchó lo que le dije —Gómez parecía preocupado.

—Perdone, agente, estaba sumido en mis más profundos pensamientos. Dígame, ¿qué ocurre? —aplastó la colilla en el borde del escritorio.

—Esta mañana nuestros hombres intentaron capturar al señor ministro del Interior, pero sus guardaespaldas opusieron resistencia, teniendo como resultado un intenso tiroteo que dejó dos bajas, mi teniente —Gómez remató la frase chocando ruidosamente los talones y cuadrándose como corresponde.

—¿Qué ha dicho? ¿Y quién coño fue el pedazo de animal que les ordenó capturar al señor ministro? —a Terolá le saltaron los ojos de las órbitas, en diez segundos se bañó en sudor y tomó al agente por las solapas, sacudiéndolo violentamente.

—Usted, mi teniente —a pesar de la posición incómoda Gómez intentó cuadrarse.

—¿Yo? ¿Se ha vuelto loco? ¿Cuándo les ordené capturar al señor ministro? —Terolá soltó al agente y empezó a buscar en sus más profundos pensamientos si aquella locura podía ser verdad, si él había sido capaz de cometer un atropello así.

—Ayer. Me dijo claramente: “Gómez, mañana por la mañana procederán a la detención de Cirilo Pérez y Pérez”. Aquí tengo la orden firmada —sacó de su chaqueta una hoja estrujada por la sacudida.

—De acuerdo. Ordené capturar a Cirilo Pérez y Pérez, entonces, ¿por qué fueron a detener al señor ministro? —el esfuerzo mental era tremendo. Terolá tuvo que oprimirse las sienes para poder seguir pensando.

—El señor ministro se llama Cirilo Pérez y Pérez, mi teniente —el agente chocó ruidosamente sus talones y se cuadró, como corresponde.

—¡No puede ser! ¡Pero qué bruto! ¿Cómo se le ocurre llamarse igual que uno de los ex amantes de Molly Blum? —el teniente sintió en el cerebro una muerte masiva de neuronas.

58 —Mi teniente, estoy en el deber de informarle a usted que el señor ministro, que responde al nombre de Cirilo Pérez y Pérez, es uno de los ex amantes de Molly Blum —taconazo y saludo.

—¿Y por qué no me lo dijo antes? —Terolá sentía un vacío total dentro del cráneo.

—Pensé que usted lo sabía, mi teniente —a Gómez le dolían los talones pero lo hizo de nuevo.

—Bueno, que quede claro, Gómez, que la próxima vez que le ordene capturar a un ministro, a un militar o a cualquier funcionario de gobierno, tiene permiso de desobedecerme, es más, le ordeno que me desobedezca, ¿entendido?

—Entendido, mi teniente. La próxima vez desobedeceré sus órdenes, tal como me lo ha ordenado —Gómez se disponía a salir, creyendo que la entrevista había terminado pero la voz atronadora del teniente lo detuvo.

—¿No hubo muertos en el enfrentamiento, verdad? —Terolá encendió otro cigarrillo y su mente estaba a punto de perderse en la contemplación del humo.

—En efecto, mi teniente, el saldo es de dos difuntos —chocó los talones pero ya sin ruido.

—¡Oh no! ¿Eran hombres del ministro, o de los nuestros? —Terolá se mordía las uñas.

—De los nuestros, mi teniente —no se cuadró ni dio taconazo, estaba cansado.

—¡Gracias a Dios! Bien, sólo espero que mis superiores no me despidan por este pequeño incidente. Los convenceré, les diré que tengo casi resuelto el caso Blum, deben darme otra oportunidad, además... tenemos que reparar el error. ¡Ya sé! Escúcheme bien Gómez, quiero que vaya inmediatamente a hablar con el señor ministro, suplíquele que nos perdone, si es necesario arrodílese, arrástrese, llore, bésele los pies, haga lo que sea para que olvide el agravio. Fíjese nomás en la confianza que le tengo; esa misión no se la asignaría a cualquiera, es un caso de vida o muerte y de usted depende nuestro futuro, ¿está claro, verdad? —Terolá respiró tranquilo.

—Sí, mi teniente —Gómez se cuadró con energía. Era reconfortante escuchar esas palabras que le devolvían la fe en sí mismo. Se sintió renovado y salió del despacho henchido de heroísmo.

El teniente empezaba a calmarse cuando lo sobresaltó el timbre del teléfono. Respondió temblando y se angustió más al escuchar, clara e imponente, la voz de la fiscal Dolores Del Cadalso. Quiso acelerar su mente para pensar un pretexto que lo sacara del apuro, pero el motor no arrancaba.

—¡Terolá! Estamos muy preocupados porque la investigación no avanza. ¿Qué pasa con usted?, ¿ha hecho alguna captura importante?, ¿tiene pistas del asesino? Y ¿qué me dice de la estupidez de sus hombres al intentar detener al ministro? —eran demasiadas preguntas para que el teniente pudiera procesarlas todas. Decidió ir por partes.

—Fiscal Cadalso, estamos haciendo todo lo posible pero es un caso muy difícil —intentó mostrarse imperturbable.

—No descarte a nadie, recuerde el principio que orienta nuestro trabajo: “Todos son culpables hasta que se demuestre lo contrario”, ¿entendido? ¡Necesitamos al asesino, ya! Demetrio Ríos podría salir por falta de pruebas, usted lo sabe. Busque en otra parte, a veces la solución está donde uno menos lo espera, investigue a los allegados a la escritora —Cadalso hablaba fuerte y muy rápido, con el tono de quien espera ser obedecida.

—Está bien, fiscal Cadalso, seguiremos investigando —Terolá colgó.

El teniente estaba realmente exhausto, sólo deseaba volver a casa, cenar tranquilamente con su familia y dormir sin pesadillas.

Me indigna que digan que Cirilo fue mi amante. Es mentira, no llegamos a tanto, me detuve a tiempo. Ahora les contaré por qué. Lo conocí en el teatro; yo tenía boleto numerado, pero cuando localicé mi lugar, él y sus hombres habían ocupado la fila completa. Al ver a todos esos tipos vestidos de negro y con gafas oscuras deduje que aquella era la *Cosa Nostra* en pleno. El jefe de la banda era un hombre en tamaño de bolsillo, calvo y gordo, que se desparramaba en la butaca del centro; más tarde supe que era un ministro de Estado y comprobé que mi ojo clínico no fallaba.

Lo encaré con mi boleto en la mano. Él, muy caballeroso, chasqueó los dedos y el gorila a su derecha saltó como un resorte, cediéndome el asiento. A partir de esa noche empezó el galanteo; yo trataba de evadirlo con tacto y sutileza, pero él insistía tanto que temí que la voluntad llegara a fallarme.

Una tarde llamaron a mi puerta. Era una mujer bajita, de cabello teñido de castaño, enfundada en un traje sastre gris, muy tieso y ceñido. Sus ojos negros me veían con nerviosismo; titubeando, me dijo que era Graciela, la esposa de Cirilo. La invité a pasar; pensé que se trataba del viejo cuento de la señora celosa que le hace una escena a la amante, pero observándola me pareció que, más que conocerme, quería que yo la conociera a ella. Me contó su vida: era la típica historia de la muchacha que se casa con su primer novio, abandona la escuela para dedicarse a parir y a cuidar la casa, él empieza a reptar en el mundo de la política, pasa de secretario a ministro, y un buen día se instala en la cima, pero ella se ha quedado en la llanura. Escuchándola, tuve la impresión de que aquel espectáculo lo había presentado antes, y se lo pregunté claramente. Respondió que sí, que cada vez que su marido salía con una mujer, ella la buscaba, le contaba su vida

y terminaban haciéndose amigas. De esa manera, su círculo de amistades era enorme y variado. La penúltima aventura había sido una despampanante *vedette*, *prima ballerina* en el cabaret *Viaje a las Estrellas*, que llegó a tomarle tanto cariño a Graciela que terminó su romance con Cirilo. “No pretendo reclamar nada —dijo tímidamente—, sólo quiero que sepan a qué atenerse porque mi marido es un mujeriego incorregible. Por ejemplo, Alba, su secretaria, no sabía que nos engañaba con Patricia, su dentista. Se lo conté y lloramos las dos. Fue hermoso, nos consolamos tanto que de pronto ya no nos importó su desliz.”

Acto seguido, pasó del melodrama a la prestidigitación: sacó de su bolso decenas de fotografías: “Mira, esta es de cuando nos casamos ¿ves? Cirilo tenía pelo y era flaco, flaco, yo no estaba tan mal... Esta otra es de nuestro primer hijo, tenemos cuatro, dos varones y dos chicas. El segundo me hizo abuela el año pasado; mira, aquí tienes a mi nieto, desnudito como Dios lo echó al mundo, ¿verdad que es precioso?”

Durante dos horas desfiló frente a mis ojos el árbol zoológico de su familia; desde sus abuelos hasta su nieto, me puso al corriente de que no le cedería a nadie el lugar que con tanto esfuerzo había mantenido, soportando a ese desgraciado que la había hecho sufrir horrores. Yo le expliqué que entre Cirilo y yo no había nada, que no me atraía y no pensaba hacerle caso. No creyó posible que una mujer fuera capaz de resistirse al carisma de su marido.

—¿Y por qué has soportado tanto? —pregunté.

—Él tiene derecho a buscar en otras mujeres lo que yo no puedo darle —se sonrojó. Una corona de perlitas de sudor brotó en su frente, tomó su abanico y lo agitó como queriendo espantar a los malos espíritus—. Ya que me lo preguntas, voy a confesarte un secreto: soy frígida.

—Amiga, no existen las mujeres frías, sino los malos amantes —ella abrió los ojos como si de pronto viera algo nuevo y grandioso.

—¿Es verdad eso que dices?

Yo me sentía muy segura en ese terreno... lo había pisado de cabo a rabo.

—Totalmente. Lo de las mujeres frías es un invento de los malos amantes. Lo que tú necesitas es un hombre que te sepa coger —se abanicó a mayor velocidad.

—Pero... a mi edad, y con esta pinta... —intuí que la pobre mujer tenía un problema de baja autoestima. Necesitaba con urgencia una frase de aliento.

—Nunca falta un roto para un descosido —la consolé—, y el que busca encuentra.

—Pero... ¿dónde voy a buscar? Además, nunca lo he hecho —la voz le temblaba.

—¿Cómo que no lo has hecho, si tienes cuatro hijos? ¡A otro perro con ese hueso! —le advertí.

—Digo que nunca le he puesto los cuernos a mi marido —realmente estaba preocupada, me inspiró ternura.

—Pues, amiga, ya va siendo hora de que lo ornamente con la cornamenta, ¿acaso él no te la ha puesto a ti? ¡Tienes derecho a hacerlo!

Ella quedó pensativa un momento; buscaba en sus archivos de conciencia un motivo eficaz que la pusiera a salvo de mis sabios consejos.

—Es diferente. Las aventuras de los hombres son distintas porque, tú sabes, la honra de ellos depende de nosotras y esa es una gran responsabilidad. Si él anda con otra a mí no me pasa nada, pero si yo lo engaño, lo deshonor, y qué es un hombre sin honra, dime tú.

—¡Ésas son estupideces del siglo XVIII! ¿Crees en eso todavía? No me digas que guardas el honor de tu marido en el coño,

como si fuera un monedero. Y si es así, mal hace él al ponerlo en un sitio tan inseguro, merecido se tiene lo que venga —se le terminaron los argumentos y estaba a punto de darme la razón.

—¿Y dónde puedo buscar? —preguntó, desprendiéndose de los últimos restos de recato.

—¿Dónde crees? ¡Aquí mismo! —señalé la computadora—. Gracias a la red todo es posible, puedes comprar una casa o conseguir un buen amante. Le expliqué lo que necesitaba saber sobre el arte del chateo y se le abrieron las ventanas.

Pensé que la historia había tenido un buen final, hasta que dos meses más tarde recibí un correo electrónico suyo. Me contaba que había empezado a escribirse con un tipo, finalmente se citaron y todo resultó mejor de lo que esperaba; pero esa noche, al volver a casa, casualmente levantó el teléfono y alcanzó a escuchar la conversación de su marido con uno de sus secuaces, que le informaba en detalle lo que ella había hecho, hora a hora. Ignoraba que la vigilaban y tembló al escuchar que Cirilo, tranquilamente, le ordenaba al gorila encargarse de ella, “Que parezca un accidente”, subrayó. Apenas tuvo tiempo de correr al aeropuerto. Se marchó a Miami donde vive su hermana y allí se encuentra ahora, no sabe si a salvo. Decía que gracias a mí había descubierto dos maravillas trascendentales en su vida: Internet y el orgasmo, en orden de importancia. Terminaba el mensaje con una súplica que no entendí: “¡Cuidate, Esperanza, por favor, ten mucho cuidado!”.

El carcelero le anunció a Demetrio que tenía visita. Lo condujo al cuarto húmedo y oscuro que ya conocía, donde lo esperaba un hombre flaco que llevaba una grabadora en la mano.

—¿Usted es Demetrio Ríos?

—Sí, yo soy, y usted debe ser mi abogado, ¡si supiera cuánto rogué para que me lo consiguieran! Ahora sí voy a salir libre, ¡por fin!

—No, señor, yo soy reportero del periódico amarillista y sensacionalista *La noticia llora sangre* y he venido a verlo porque estamos muy interesados en comprar su historia.

—¿En comprar qué?

—Le pagaremos muy bien, vea, aquí tengo el cheque, lo único que tiene que hacer es contarme, en detalle y con absoluta veracidad, los pormenores del asesinato, cómo planificó el crimen, el móvil, en fin todo lo que pueda aumentar el apetito morboso de nuestros lectores. La historia será publicada por entregas, pero no se preocupe, que de la redacción nos encargamos nosotros, usted sólo debe hablar. Sin pena, vamos, suelte, desembuche...

—¡Y dale con el asesinato! Ya dije que soy inocente, que yo no maté a Esperanza. ¿Lo sabe o no lo sabe? Pero si quiere mi historia, con mucho gusto se la vendo, jja, y yo que creía que esa mierda no valía nada! Le diré que nací en una lejana aldea, llamada...

—Ah no, señor, si no es el asesino no me interesa hacer negocios con usted. Sólo me ha hecho perder el tiempo, a no ser que... la reportera Rosa Espinoza de *Crónicas sangrientas* se me hubiera adelantado y ya le prometió a ella la historia; porque en ese caso podría duplicar la cantidad que ellos le ofrecieron.

—Pues ni la rosa ni la espina me han venido a visitar, pero mire, compadrito, ya que está usted por acá y para que su visita no sea por gusto, le voy a contar lo mal que lo tratan a uno aquí, es que no hay derecho. Yo me canso de gritarles, de pedirles un miserable vaso de agua y ni siquiera me contestan, viera cómo me ignoran y si hay algo que yo no soporto es la ignorancia. Son muchas injusticias, pero si usted saca todo eso en su periódico de seguro me van a tratar mejorcito, como yo merezco. Con decirle que tenía más comodidades en la pensión donde vivía, y eso que a este cochino lugar lo mantenemos los contribuyentes con nuestros impuestos. Se lo digo en serio, vivir así no es mi estilo. Hágame el favor y diga todo eso, que en verdad llora sangre.

66 —No gracias, esos temas no nos interesan. Si usted no es el asesino, me temo que tendré que seguir buscando a la persona indicada. Por casualidad, ¿sabe quién la mató? Digo, para no perder tiempo.

—¿Tengo cara de adivino?, ¿cómo voy a saberlo? Mire, compadrito, le voy a pedir un favorazo, sólo porque le tengo mucha confianza: ¿me puede conseguir un trago? Si se le dificulta encontrar brandy o whisky no importa, me conformo con aguardiente, y si tampoco se puede, me trae aunque sea un frasquito de perfume o de loción para después de afeitarse. En ultimísimo caso, me serviría un jarabito para la tos o un enjuague bucal, pero se fija bien en la etiqueta y que sea del que contiene alcohol.

—Mire el cheque otra vez. Además de esta jugosa cantidad, puedo proporcionarle en este momento dos botellas de tequila. Ahora dígame, ¿no le interesaría hablar sobre el crimen que usted cometió?

Demetrio titubeó unos instantes.

—¿Y si digo que yo la maté, ustedes contratarían a un abogado para que me saque de aquí?

—No, eso ya sería demasiado, pero con este dinerillo usted bien podría contratar a uno muy competente, yo puedo recomendarle a mi cuñado.

El negocio parecía bueno: aceptar la culpa para recibir el dinero con el que pagaría al abogado que lo defendería; pero a pesar de que lo examinó cuidadosamente, intuía que había algo que no encajaba. ¿Y si perdía el juicio y terminaba condenado a cadena perpetua? Demetrio decidió que era mejor rechazar la propuesta.

—Gracias, ha sido usted muy amable, pero mejor seguiré diciendo que soy inocente —el hombre, molesto, recogió sus cosas y guardó la grabadora—. ¿Y qué hay de lo del jarabe para la tos? —suplicó angustiado.

—Es usted un tonto, señor Ríos, perdió la oportunidad de su vida, hubiera alcanzado la fama y el dinero en un momento. De todos modos, si cambia de opinión, llámeme.

La plaza estaba vestida de fiesta. El colorido de los trajes domingueros se mezclaba con los gritos de los vendedores de naranjas, algodón de azúcar y helados. El olor de los buñuelos y los churros se confundía con el aroma de la brillantina que hacía relumbrar el pelo de las mujeres, y con el tufo penetrante del pachulí que los hombres se habían rociado a discreción. En el centro de la plaza se erigía una tarima hecha con tablas ásperas y mal clavadas; ondeaban banderas de papel rojas y negras y remataba el montaje un rótulo que decía: “Feliz aniversario, amigos revolucionarios”. Debajo de la frase, un émulo de Dalí había dibujado un corazón desinflado, atravesado por una flecha, que le daba un toque surrealista al escenario. El sol del mediodía se afanaba en la cocción de la populosa concurrencia, provocándole oleadas de sudor que les empapaba la ropa.

El acto dio inicio. Sentados en orden de estatura, los comandantes Camilo Domínguez, Ernesto García y Fidel Cárdenas, se solazaban viendo aquel despliegue de fervor proletario. Un maestro de ceremonias, un poco aturdido por el calor y la trascendencia de su papel, contó lo que todo el mundo sabía: “El día de hoy se cumplen tres años de la toma de este pueblo por parte de nuestros héroes revolucionarios. Las mejoras están a la vista, ya que gracias al financiamiento internacional, ahora contamos con una cárcel que antes no teníamos por no ser necesaria, y con un cine que nos pone al corriente de las mejores obras de la literatura universal, verbigracia *Aladino*, *La bella y la bestia*, *La sirenita* y *El rey león*. Por si eso fuera poco, los queridos amigos revolucionarios nos han abierto los ojos, haciéndonos ver nuestra condición de proletarios explotados, asunto muy serio que ignorábamos. Con esos conocimientos estamos preparados para luchar contra la burguesía opresora y tomar el poder por las

armas, cuando nos consigan algunas. Eso es todo por hoy, respetables camaradas que nos acompañan. Así concluye mi torpe, aunque sentido y sincero, discurso. Sin otro particular, cedo el micrófono al comandante Camilo”.

El aplauso unánime se calmó cuando Camilo, visiblemente emocionado, se paró frente al micrófono. Sacó de su bolsillo una hoja de papel y leyó:

—“Es ya hora de que los comunistas expresen a la luz del día y ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones, saliendo así al paso de esa leyenda del espectro comunista, con un manifiesto de su partido. Con este fin se han congregado en Londres los representantes comunistas de diferentes países y redactado el siguiente Manifiesto...” —se interrumpió—. ¡Ay no!, perdón, me equivoqué, este es el manifiesto de los camaradas Marx y Engels —lo dobló, lo guardó un poco azorado y se dirigió a uno de los líderes en el escenario—. Ernestito, ¿trajiste mi manifiesto? —el aludido buscó en sus bolsillos.

—Yo no lo tengo, che, pero si sos un boludo; preguntale a Fidel, nomás.

—Fidel, ¿lo tienes tú? —preguntó Camilo.

—Chico, que se me quedó olvidado en la otra chaqueta, ¿qué tú quieres que yo haga? Vamo, dame el micrófono y diré un discurso que hará historia, mi hermano —se acercó con decisión.

—¡Olvidalo! Si te dejo hablar, no paras en tres días. Vuelve a tu lugar, improvisaré el discurso —tomó de nuevo el micrófono—. Mis queridísimos proletarios explotados y oprimidos: Había redactado un hermoso manifiesto para leérselos con mucho cariño, sin embargo no podré hacerlo porque debido a una pequeña falla en nuestra organización, se ha extraviado momentáneamente. Pero les diré lo que me dicte el corazón. Hace tres años llegamos a este pueblo que nos recibió con los brazos abiertos, y lo transformamos. El primer cambio fue darle un nombre acorde a la realidad sociopolítica de nuestros tiempos; como recordarán,

esta hermosa población se llamaba San Pancrancio de los Petates y nosotros le pusimos Territorio Unido Revolucionario, al que ustedes, con afecto y por economía lingüística llaman “TUR” por sus siglas. Bien, camaradas proletarios, hicimos en este pueblo un TUR que será ejemplo para las futuras generaciones, que será el estandarte de las facciones clandestinas que continúen optando por el camino de las armas para la liberación de los oprimidos. Como decía nuestro patriarca Marx, “estaremos siempre empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes” —los proletarios dedujeron que lo que acababan de escuchar era muy importante y soltaron los aplausos—. Gracias, gracias por esa sincera aunque inmerecida ovación, pueblo mío que estás en la colina... Les estaba yo diciendo que llegamos a este límpido y hospitalario lugar para hacerlos conscientes de su condición de esclavos, de siervos, de oprimidos, explotados, alienados, aplastados, marginados, ignorantes, miserables, depauperados, bestializados, aletargados, aborregados... ¡de escoria!, ¡a eso hemos venido, compañeros proletarios! —los aplausos resonaron con más fuerza, el público frenético alzaba los puños y vitoreaba a los comandantes—. La lucha no terminará hasta que veamos derrotada a la clase burguesa. Contra los poderes del capital debemos alzarnos y si es preciso entregaremos hasta la última gota de sangre en esa fiera y desigual batalla, ¡con la lanza en ristre someteremos al enorme gigante que estrangula nuestro futuro! Amigos, hermanos, compañeros ¡jamás claudicaremos! ¡He dicho! —una nueva ovación estalló acompañada de vítores y gritos jubilosos. La música sonó de nuevo, los vendedores volvieron a vender, los compradores a comprar, las parejas a bailar, y al final de la tarde todos se marcharon a sus casas, desbordantes de fervor revolucionario.

Los comandantes se alejaron sonriendo. Fidel puso la mano sobre el hombro de Camilo y le dijo:

—Ven acá, chico, que necesitamos hablar contigo. Tú sabe mi asere que puedes confiar en mí, como en tu propia sombra, Ernesto también lo sabe, compay, que yo nunca le voy a fallar. Lo que quiero preguntarte mielmano, es ¿qué pasó de veldá con la escritora esa? ¿éque tú le aplicaste la juticia revolucionaria, chico? Cuéntano qué pasó con ella, mira bien que no te vamo a traicioná.

—Está bien, compañeros, creo que llegó el momento de que les cuente esa historia, pero eso sí, tienen que comprender todo lo que les voy a decir, porque no es sencillo; para mí no es nada fácil confesar cosas muy gruesas que he callado por tanto tiempo. La conocí en circunstancias muy difíciles, bajo el ataque enemigo. Me ayudó y me ocultó en su casa hasta que pasó el peligro, se portó como una auténtica amiga de la revolución. Vivimos juntos algunos meses, en verdad me quería mucho, pero yo a ella no tanto. Todo iba más o menos bien, hasta que me provocó un gran problema. Resulta que ella veía un programa de televisión llamado *Potaje de garbanzos para el alma*. Ahí salía la doctora Remedios Del Campo dando recetas de cocina, medicinas naturistas, consejos para alcanzar el nirvana en quince minutos, conseguir el amor y ganar en el casino. Molly no se lo perdía nunca, y una vez, después de escuchar a la doctora me dijo que mi fobia, ustedes saben, ese terror que siento por ciertos animales cuadrúpedos que trepan a los tejados, era por un conflicto que yo debía resolver. ¿Y qué conflicto es ese? pregunté. Entonces ella va y me habla horas y horas sobre mi lado femenino y que debía ponerme en contacto con mi lado femenino y aceptarlo sin remilgos, y...

—Párate ahí, chico, ¿qué tú me estás queriendo decir? ¿e'que acaso tú ere reversible o qué coño te pasa mi helmano? —Fidel lanzó el habano con furia.

—Pero che, calmate, dejalo que hable, ¿sabés que me parece una idea macanuda, esa del lado femenino? No le tirés la bronca a Camilo; dale, pibe, seguí contando.

—Por bruto le hice caso, y qué me van a decir ustedes, ¡me gustó el asunto! Veía lindas las flores y me estremecía el trino de las aves, escuché seis veces seguidas el disco de Benedetti declamando sus poemas, empecé a tomar clases de *ballet*, me sentía frágil y etéreo como una libélula. Tuve conciencia de la gravedad del problema el día en que Molly y yo peleamos por su blusa lila. Yo, un guerrillero forjado a sangre y fuego, que donde pongo la bala pongo el ojo, ¡peleando por la blusa lila! Realmente entré en pánico y me dije ¡debes volver a lo tuyo, al fragor de la batalla, a sentir la testosterona corriendo por tus venas! Y aquí me tienen. Nunca le perdoné a Molly el salto dialéctico que me obligó a dar, porque ahora, en medio del trueno de la metralla, siempre estoy pensando en mi reprimido lado femenino.

—Bueno, che, pero no hagás un tango por eso, dejate de pavadas... Decime, ¿no podés funcionar por ambos lados, como los discos de antes? ¿Una vez el lado A, la siguiente el lado B? Alternativamente, ¡qué se yo! —sugirió Ernesto.

—Lo que yo digo e'que esa mujer era una comemienda, chico, lo mejó que le pudo pasar fue morirse. Tenías derecho a matarla, pero no contetaste mi pregunta: ¿tú la mataste? —Fidel había recogido el habano y llenaba el aire con el olor dulzón del tabaco.

—¿Qué si yo la maté? Verás... —en ese momento escucharon las exclamaciones que venían del otro lado de la plaza.

—Bang, bang, bang...

—¿Qué hora es? —preguntó Ernesto.

—Las seis en punto —respondió Fidel.

—¡Joder! Se nos pasó el tiempo y ahora el enemigo ataca, corramos o nos tomarán prisioneros otra vez —había angustia en la voz de Camilo.

Huyeron rápidamente hasta parapetarse detrás de la fuente de la plaza. Desafiando el fuego enemigo, Ernesto fue a buscar los fusiles y volvió en seguida. Empezó un nutrido tiroteo, la batalla era terrible.

El teniente Terolá hablaba sosteniendo el cigarrillo entre los labios. El humo le hacía entrecerrar el ojo izquierdo, pero con el derecho veía fijamente a Gómez y a Eugenio. Los había citado en su despacho porque el caso Blum estaba estancado y aquella mañana la fiscal Cadalso les había puesto un ultimátum: si en tres días no obtenían resultados, serían despedidos. La situación era grave y los agentes estuvieron de acuerdo en que debían hacer algo pronto.

—Ayer estuve pensando que hay dos cosas, de relativa importancia, que todavía no hemos hecho, ¿no se les ocurre qué pueden ser? —los vio con su mirada maligna.

—No se me ocurre nada, mi teniente —Gómez taconeó y se cuadró, como correspondía.

—¡Gómez, deje de cuadrarse! Me pone nervioso su estúpido taconeo —Terolá aplastó el cigarrillo en el borde del escritorio.

—¡Como usted ordene, mi teniente! —estuvo a punto de hacerlo de nuevo (¿qué quieren ustedes? los hábitos no se borran fácilmente), pero se detuvo a tiempo.

—Bien, si no se les ocurre nada, yo se los diré. Punto número uno: ¿por qué hemos venido suponiendo que el culpable es un hombre?, ¿acaso no podría ser una mujer? Y punto número dos: ¿no va siendo hora de ir a examinar la escena del crimen? Tal vez encontremos allí alguna pista... Eso lo pensé anoche, cuando veía en la tele un programa interesantísimo que se llama *Crímenes sin resolver* y si vieran ustedes qué investigaciones tan científicas, ¡pero qué serias y acuciosas!... Claro que, como su nombre lo indica, no resuelven los casos, pero luce tan bien eso de andar recogiendo cabellos, botones, trozos de hilo, o tomando huellas dactilares, pisadas, esos pequeños detalles que hemos

pasado por alto. ¿Qué me dicen? —la voz del teniente sonaba convincente.

—Me parece bien, mi teniente, el único problema es que no recuerdo si preservamos la escena del crimen y pudo haberse contaminado —Eugenio hablaba tímidamente.

—¡No me venga con esas estupideces, Eugenio! Recogeremos las pruebas y que los de criminalística las desinfecten si acaso se contaminaron —Terolá estaba entusiasmado por el nuevo giro que tomaba el caso—. Vamos inmediatamente al apartamento de Molly Blum, estudiaremos la escena del crimen.

Terolá se paró, aseguró la escuadra en el cinturón y los tres corrieron a la patrulla. Eugenio conducía a toda velocidad con la sirena abierta, pasando los semáforos en rojo y haciendo chillar las llantas en cada esquina. Por fin llegaron al apartamento.

—Mi teniente, la puerta está cerrada con llave —Gómez comprendió que aquella no sería una misión fácil.

—¡Pregúntale al portero, él debe tener una llave!

Gómez se disponía a bajar las escaleras, cuando la puerta se abrió. Una mujer alta, rubia, de unos veinticinco años les preguntó qué querían.

—Soy el teniente Terolá —le mostró su placa—, venimos a examinar la escena del crimen, ¿quién es usted? —el teniente la observó minuciosamente.

—Soy Rosalina Puentes, amiga de Molly. ¿Por qué vienen recién ahora a revisar la escena del crimen? Hace días limpiamos la sangre y todo lo demás —la mujer le pareció sospechosa, por lo que Terolá decidió hacerle algunas preguntas.

—¿A qué se refiere con “todo lo demás”? ¿Qué había, aparte de la sangre? —la vio con su mirada gélida, pero la mujer no titubeó.

—Me refiero a las huellas dactilares, las pisadas, las manchas que quedaron en la alfombra, los cabellos... Usted sabe, esos

pequeños detalles. Llegan ustedes demasiado tarde —sonrió con malicia.

—Eso quise decir cuando le informé que no habíamos preservado la escena del crimen, mi teniente —acotó Eugenio.

—De todas maneras entraremos a revisar. Mientras tanto, dígame, señorita Puentes, ¿encontró algo sospechoso, que le llamara la atención, algún detalle poco común? —Terolá decidió que si no había más remedio tendría que confiar en ella, tomando en cuenta que era la única persona que había visto de cerca el cuadro del delito.

—Pues... ya que lo menciona, teniente, sí, me fijé en algunos detalles: el hombre que entró (y digo que es un hombre porque sus huellas correspondían al número 42 y calzaba zapatos de escalar montañas), abrió con una llave, ya que la cerradura no estaba forzada. Seguramente vino caminando a través de la placita, porque en las pisadas encontré restos de arena blanca, como la del arenero en donde juegan los niños, y caca de perro. El tipo conocía perfectamente la casa, entró por acá —se colocó frente a la puerta— y se dirigió directamente al cuarto de baño. No había huellas en la cocina, ni en el dormitorio; por lo que pude deducir, vino, vio y mató. Hay algo más: en total disparó tres proyectiles, pero uno fue a dar en el borde de la bañera; por el tamaño y las características del agujero determiné que era una bala calibre 38, de un revólver Smith & Wesson. He concluido también que quien ordenó o cometió el asesinato conocía muy bien la rutina de Molly; siempre tomaba un baño a esa hora y era muy fácil sorprenderla. Otra posibilidad que he sopesado es que alguno de sus enemigos viniera a vengarse por mano propia. Al respecto, he buscado pistas entre sus cartas, documentos y en un pequeño diario que ella llevaba. En principio seleccioné siete sospechosos y fui eliminando a algunos por cuestiones obvias. Por ejemplo Petronio estaba en las Bahamas el día del asesinato... pero eso no quita que pueda haber sido el autor intelectual.

Dejé fuera a Donatello, su modisto, porque aunque tuvieron un problema más o menos serio, me parece que él se vengó lo suficiente con el traje azul que le hizo el mes pasado, el que vestía en su entierro. Yo sabía que no le gustaba y busqué por todas partes la blusa lila que era su favorita, pero desapareció misteriosamente. Prosigamos con el recuento de los sospechosos: descarté también a Archibaldo y a Teobaldo porque los cabellos que encontré eran cortos, lisos, color castaño oscuro, con caspa y restos de champú marca Loving. Archi tiene el pelo largo y usa tinte de color fuego en el granero; el cabello de Teo es rizado y lo tiñe de rubio cenizo; comprobé que ninguno de los dos compra el champú marca Loving, que es muy barato... y no tienen caspa. Además y sobre todo, ellos se amaban mucho... también a Molly, tanto, que ella fue su madrina de bodas, no tenían ningún motivo para asesinarla. Eso me deja a la sazón con tres posibilidades, que ahora estoy investigando. Aparte de los pequeños detalles que he enumerado, pues no, no se me ocurre otra cosa que le pueda servir, teniente —sonrió.

A Terolá le pareció que la mujer era demasiado astuta, ¿podría ser un plan fabricado para encubrir al verdadero asesino y/o asesina? ¿Dónde estaban las pruebas que dijo haber encontrado? Eran demasiadas preguntas, de nuevo le dolía la cabeza.

—¿Dónde están las pruebas que dijo haber encontrado? —su voz sonó fría y sagaz.

—Muy bien guardadas en una caja de seguridad, teniente. Era necesario conservarlas en buen estado y para eso debí ponerlas fuera del alcance de la policía —sonrió de nuevo con ese aire de triunfo que al teniente estaba produciéndole acidez estomacal.

—¡Vamos, señorita Puentes! No creo que usted sea una simple amiga de Molly Blum —mientras el teniente hacía esas sedudas conjeturas, Eugenio y Gómez revisaban los rincones en busca de alguna prueba que la mujer no hubiese recogido.

—Era amiga de Molly, es verdad, pero además soy discípula de Agatha Christie —sonrió de nuevo. La acidez se le vino a Terolá como una flema que le quemaba la garganta. Ignoraba quién era esa tal Ágata, pero no estaba dispuesto a ceder.

—¡Ah sí, Cristy!, ¡claro! Trabajamos juntos cuando ella era fiscal de distrito, antes de que la sustituyeran por Dolores del Cadalso. Fui su asistente, una mujer muy profesional, sin duda. Si la ve por favor saludela de mi parte, seguro me recuerda con mucho cariño.

—Lo haré, no se preocupe —la risa socarrona de la mujer le crispaba los nervios.

En ese momento Gómez se acercó sigilosamente; llevaba en las manos un pequeño botón. Se lo mostró a Terolá y al teniente se le iluminaron los ojos. ¡Tenían una prueba que Puentes había pasado por alto! Cuando la mujer vio el botón frunció el ceño. “Es de la blusa lila”, dijo pensativa. Gómez explicó que lo había encontrado en el armario, debajo de un zapato. “El único problema es que usted no usó guantes y ya dejó estampadas sus huellas en el botoncito, oficial”, remató la mujer.

Terolá le pidió a Rosalina los nombres de los sospechosos, pero ella se negó diciendo que él arruinaría su investigación. “Usted es demasiado torpe, teniente, ya me lo decía Agatha Christie: Si ves a Terolá, dile que siempre lo consideraré tan bruto como un adoquín”.

Los tres hombres salieron con el sabor del fracaso en los labios. ¿Qué le diría Terolá a la fiscal Cadalso? ¿Que sólo había obtenido un botón? No. Haría algo genial. Repetiría exactamente lo que Rosalina Puentes le había informado: el asesino es un hombre que calza 40, usaba zapatos para jugar al tenis, entró forzando la cerradura con una llave inglesa, fue directo a la cocina, luego al baño, disparó a la bañera haciendo un agujero calibre 22, seguramente con una escuadra Colt, luego le acertó dos proyectiles a la occisa y salió cruzando la plaza, donde se

embarró los pies con la caca de los niños y la arena de los perros. ¡Estaban salvados!

Al día siguiente, la primera plana de todos los diarios anunciaba el resultado de la brillante investigación conducida por el teniente Terolá. El crimen por fin empezaba a desenmarañarse. En la oficina de Cadalso, un equipo de expertos revisó incansablemente la lista de propietarios de escuadras 22, marca Colt, hasta que descubrieron un nombre que los dejó perplejos.

Claudia se formó al final de la fila de mujeres que aguardaban a que abrieran el centro de detención. Era día de visita y llevaban cestas con frutas, pan y botellas de refresco para sus maridos, padres o hermanos. En la entrada, una mujer grande y cúbica como un armario, revisaba la comida y olía las botellas. Adentro, una vieja uniformada las introducía a un cuartito donde les palpaba el cuerpo, metía sus manos debajo de la ropa interior y las manoseaba hasta asegurarse de que no ocultaban navajas ni drogas. Pasado el examen, la vieja las veía con ojos acuosos, sonreía y llamaba a la siguiente. La muchacha que pasó antes que Claudia protestó cuando la vieja le exigió que se quitara la ropa; ella podía oírlas desde afuera y la sacudió un temblor inoportuno. Llegó su turno. Sintió encima los ojos y las manos calientes de la mujer que la esculcó durante un minuto elástico. Luego pasó a un patio donde, desde las rejas, cientos de hombres silbaban y describían lo que pensaban hacer con ella. Llegó a un salón grande, de ventanas pequeñas y cuadrículadas; al centro, una larga mesa dividía el territorio entre presos y libres. Los hombres vestían uniformes anaranjados y estaban esposados, atados a unas barras de hierro clavadas a la mesa. Podían ver y oír, pero no tocar; eso tranquilizó a Claudia. Tardó en encontrarlo porque lo habían rapado como a los otros y era difícil distinguir sus facciones entre todas aquellas cabezas unánimes. Se sentó frente a él y sintió el gusto amargo de la última vez.

En el autobús, Claudia había pensado y repasado todo lo que le diría a Demetrio. Le contaría, por ejemplo, que su marido la trataba cada vez peor desde la llamada de aquella noche, que Rocío no hablaba y andaba mal en la escuela, Gabrielito tenía varicela y estaba insoportable. Le contaría todo eso que la esta-

ba ahogando. Le urgía poner en palabras el dolor, para verlo a distancia.

—Te traje comida, ojalá te guste. Pobrecito, ya me imagino que estás muy mal aquí. Yo tampoco he estado bien, tuve muchos problemas, desde la noche de la llamada... —Demetrio la cortó de golpe.

—Cállate, tenemos poco tiempo y no lo vamos a desperdiciar hablando pendejadas. Necesito dinero, dame todo lo que traigas. Aquí hay un tipo que consigue aguardiente, pero el muy cabrón pide cuatro veces lo que vale afuera. Ya no aguanto, tú no sabes lo que es esto, ¿lo sabes o no lo sabes? —la veía a los ojos, y como no recibió respuesta su disgusto aumentó—. Siento que me muero si no consigo un trago. ¿No me trajiste aunque sea una botellita? Al menos déjame algo de plata, no seas así —Claudia sintió picotazos en el estómago, pero se aguantó como una yegua que no puede sacudirse al jinete.

—No sé, no creo que pueda porque el niño... —la interrumpió el sonido metálico del puñetazo sobre la mesa.

—¿Y a eso viniste? ¿A darme estas porquerías y a decirme que no me vas a ayudar? ¡Te hubieras evitado el trabajo! —le gritó.

—Será mejor que me vaya —tragó las lágrimas y regresó cruzando el patio, donde los presos otra vez cumplieron el protocolo. Sintió como si cien lenguas la lamieran y el asco le recorrió el cuerpo.

La esposa de Terolá lo sacudió varias veces, pero estaba tan cansado que le costó despertar. No sabía si era otra de sus pesadillas, pero escuchaba a su mujer repitiendo el nombre de Dolores del Cadalso. Se incorporó como pudo, se lavó la cara y rápidamente se puso el uniforme. Debía tratarse de algo grave para que lo buscaran tan temprano y un domingo. Bajó a la sala, Cadalso se paseaba de un lado a otro mientras Gómez y Eugenio la contemplaban con cara de susto. En cuanto vieron aparecer a Terolá, la fiscal dio la orden: ¡Arréstenlo! Gómez se acercó con las esposas en la mano, taconeó y se cuadró como acostumbraba, mientras Eugenio, como un perro amaestrado, obedeció los gritos de la mujer y subió al dormitorio del teniente. A los pocos minutos volvió con un par de zapatos para jugar al tenis, dentro de una bolsa plástica; la fiscal examinó la suela y sonrió. A Terolá la escena le parecía absurda, se veía las muñecas apesadas y no terminaba de creerlo. Cadalso se acercó con la decisión de un tanque de guerra, se puso los guantes de goma, buscó la cartuchera del teniente y sacó la escuadra, la vio con un rayo de gozo y la colocó suavemente dentro de una caja. Afuera esperaba la patrulla.

Eugenio conducía despacio y Terolá tuvo tiempo de murmurar al oído de Gómez: “Todo fue una trampa de Rosalina Puentes, esa mujer me dio información falsa para hundirme. Tienes que buscarla, encuéntrala y sácale la verdad”. Gómez asintió, pero al sentir encima la mirada felina de Cadalso quedó congelado.

Gómez tenía un sentido de la lealtad excepcional para estos tiempos. Al terminar la jornada de trabajo fue directamente al apartamento de Blum. Llamó varias veces y se disponía a mar-

chase cuando Puentes abrió la puerta y no tuvo más remedio que invitarlo a pasar.

Sobre la mesa de la sala se extendía una buena cantidad de papeles: planos, informes de cuentas bancarias y un cuaderno con cerradura. Sentado en el sofá, un hombre moreno, de unos cuarenta años, bebía despacio un escocés en las rocas. El tipo no respondió al saludo de Gómez, y Rosalina, bastante nerviosa, le preguntó si deseaba tomar algo. El oficial recordó que ya no estaba en servicio y le pidió un martini seco, sin aceituna. Ella fue a la cocina y él quedó a solas con el hombre. Estaba por creer que era ciego o sordomudo, cuando empezó a hablar displicente: “Conque usted es el famoso oficial Gómez”. Él no sabía que era famoso y se lo dijo. Mientras intentaba hacer conversación, aprovechó para ver de reojo los papeles en la mesa. No alcanzó a leerlos, pero estaba seguro de que eran informes bancarios. Rosalina volvió con el martini; preguntó el motivo de su visita y Gómez le contó lo ocurrido al teniente Terolá.

Rosalina seguía alterada. Con disimulo intentó cubrir los documentos, sin sospechar que Gómez no había podido leerlos. Titubeó y le dijo al oficial que trataría de ayudar a su jefe. Gómez terminó el martini y decidió marcharse; la mujer lo acompañó a la puerta y cerró apresuradamente.

Mientras bajaba las escaleras, Gómez palpó el bulto rectangular que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Revisó de nuevo la libreta de cubierta negra, llena de nombres y números telefónicos. Había decidido apropiársela cuando leyó en aquel listado el nombre del teniente Terolá. ¿Por qué no se la entregó a su jefe el día que la encontró dentro del maletín, en el cuarto de Demetrio? Tal vez porque su sexto sentido le había aconsejado retenerla, y él siempre obedecía a su sexto sentido. Repasaba otra vez las decenas de apellidos que no le decían nada, hasta que reparó en uno: Puentes. Ahora sabía que tenía entre manos una clave, pero ni idea de cómo descifrarla. Se esforzó en revivir lo

que había ocurrido la primera vez que vieron a Rosalina Puentes y recordó un detalle importante: ella había hablado en plural cuando dijo: “Hace días limpiamos la sangre y todo lo demás...” ¿Quiénes recogieron las pruebas? ¿Ella y el hombre del escocés? ¿Ella y Demetrio? Sentía las manos atadas, sobre todo porque ahora estaba bajo las órdenes de la fiscal Cadalso, que controlaba sus movimientos. ¡Si tuviera tiempo libre para investigar por su cuenta! De pronto se le ocurrió una solución: hablaría con Delfino, un detective privado amigo suyo, a quien apodaban Dick Treyci. Cobraba caro pero era bueno en el oficio. Le pediría ayuda y, aunque no podía pagarle, quedaría compensado con la publicidad que le daría el caso. Además, le pasaría información confidencial para facilitarle el trabajo. Era un acuerdo beneficioso para ambos. Si todo salía bien, al final Gómez sería ascendido, descubrirían al culpable y el teniente Terolá quedaría libre. Esa misma noche habló con Treyci, que aceptó el negocio en seguida.

A pesar del calor del mediodía, el hombre usaba sombrero de ala ancha y gabardina. Su rostro lampiño parecía el de un muchacho, pero la mandíbula cuadrada le daba aires de seriedad. Vio un banco vacío en la barra, se sentó, pidió una cerveza y preguntó por Bernardo. “Soy yo”, respondió el cantinero.

—Necesito hablar con usted —dijo secamente Treyci.

Cuando lo vio entrar, Bernardo se dijo que no era el tipo de cliente de La Corona de Laurel, dedujo que era policía y se puso en guardia.

—¿De qué se trata? —preguntó; pero en ese momento, desde el otro extremo de la barra, un hombre moreno llamó a Bernardo, le dijo algo en voz baja, el cantinero le sirvió un escocés en las rocas y volvió a hablar con Treyci.

—Me han dicho que Demetrio Ríos solía venir aquí. Necesito información sobre él.

—Ya dije todo lo que sabía, ¿es usted policía?

—No, soy detective privado —sacó de su cartera dos billetes y los deslizó en el mostrador—. Sabré compensar la información —Bernardo vio al tipo al final de la barra y rechazó el dinero.

—Guarde su plata, señor. Le dije que ya informé a la policía lo que sabía sobre Demetrio —a Dick Treyci no le pasaron inadvertidas las señales entre el cantinero y el hombre del escocés. Decidió cambiar de estrategia.

—Entiendo. Me contrataron para encontrar a ese hombre pues ha heredado una fortuna que ni tú ni yo podríamos imaginar. Ahora es millonario. La señora... olvidé el nombre pero murió hace poco, trágicamente, dejó un fideicomiso y resulta que el tal Demetrio pronto estará forrado, ¿qué te parece? —veía fijamente a Bernardo que, sin decir palabra, fue adon-

de el tipo del escocés, hizo como que le cobraba la cuenta, murmuró algo y volvió.

—Yo no sé nada de Demetrio, pero el hombre que ve allá, al final de la barra, es amigo suyo. Será mejor que hable con él —Bernardo extendió la mano esperando de nuevo los billetes pero Dick Treycki sólo se la estrechó y le dio las gracias.

El hombre del escocés se presentó como Arturo a secas, y le dijo que era amigo de Demetrio desde hacía muchos años. No podía disimular el interés que le despertó la noticia de la herencia.

Tenía entendido que la señora estaba en la quiebra —dijo, fingiendo indiferencia.

—Eso creían todos, pero tenía un fideicomiso y él es el beneficiario —Dick lo estaba midiendo. Ambos se movían con cautela.

86

—Extraña noticia, pero en fin. No puedo decirle dónde se encuentra Demetrio, ¿quiere darme su tarjeta? Nosotros nos comunicaremos con usted —Dick comprendió que no obtendría nada más de ese hombre, pero le complacía pensar que había mordido el anzuelo.

—De acuerdo —le entregó la tarjeta—, espero su llamada.

Al salir del bar, Dick Treycki observó que Arturo a secas subía a un BMW azul y salía rápidamente. Pensó seguirlo pero no quiso arriesgarse a arruinarlo todo si el tipo lo veía.

Rosalina no esperaba aquella cálida bienvenida. En cuanto abrió la puerta, Arturo la tomó del pelo y le torció el brazo. “Me dijiste que estaba en la quiebra”, le reclamó mientras ella, tratando de zafarse, gritaba: “Es la verdad, tú lo viste, te mostré las cuentas, ¡suéltame!”. Él seguía doblándole el brazo y cada vez la apretaba más. “Pues me mentiste, porque hoy supe que era millonaria, y su heredero es el borracho, ¿entiendes?” No, por supuesto no entendía nada. Ella creía conocer bien a Molly y esa historia la dejaba perpleja.

Por fin la soltó. Le contó la conversación con el hombre en el bar y ella le pidió que la dejara hablar con él. Al principio Arturo se opuso, le dijo que ya no podía tenerle confianza, quién le aseguraba que no lo traicionaría de nuevo, pero Rosalina le juró que no ocultaba nada, y él le creyó.

En ese momento, en otro lugar no muy lejos de allí, el oficial Gómez se llevaba a la boca el último trozo de carne. Lulú de Terolá era buena cocinera, pero él había llegado a la casa de su antiguo jefe por algo más que comida. Ella insistía en que se sirviera más albóndigas, pero él, frotándose la barriga, respondió que era suficiente. Mientras preparaba el café, Lulú le preguntó cómo iba el caso de su marido, era tan injusto que estuviera detenido, él, un hombre que siempre había cumplido con su deber. Gómez le respondió que por supuesto, que injusticia igual nunca se había cometido, pero ya él estaba investigando por su cuenta para dar con el verdadero culpable y liberar a su jefe. Lulú se lo agradeció con un voluminoso trozo de pastel. Entre tartas y café, Gómez le dejó ir, muy sutilmente, la razón por la que había llegado.

87

—Para liberar al teniente Terolá yo necesito pruebas, señora Lulú. No lo tome a mal, pero quisiera revisar los papeles del jefe, estoy seguro de que encontraré evidencias para demostrar su inocencia —ella saboreaba el tercer trozo de tarta y sin dejar de masticar, con su sonrisa de luna llena, le dijo a Gómez que claro, que subiera al dormitorio y tomara lo que necesitara. El agente había pensado que sería más difícil convencerla, pero se alegró de que la mujer fuese tan confiada. Mientras subía las escaleras alcanzó a ver a los tres hijos del teniente que regresaban de la escuela, rosados y esféricos como los cerditos del cuento. La madre los recibió a besos, fueron a la mesa y Gómez dedujo que estarían entretenidos un buen tiempo. Tenía el campo libre.

Las paredes del dormitorio estaban tapizadas con papel de flores rosas y celestes; las mesas, el escritorio y la cama

dormitaban cubiertos con interminables tapetes de encaje; el cuarto tenía un aspecto tan femenino que no podía imaginar allí a su jefe, hasta que vio el borde del tocador, lleno de marcas de cigarrillo. Decidió empezar por el armario. Tomó dos cajas. En la primera descubrió, bajo una gruesa capa de pétalos de flores, las cartas que los señores Terolá se escribían cuando eran novios. En la segunda caja guardaban fotografías y dibujos de los niños. Evidentemente su jefe era un decente hombre de familia y Gómez se sintió un poco gusano por haber desconfiado de él.

Una hora más tarde, aburrido de hurgar en el pasado de aquella familia ejemplar, se disponía a salir con las manos vacías, cuando se fijó en una caja semioculta en el fondo del armario. La abrió. Ahora correspondía el turno al futuro de aquella familia ejemplar porque el jefe, a pesar de su insignificante salario, tenía una respetable cuenta de ahorros, acciones en la bolsa, dos mil dólares y tres cheques al portador que no tuvo tiempo de cobrar.

Gómez dudó. ¿Debía llevarse aquellos papeles? ¿Para qué podrían servirle? En todo caso, pensó, nada garantiza que ese dinero sea mal habido, qué sé yo si el teniente tiene parientes ricos que le hacen buenos regalos en Navidad y en su cumpleaños. No se lo creyó, pero decidió preguntárselo a Lulú. Ella confirmó lo que suponía: vivían al día, del sueldo de su marido, tanto que no sabía qué haría si no le pagaban a fin de mes.

En otro lugar no muy lejos de allí, Arturo a secas camina por el patio de la prisión. Llega a su encuentro un tipo de cabeza rapada, vestido de naranja. Disimuladamente, Arturo le entrega una botella de aguardiente y el reo la esconde. Tiembla de ganas por dar el primer trago, pero sabe que debe esperar.

—No preguntes cómo, pero averigüé que tú te quedaste con el maletín.

—Mire, jefecito, yo no sé nada de eso. A mí me dijeron que un amigo mío quería verme, por eso tuve la amabilidad de venir a saludarlo. De haber sabido que era para seguir jodiendo con lo del maletín, ni me tomo la molestia de atenderlo, si yo a usted no lo conozco.

—Sí que me conoces. Será mejor que hables; tengo buenos contactos aquí adentro y, si quieres seguir vivo, me lo entregas ahora mismo o me dices dónde lo escondiste —le apretó los dedos con fuerza.

—¡Ay no, jefecito! No me quiebre los dedos porque los voy a necesitar para abrir la botella. Espere, creo que ahorita me acordé. ¿Usted dice el maletín que un señor dejó en el autobús?

—Ningún autobús. Lo encontraste en el apartamento de Molly, cuando fuiste a asesinarla. Seguramente ya no tienes el dinero pero necesito la libreta, y si no me la devuelves te arranco los dedos —Demetrio sintió un dolor frío en los huesos y el tipo seguía apretando.

—Sí, lo encontré en el apartamento, pero yo no la maté —sus dedos crujió.

—Bien, vamos bien —aflojó un poco—, ¡dame la libreta!

—No la tengo —apretó de nuevo, con más fuerza—, le juro por diosito que yo la había escondido en mi cuarto, debajo de la cama, pero un policía llamado Gómez dijo que no la halló —pensó en llamar a los guardias, pero supuso que le quitarían la botella y prefirió aguantar.

—¿Esperas que crea eso?

—Es la verdad. ¿Por qué iba yo a ocultar una libreta que no me sirve para nada? Si la tuviera, ahora mismo se la entregaría, si usted tan buena gente, me trajo mi botánica de aguardiente. Bien dicen que en las desgracias se reconoce a los verdaderos amigos. Mire, jefe, ese maletín sólo lo pueden tener dos gentes: Benito, el dueño de la pensión... aunque pensándolo bien, no

lo creo, porque él sólo roba cosas útiles; el otro sería el oficial Gómez. Para mí que él la tiene, segurito.

—Comprobaré si es cierto lo que me dijiste. Si mentiste, tienes los días contados.

Arturo a secas salió de la prisión con paso firme. Subió a su BMW y arrancó rápidamente haciendo una nube de polvo.

En ese momento, Gómez y Dick Treyci comentan los últimos avances de la investigación. El oficial le cuenta lo de la cuenta de ahorros y los cheques de Terolá; Treyci le habla de la genial trampa que ha urdido y le confía que le parece sospechoso que Arturo sepa de la bancarrota de Molly Blum, ¿cómo se había enterado? Gómez dedujo que era el mismo sujeto que bebía escocés con Rosalina, y hablaron largamente sobre la conveniencia de no tomar siempre el mismo trago, para no ser identificados fácilmente como el tipo del escocés, el tipo del tequila, o lo que sería peor, el tipo del rompo o de la piña colada. Después de esas profundas reflexiones, el oficial mencionó los informes bancarios que vio cuando visitó a Puentes.

—¡Claro! —exclamó Treyci—, por eso Arturo a secas estaba enterado de la bancarrota de Blum.

—Pudo ser por eso... —dijo Gómez—, o porque tiene vínculos con Demetrio y él se lo contó.

—¿Es que Demetrio lo sabía? —preguntó Treyci.

—En efecto, lo sabía, porque el teniente Terolá se lo informó —agregó Gómez.

Y así, entre lo que preguntaba uno y lo que agregaba el otro, pasaron tres horas, hasta que llegaron a dos brillantes conclusiones: el asesino era hábil y el caso muy complicado.

Muy bien, ha llegado la hora de hablarles sobre mi cuarto amante.

Arturo era un hombre increíble... porque siempre mentía. Sensible... porque todo le dolía. Amoroso... porque se amaba con idolatría fanática. Predecible... porque invariablemente metía la pata. Estable... porque casi no se movía. Deslumbrante... porque llevaba quince cadenas de oro en el cuello. Incansable... cuando aspiraba cocaína. Soñador... porque pasaba la mitad del día durmiendo. Valiente... porque tenía pelo en el pecho. Habilidoso... porque escondía ases en la manga. Buen conversador... cuando hablaba solo. Gracioso... aunque sólo él entendía sus chistes. Democrático... porque en materia de faldas, todas tenían iguales derechos y las mismas obligaciones.

Como ustedes saben, nadie es perfecto y Arturo también tenía defectos. Era adicto a todo, menos al trabajo. Mujeriego empedernido, jugador incansable y desertor prematuro de cualquier esfuerzo. Entendía la vida como la cacería mayor de placeres, y pesaba sus días en la balanza de los riesgos inútiles. Era el *playboy* que lo tenía todo. Gorrón profesional, gigoló que se dejaba querer, vividor, fanfarrón y embustero, se resarcía de las bancarrotas mendigando la ayuda de su padre.

Siempre podía contar con papi, hasta que el señor le fijó como condición que trabajara, que se convirtiera en un hombre productivo que produjera algo más que dolores de cabeza. Entonces Arturo encontró la solución perfecta: le dijo que era poeta, lo cual justificaba que no ganara un centavo; sabido es que los versos sólo alimentan el espíritu. Papi no mordió el anzuelo tan fácilmente y le pidió una prueba, quería ver al menos unos versos. Arturo, con una aplicación que no le conocí antes, se dedicó a leer coplas y sonetos, hasta que dio con lo que

buscaba. Copió enterito un poema llamado “Poderoso caballero es don dinero” y se lo envió a su viejo diciéndole que era un humilde tributo a su persona; me consta, porque soy testigo del plagio, que el autor verdadero era un tal señor Quevedo. Días después le llegó la respuesta; su padre estaba tan orgulloso de su talento que decidió que publicaran el poema; hablaría con un editor amigo suyo, o de ser necesario, compraría una editorial para que los versos de su vástago vieran la luz. Arturo se preocupó tres minutos —era su récord, por falta de práctica; también la angustia necesita entrenamiento— y exclamó: “¡Oh no, estoy perdido, ahora descubriré la farsa!”. Intenté consolarlo diciéndole que yo era la única que lo había visto plagiando los versos y podía confiar en que no confesaría nada. “¿O es que temes que ese poeta te demande?”, pregunté temerosa, pero él me informó que Quevedo ya había muerto. Yo no veía el problema, aunque él de todas maneras decidió contarle a papá que el poema no era suyo y le pidió otra oportunidad.

Padre al fin, creyó en el talento oculto de su hijo y le exigió que esta vez le enviara algo verdaderamente original, creativo, inédito. Arturo prometió que así sería, pero sus neuronas estaban en huelga desde hacía mucho tiempo. Por más que se exprimió los sesos, no salió una gota. Recordó entonces a unos amigos suyos que se hacían llamar “los poetas malditos” y decidió invitarlos a una sesión inspiritista, para que juntos se inspiraran, aspiraran y lo sacaran del apuro. Jubiloso, me contó sus planes “Haremos cadáveres exquisitos”, exclamó. Yo, colaboradora como siempre, le pregunté si necesitarían pimienta, ajos y romero, pero el malagradecido me dijo: “¿Eres estúpida?, ¡los cadáveres exquisitos no se comen!”. Con la serenidad que da la razón, repliqué: “Entonces, dime, ¿qué comes todos los días? ¿No son cadáveres de vacas, pollos, corderos o cerdos? Si son exquisitos o no, depende de quién los prepare”. Se quedó bo-

quiabierto, tragó en seco y dijo que se haría vegetariano. Como de costumbre, no cumplió.

Llegó el gran día, vinieron los poetas, plumas y porros en mano. El humo de la marihuana se sentía a cinco kilómetros a la redonda, corrió el vino en cantidades navegables, pasó una hora, pasaron dos y pasaron cinco... la inspiración no fluía. De pronto a uno de ellos, que se hacía llamar Rambó, se le ocurrió algo original: escribirían una composición usando sólo palabras que empezaran con eme. Dicho y hecho. Soy testigo del nacimiento glorioso de la “Oda a la era posmoderna”, que rezaba así:

Melifluos mensajeros modernos mueven musas muertas,
mientras máquinas maquiavélicas maceran meses macabros.
Magnates miserables mercan molinos manchegos, murmuran-
do mustias miradas, máculas místicas, macizos microcosmos.
Mujeres macrocéfalas miran mortajas manchadas. Machos
montunos morirán mañana mintiendo. Madrugada. Mástiles
melancólicos mandan males mayores. Maléficos maestros ma-
terialistas meten mágica música menesterosa. Malecón malha-
dado, mares móviles, maletas maliciosas. Manos mansas mue-
len menudos menjures musitando mecánicamente maldiciones
mercenarias.

Interrumpí su éxtasis estético para confesarles que no entendía ni jota, y aquel galimatías me parecía sólo una serie de frases incoherentes. Arturo me respondió airado que era mejor así: “Todos admiran lo que no comprenden, piensan que son demasiado tontos para captar la profundidad del mensaje y suponen que el autor de tal proeza verbal es un genio que los mira desde arriba. Si es enredado e incomprensible, más importante lo creerán. ¡Lo hemos logrado!”.

El padre de Arturo estaba henchido de orgullo. Confesó que esa poesía era demasiado elevada para su escasa capacidad de

comprensión pero no cabía duda, su hijo era un genio. La “Oda a la Era Posmoderna” salió publicada en revistas literarias y en libros académicos con estudios de trescientas páginas que analizaban aquel controversial texto de media página. Le llovieron halagos y reconocimientos, sus adeptos pedían más de aquella obra reveladora pero él, humilde y firme, respondió que pensada como esa se conseguía una sola vez en la vida, que nunca segundas partes fueron buenas y prefería retirarse con la gloria y la victoria.

En los tiempos que corren, los poetas suelen buscar oficios alternativos, como inventar eslóganes para marcas comerciales y asesorar campañas publicitarias. Cuando los dioses del mercado se enteraron del genio de Arturo intentaron contratarlo, pero él, alérgico al trabajo como era, respondió que jamás prostituiría su lira. Los dioses no entendieron a cuento de qué venía el instrumento musical, pero respondieron doblando la oferta. La cifra era tentadora, por lo que convocó de nuevo a los poetas malditos, quienes, un tanto ofendidos porque su socio se había llevado el reconocimiento por la oda, aceptaron trabajar por el 70% de lo que pagaría la publicitaria. Arturo cedió, pensando, muy lógicamente por cierto, que 30% de algo es más que el 100% de nada.

¿De qué trataba la campaña publicitaria? Pues de algo muy simple: una nueva iglesia, llamada La Divina Revelación, necesitaba una buena estrategia de mercadeo, una propaganda eficaz para desafiar el éxito de la competencia, tomando en cuenta que el Vaticano es una transnacional muy fuerte, con subsidiarias en todo el mundo, y una marca que —a pesar de los pesares— conserva su prestigio, es pionero en el medio y su clientela alcanza millones de millones.

Después de seis horas de vino y tanto humo de marihuana que amenazaba contaminar la ciudad, el bombillo se prendió, “¡Se hizo la luz!” exclamaron. El eslogan decía así: “La religión

es el opio de los pueblos, nosotros le ofrecemos el mejor. Venga y compruébelo en La Divina Revelación”. Frases cortas y contundentes. La campaña fue un éxito, pero ni a los poetas ni a Arturo les interesaba trabajar, eso era denigrante. Sus aspiraciones eran otras: invirtieron lo ganado en una buena reserva de coca purísima y se dedicaron a aspirar.

Vivir al lado del *playboy* que lo tenía todo no era fácil, pero eso sí, muy emocionante. Nunca se sabía con qué novedad resultaría. Por ejemplo, un día trajo a casa a una muchacha muy linda, rubia, alta y bien hecha; me dijo que era prima suya; la pobrecita no tenía dónde pasar la noche porque su novia la había echado del apartamento que compartían. Me convenció de darle asilo a la desdichada Rosalina, aunque a la fecha sigo dudando de que realmente sean primos. Yo se los insinué con mucho tacto, pero Arturo me aseguró que su prima era lesbiana consumada y yo una malpensada. Una tarde, conversando con Rosalina se me despertó cierto apetito extraño, y acariciándole el pelo le dije: *Qué bonitos ojos tienes debajo de esas dos cejas, ellos me quieren mirar, pero si tú no los dejas, ni siquiera parpadear. Besar tus labios quisiera y decirte niña hermosa que eres linda y hechicera como el candor de una rosa.* Entendió el requiebro y muy apenada me dijo que perdonara, pero ella seguía muy enamorada de su novia y a pesar de que le había partido el corazón no podía serle infiel, aunque yo estaba muy guapa y que no lo tomara como algo personal. Comprendí, ni modo, y me fui de esa vida sin comprobar que dos cuerpos de igual carga no siempre se repelen... será para la próxima.

Rosalina ancló en mi apartamento y a mí me daba pena echarla porque tan linda, tan rubia, tan bien hecha. Además Arturo la quería mucho, eran como hermanos, pero a mí me seguía pareciendo un cariño incestuoso, no sé por qué. Al pasar el tiempo se fue tomando mayores confianzas, por ejemplo, la sorprendí varias veces revisando mis cajones, usaba mi ropa, se ponía mi perfume, creo que lo compartíamos todo, excepto la cama. A mí

no dejaba de preocuparme que, a pesar de que siempre me gustaron los hombres, de pronto me pillaba mirándola con ojos de perrita en celo, tal vez porque era tan linda, tan rubia y tan bien hecha. Un día, ya insegura de mis tendencias sexuales, le pregunté abiertamente si ella era un travesti, o uno de esos chicos que se operan para quitar lo que sobra y poner lo que falta, pero me aseguró que no, que era una mujer normal.

Lo último que supe del *playboy* que lo tenía todo, fue que papi le había cortado definitivamente la ayuda, nada de poemas, ni versos, ni liras, le dijo que si quería dinero hiciera lo que todos los mortales honrados: ¡trabajar! Arturo jamás le perdonó a su miserable padre aquella gran ofensa. No entendía por qué le regateaba la plata teniendo tanta, en especial si se toma en cuenta que él era su único heredero a la vista. En realidad eran dos hermanos, pero el mayor se había marchado a un monasterio tibetano, diciendo que quería encontrarse; por lo visto todavía se está buscando porque pasaron diez años y jamás recibieron noticias suyas, ni una triste postal.

Arturo estaba en el vórtice de la desesperación, ¿qué era él sin plata? ¡Nada! ¿Qué hizo para sobrellevar su trágico destino? ¡No lo sé! Ya no pude enterarme de lo que se le ocurrió para conseguir dinero.

El oficial Gómez caminaba viendo al suelo, para esquivar los charcos. El aguacero de la tarde había inundado la ciudad, pero al anochecer ya sólo quedaba una suave brisa que le humedecía la cara. Las calles de su barrio eran oscuras pero tranquilas, en ellas lo abrigaba una sensación de serenidad, como cuando era niño y su madre lo mandaba a comprar el pan para la cena. Volvía silbando y saludando a los vecinos que marchaban cansados a sus casas, buscando el refugio y el descanso al final del día. Nunca salió del barrio, vivía en el hogar que fuera de sus padres, el que pensaba compartir con Margarita si por fin aceptaba casarse con él. Seis años de noviazgo eran demasiados y él ya no era un jovencito para seguir esperando. Terolá le había augurado que un buen día su noviecita lo plantaría para largarse con el primer desconocido que no fuera tan respetuoso como él. “Las mujeres son llevadas por mal, si las tratas con cariño se aprovechan de ti, te ponen el pie encima y te conviertes en su monigote. Quieren fuerza, quieren fuerza...” decía el teniente, respaldando la filosofía de Vicente y de José Alfredo. Pero Gómez no podía ser de otra manera, nada de arrebatos de macho, él sólo ansiaba una vida tranquila al lado de una mujer buena, que supiera cocinar y remendarle la ropa. Llegó a la puerta del cine Variedades y se detuvo a ver las fotografías en la entrada. Imposible resistirse a *Doctor Zhivago*, una de sus favoritas; cada vez que la veía, terminaba llorando con un dolor exquisito. Entró. Sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. La sala estaba vacía, apenas cinco cabezas esparcidas en el enorme salón que olía a tela vieja y madera apolillada. Nada había cambiado desde que el Variedades era propiedad de su abuelo. El viejo lo llevaba siempre al cuarto de proyección donde archivaba cuidadosamente las latas que guardaban el prodigio. Allí Gómez

descubrió que cada película tenía su propia magia, que él podía poner y quitar a voluntad. Por eso sufrió tanto el día en que un usurero les arrebató el cine porque ya no podían pagar la deuda. ¿Cómo iban a ganar dinero si su único patrimonio era un montón de películas viejas que a nadie interesaban ya? El abuelo no sobrevivió mucho tiempo después de que le quitaron la pasión que lo mantenía vivo, y los problemas económicos de la familia fueron en aumento. El siguió yendo al Variedades porque lo necesitaba, y porque en aquella sala todavía resonaban los ecos de la voz del viejo.

Se sentó en el mejor lugar, pero la butaca crujía y un muelle se le incrustaba en la espalda; cambió de sitio. Dejó que su mente volara y su espíritu se llenara con la suave música de la balalaica, se le heló la sangre con la nieve de las estepas rusas, aulló de dolor en la soledad blanca que veía consumirse a los amantes mientras los lobos acechaban. ¿Cuántas veces había visto esa película? Por lo menos diez.

Esperaba con ansias el momento grandioso, a su juicio el mejor del filme, cuando en medio de duras batallas y casi entre los escombros, Lara planchaba y planchaba la ropa, camisas iban y venían entre las manos hermosísimas de aquella mujer admirable que, sin importar que el mundo estuviera cayéndose a pedazos, cuidaba el buen vestir de su hombre... que en ese momento —y aquí había un mérito mayor— todavía no era su amante. Pero ella lo adoraba, tan grande era ese amor que no le importaba desafiar el peligro con tal de plancharle la ropa. ¡Qué mujer tan hacendosa!, ¡y además tan hermosa! Los ojos de Julie Christie habían inspirado sus más tiernos sueños de juventud... y sus mejores pajas. Estuvo tan enamorado de ella que sólo era capaz de compartirla con Omar Shariff. Salió del cine como flotando, pero cuando puso los pies en el suelo se dio cuenta de que eran las once, debía acostarse temprano porque al día siguiente, muy de mañana, visitaría a la señora Terolá.

Lulú era alta y rotunda como una modelo de Botero. En cuanto abrió la puerta invitó a Gómez a probar los bizcochos que acababa de hornear. El oficial no pudo rehusarse y cuando vino a sentir estaba sentado a la cabecera de la mesa, engullendo el tercero. “Usted lo que necesita, oficial, es una mujer que lo cuide, que lo atienda, mírese ¡qué flaquito y descuidado está!” Él estuvo de acuerdo y le informó que no era fácil encontrar a una dama de esas, “El teniente tuvo mucha suerte al conquistarla a usted”, comentó, sin pensar que sus palabras tendrían el efecto que tuvieron. La señora se sonrojó y sonrió mostrando su dentadura equina —“¡Ay qué cosas tan lindas dice usted!”—, sin duda lo tomó como piropo porque duplicó la cantidad de bizcochos en el plato del confundido agente. Tres pasteles más tarde le sugirió a Gómez que hicieran a un lado las formalidades. “Lámame Lulú, por favor quítame lo de señora —rió con una risilla tonta y prosiguió el ataque— y ya que estamos en confianza, ¿me permites que yo te quite lo de oficial?”, preguntó, lujuriosa y procaz. “Está bien —respondió el oscuro objeto de deseo— puede llamarme simplemente Gómez.”

Minutos después, Lulú cambió la risita seductora por lágrimas que a Gómez no le parecieron de cocodrilo, y oprimiéndose el desbordante pecho le confió que en la comisaría le habían negado el salario de su marido, por la ridícula razón de que no había trabajado, por el nimio detalle de estar preso. Gómez estuvo de acuerdo en que era una crueldad y lo conmovió tanto el llanto de su alimentadora que subió al dormitorio, decidido a tomar algunos dólares para entregárselos a la pobre mujer.

Buscó la caja sin resultados. Tenía que sospechar de Lulú, pero ¿por qué la intensidad de su llanto que le hizo recordar el dolor de Lara? ¿Eran falsas aquellas lágrimas? No, ¡imposible! Su sexto sentido le dijo que confiara en ella, y él obedecía a su sexto sentido. ¿Podría haber sido uno de los tres cerditos? ¿O los tres, actuando en complicidad? Decidió investigar esa

posibilidad y preguntó a su anfitriona si había notado algo anormal en la conducta de sus vástagos. Ella respondió que para ser sincera, sí. Matarile, el mayor, se encerraba mucho tiempo en el baño, tal vez eran cosas de adolescente pero dos horas para lavarse los dientes era demasiado. Gómez tuvo que ser más específico: “¿No han comprado cosas fuera de lo común, un poco caras, como un Ferrari o un Mercedes Benz?” Lulú respondió que no lo creía, de ser así ella se hubiera dado cuenta.

Finalmente, preguntó si alguien más había entrado en la habitación del teniente y la señora recordó al hombre que limpiaba las cortinas. “Llegó hace dos días, se las llevó prometiendo regresarlas por la tarde pero no volvió.” Gómez sintió que un escalofrío le electrizaba la espalda y se arrepintió de no haberse llevado la evidencia, ahora estaba más perdido que al principio. La única prueba palpable era el nombre del teniente en la libreta negra que... ¡sí, aún estaba allí, en el bolsillo interior de su chaqueta!

Rosalina revisaba por centésima vez los papeles de Molly sin encontrar nada nuevo. Oyó claramente el frenazo del BMW, anticipó la llegada de Arturo y se puso rígida. Él entró dando un portazo y ella se apresuró a servirle el escocés en las rocas. Seguía furioso por el asunto de la libreta.

—Tal vez es verdad lo que te dijo Demetrio y él no la tiene —murmuró Rosalina—. Podrías preguntarles a esas gentes.

—¿Tú eres estúpida, o qué? ¿Crees que me lo van a decir? —le lanzó el whisky a la cara y ella bufó.

—¡No vuelvas a hacer eso! ¡Cuidate de hacerme daño o te denunciaré! Diré a la policía que fuiste tú quien asesinó a Molly. Para que veas que no soy tonta, descubrí lo que pasó, desde hace tiempo que lo sé. La mataste a ella pensando que me disparabas a mí. Era yo la que tomaba un baño todos los días a esa hora. Cuando llegaste a casa creíste que Molly había salido, era el momento perfecto para deshacerte de la que estorbaba, querías quedarte con ella por su dinero y sabías que yo no lo permitiría, que se lo contaría todo —Arturo frunció el entrecejo—. Esa tarde Molly debía ir a entregar un manuscrito a la oficina de Archi, se disponía a salir cuando me dijo que se sentía mal y estaba muy cansada. Sentí pena por ella; después de fastidiarla tanto, lo menos que podía hacer era ayudarla. Le ofrecí llevar el manuscrito y le aconsejé que tomara un baño para relajarse. Me lo agradeció. Fui adonde Archi y al volver estaban aquí las ambulancias y la policía. ¡Te descubrí! Imagino tu rostro horrorizado al darte cuenta de que habías matado a la mujer equivocada. ¿Ves que no soy ninguna estúpida? Estás en mis manos, querido.

—No es verdad, yo no la maté, lo sabes bien porque la asesina eres tú y ahora quieres chantajearme. Eras la única que sabía que Molly estaba en el baño. Saliste diciendo que ibas a la oficina,

pero volviste digamos... diez minutos más tarde, disparaste y te fuiste de nuevo, hablaste con Archi para asegurarte una coartada y pensaste que era el crimen perfecto, pero ya ves que no es así. Por lo tanto, querida, si tú me acusas yo haré lo mismo —Rosalina cayó en el sillón y puso la cabeza entre las manos.

—¡Basta, basta! —gritó Rosalina—. Si ahora nos enfrentamos estamos perdidos. Mantengamos la calma, tenemos que ayudarnos, por favor querido —él se sentó a su lado y suspiró.

—¿Pudo ser Demetrio? —preguntó Arturo.

—¿Ese borracho? ¡No le acertaría a un elefante!

—Recuerda el balazo en la orilla de la tina; sólo alguien muy torpe haría eso.

—Muy torpe o muy nervioso. No creo que haya sido él, aunque... reconoció que tomó el maletín. Y ya que hablamos de eso, ¿por qué te preocupa tanto la dichosa libreta? ¿Qué tan importantes son esos números telefónicos? —preguntó ella.

—No son números telefónicos, son códigos secretos, y si no aparece la libreta estoy muerto.

—¡Oh no! ¿Los códigos secretos? Sí que estás en apuros, querido —Rosalina fue a servirle otro trago.

—Lo sé, no tienes que recordármelo. Hay otro asunto que me preocupa, ¿por qué Demetrio fingió no conocerme?, ¿qué estará planeando?

—Creo que no te conoce. Cuando vino a hablar con Molly, el día que discutieron y él se puso pesado, tú estabas en el dormitorio, pudiste verlo pero él no te vio —respondió Rosalina.

—Si lo piensas, hay un móvil y tenemos suficientes pruebas para inculparlo, podríamos hacerlo, eso nos dejaría a ambos libres de sospechas.

—¿Y si fuera cierto lo de la herencia? Busqué en los papeles de Molly y aunque no encontré nada sobre ningún fideicomiso, lo de la cuenta secreta bien puede ser verdad. Eso explicaría dónde está el dinero.

—En este momento lo único que necesito es encontrar la libreta. Cuando la recupere veremos qué se puede hacer con Demetrio, la herencia y todo lo demás —Arturo la besó.

Rosalina le dijo que se entrevistaría con Dick Treyci; trataría de indagar si era cierto lo del fideicomiso. Intentó darle ánimos, pero él estaba en otra parte. No podía confesarle a sus jefes que había perdido la libreta. ¿Cómo averiguaría quién la tenía? En ese momento, por desesperación o por astucia, se le ocurrió la solución perfecta.

El teniente Gómez, sentado en el escritorio que fuera de su jefe, revivía los dulces momentos compartidos con Lulú Terolá. Dos fuerzas terribles luchaban en su interior: mientras un fuego diabólico lo abrasaba diciéndole: “¡Vamos, hazla tuya, es la mujer que has deseado toda la vida y es tan voluptuosa, tan sensual, te ofrece un paraíso de placer y sexo lujurioso, lo que nunca has tenido!”, la parte noble de su ser lo amonestaba: “¡Recuérdalo, es la esposa de tu jefe, una mujer casada es una mujer sagrada. Déjala, Lulú no te pertenece, es lo prohibido, es ese vicio de tu piel que debes desprender ya, ¡olvídala!”. No sabía qué hacer, el agua limpia de su conciencia no alcanzaba para apagar aquel incendio. Recordaba los ojos de borrega en celo de Lulú y lo achicharraban los deseos de sumergirse en sus carnes acogedoras y totales. Lo más sensato era resistir estoicamente y decirle adiós con el corazón adolorido.

Eso era lo mejor, así ella conservaría intachable su virtud de señora y él la suya de... no sabía de qué era su virtud, pero la mantendría intacta. En cuanto se daba fuerzas para dejarla, se agolpaban en su mente los bizcochos, los guisos, las pastas, y se debilitaba, se desinflaba como un globo sin gas. Nunca imaginó que los pesares de amor pesaran tanto.

Seguía gravitando en la rotación y traslación del cuerpo de Lulú, aunque lo mareaba estar en órbita; en ese momento el sonido de la puerta lo regresó a la tierra. Era Arturo a secas y Gómez se preguntó qué motivo lo había llevado a su oficina.

—¿Qué motivo lo ha traído a mi oficina? —dijo mientras le señalaba una silla, imitando los gestos de su antiguo jefe y actual rival amoroso. Lamentó no fumar, porque le hubiera gustado perderse en la contemplación del humo.

—Necesito hablar con usted, oficial Gómez, tiene que ayudarme porque estoy desesperado y sé que no querrá llevar mi muerte sobre su conciencia —el tono grave de Arturo le hizo recordar la voz inmovible y certera de Sean Connery en sus tiempos de 007.

—¿De qué se trata? —respondió Gómez como quien no quiere la cosa, pero sí la quería. Estaba intrigado y lo carcomía la impaciencia.

—Accidentalmente extravié una libreta negra que sólo a su dueño interesa por motivos sentimentales, se dará recompensa a quien informe de su paradero... No, perdón, estoy muy nervioso. Lo que quiero decir es que perdí una libreta negra y debo encontrarla o soy hombre muerto. Sé que es una estupidez contárselo, pero se lo confío porque soy estúpido, y sobre todo porque me parece usted un hombre cabal, honesto, legal —eso halagó a Gómez y Arturo empezó a caerle simpático—. Me han dicho que usted la tiene y le juro que haré lo que sea para recuperarla, estoy dispuesto a obedecer sus órdenes, a responder a sus preguntas, a decir la verdad... realmente estoy desesperado —Gómez se conmovió por aquellas lágrimas que no le parecieron de cocodrilo, su sexto sentido le decía que eran sinceras y él... Sí, obedecía siempre a su sexto sentido.

—Supongamos, sólo supongamos que yo la tengo, no estoy diciendo que es así. ¿Qué podría darme usted a cambio? —su voz sonó fría y cortante como la navaja de un reincidente.

—¡Lo que quiera! Pídame lo que sea, vamos, pídamelo y le juro que complaceré todos sus deseos.

Gómez empezó a preguntarse si últimamente habría tenido hipersecreción de *sex appeal* o algo por el estilo, ¿por qué despertaba esos bajos instintos, primero en Lulú y ahora en Arturo? ¿Qué le estaba ocurriendo que los atraía como perro a las pugas?

—Me interesa saber algo, pero debe decirme la verdad, ¿le parezco atractivo? No, perdón, yo también estoy muy nervioso, no sé qué me pasa, quise preguntar: ¿para qué es esa lista? ¿Qué sucede con la gente que aparece en la libreta, acaso están metidos en algo turbio? —a Arturo se le iluminaron los ojos.

—¡Usted la tiene! ¡Qué peso me quita de encima, por favor, entrégumela ahora mismo! —saltó de la silla y abrazó con fuerza a Gómez, que intentaba separárselo.

—¡No he dicho que yo la tengo! ¡Deje de manosearme!

—¿Cómo supo que había una lista? Yo no dije qué contenía la libreta. Por lo que más quiera, devuélvamela —Arturo había dicho sin querer las palabras mágicas. Lo que Gómez más quería era la mujer de su jefe y si Terolá aparecía en esa lista por algo sería. Además, estaban los documentos de la caja en el armario, quizás el teniente sólo necesitaba un pequeño empujoncito para pasar una buena temporada tras las rejas... tiempo que él disfrutaría al lado de la inconmensurable Lulú. Era un pensamiento terrible y su buena conciencia se vio en aprietos para contenerlo. Empujó, pujó y forcejeó, pero al final no pudo cerrar la puerta a esa oleada de maldad.

—De acuerdo. Yo la tengo. Se la daré si me cuenta qué hace el nombre del teniente Terolá en esa libreta —Gómez esperaba que Arturo no le saliera con una idiotez que desbaratará sus planes.

—¿Promete que no dirá nada de lo que voy a confesarle? Si los jefes se enteran de que he cantado, soy hombre muerto.

—Ya ha dicho varias veces que es hombre muerto, así es que mientras pueda seguir hablando, hágalo. Prometo que lo que confiese quedará entre nosotros —Gómez quería disimular sus ansias, pero la voz le temblaba.

—Los que aparecen allí están implicados en el tráfico de órganos.

—¡Horror! ¡Ése es un delito macabro! ¿Y a quiénes les extraen los órganos? —Gómez saltó de la silla.

—No los extraemos. Los compramos legalmente... los japoneses los fabrican muy bien.

—¡Por Dios! Entonces son órganos artificiales, ¡la ciencia y sus aberraciones! ¿Y cuánto cuesta, digamos... un riñón? —Gómez temía que el asunto no ameritara el encarcelamiento de su jefe.

—¡Pero qué bruto es usted, oficial! ¡No son partes del cuerpo, son instrumentos!, ¡órganos musicales! —Arturo rió con una risa que a Gómez le resultó ofensiva; palpó el interior de su chaqueta y sí... la libreta seguía allí.

—¡Joder! ¿por quién me toma? —el oficial sintió una punzada en el pecho al pensar que no podría hundir a Terolá—, ¡olvídense de la libreta! —Gómez estaba indignado y Arturo empezó a llorar.

—Espere oficial, déjeme terminar. Adentro de los órganos colocábamos cargamentos de cocaína, ¿entiende? Era el plan perfecto porque los instrumentos se enviaban a las orquestas filarmónicas y usted sabe que nadie desconfía de los clásicos. Al llegar a su destino, un miembro de la red interceptaba el embarque, sacaba el contenido y todos felices. Una sola vez nos falló un contacto. Fue terrible porque la filarmónica resultó tocando música de Jimmy Hendrix, The Doors y Led Zeppelin. A pesar de que lo hacían muy mal, el público la pasó en grande entre aquellas nubes de polvo; bailaban sobre las butacas, gritaban, y el concierto terminó en una orgía de puta madre.

—¿Y qué tocaba Terolá en ese asunto de la banda?

—Un órgano.

—¡Estoy hablando en serio!

—Yo también... le pagamos con el contenido de un órgano, a cambio de que nos informara sobre los operativos policiales y nos cubriera las espaldas cuando enviábamos un embarque. Era una pieza clave, tanto que desde que está preso hemos suspendido las entregas. Eso nos ocasiona problemas, los pedidos se acumulan, los clientes se molestan, en fin, cosas de las

exportaciones. Necesito con urgencia recuperar la libreta porque los miembros de la banda no se conocen entre sí. Además de los jefes, sólo yo manejaba esa información y allí están anotados los códigos ultra secretos de todos los contactos —Arturo cayó en la cuenta de que había hablado demasiado.

—Escúcheme bien, le devolveré la libreta si usted me ayuda a meter en la cárcel al teniente Terolá. Tendrá que atestiguar lo que hacía mi jefe —Arturo pensó que el oficial quería cumplir con su deber y temió estar frente al insólito caso de un policía incorruptible.

108

—¡Imposible! Si acuso al teniente tendría que señalar a todos los miembros de la organización y sería hombre muerto, no lo olvide oficial —de nuevo una idea portentosa iluminó su mente—, pero si lo que usted quiere es que su jefe se pudra en la cárcel, podemos hacer otra cosa.

—¿Qué cosa? —Gómez no pudo ocultar su entusiasmo y se arrepintió inmediatamente.

—Veo que le interesa este asunto... debe ser algo personal, pero eso a mí no me importa. Le propongo que reforcemos la acusación en contra de Terolá por el asesinato de Molly Blum. Usted sabe lo fácil que es hacerlo, yo puedo conseguir pruebas y testigos falsos, inventaré un móvil y nadie lo librará de cadena perpetua.

—¡Claro!, es una idea genial. Además, la fiscal Cadalso estará encantada poniendo a Terolá tras las rejas por un buen tiempo. ¡Trato hecho!

Sacó de su bolsillo la libreta y la puso en las ávidas manos de Arturo, que no podía sospechar que el oficial Gómez, en un exceso de astucia, había hecho una fotocopia de la lista.

Bajo el ardiente sol del mediodía el puñado de hombres llegó a la cima de la colina y dos de ellos clavaron la bandera roja, al grito de: “¡Territorio liberado en nombre de la revolución!”. Un niño que volvía de la escuela con la mochila llena de libros les hizo una señal con la mano y el jefe del grupo advirtió a los demás: “¡Tregua, cese al fuego, Gerardito quiere pasar!”, los otros bajaron las armas, el chico sonrió y siguió de largo. El puñado de hombres volvió a la carga; se lanzaron a las trincheras, apuntando hacia el Sur, pero esta vez el enemigo atacó por el Norte. Los tomaron prisioneros.

La cárcel empezaba a resultarles tediosa y, aunque no podían decir exactamente qué, había algo rutinario en aquellas batallas. Ya la guerra los estaba cansando, por lo menos a Camilo, que cada día peleaba con menos convicción. Como siempre, Ernesto sacó el cuaderno de crucigramas y Fidel encendió el habano. Entre una y otra bocanada, le recordó la conversación que dejaran pendiente y preguntó de nuevo: “¿Tú mataste a esa enemiga de la revolución, chico? Yo me acuerdo que el día de ese ajusticiamiento no te vimos por acá, cuéntame adonde tú fuiste, mielmano”.

109

Camilo supo que esta vez no podría evadir la conversación porque permanecerían prisioneros tres horas más. Por otra parte, Fidel era confiable y él necesitaba quitarse de encima el peso de lo ocurrido.

—Sí, ese día fui a buscarla. Ella me había llamado pidiéndome ayuda y la oí preocupada. Salí de aquí muy temprano y a media mañana nos reunimos en un café. Me contó que Demetrio, un antiguo enamorado suyo, la acosaba y la buscaba para insultarla. Por otro lado, estaba viviendo con un tipo problemático y agresivo, que además le había endosado a la prima que al parecer

no era la prima... Era un enredo de película. Realmente se veía angustiada y yo sospeché que no me lo había dicho todo, tuve la impresión de que me ocultaba algo muy grave. Le ofrecí que viniera conmigo a la montaña, pero ella respondió que no era posible, esa tarde debía entregar una novela, no quería dejar su casa en poder de aquellos parásitos, y una serie de cosas así. Para no hacerte el cuento largo, me pidió que le prestara mi revólver.

—¿Cuál de todos? —preguntó Fidel.

—El Smith & Wesson 38, ¿lo recuerdas? Bueno, pues te decía que me pidió el revólver y yo le advertí que el tratado de paz nos prohíbe disparar de verdad. Dijo que estaba bien, que no lo haría a menos que su vida corriera peligro. Le expliqué brevemente cómo se cargaba y todo lo que debía saber sobre el uso del arma. Molly hizo entonces algo hermosísimo: me regaló la blusa lila. Cierta es que le faltaba un botón pero eso no importaba, yo sabía bien lo que significaba para ella... Me troc en gracia el corazón. Entonces ya no la odié más. Le di un beso y volví al TUR esa misma tarde. Supe de su muerte cuando el teniente Terolá vino a detenerme.

—Entonces, ¿tú no la mataste?

—Por supuesto que no la maté.

—¿Por qué no le contaste todo eso a la policía?

—Seguramente no me hubieran creído; ya viste que sin saber esa historia Terolá pretendía detenerme. Es muy fácil condenar a un inocente y yo era buen candidato.

—Pero si encuentran el revólver te van a acusar. Debes recuperarlo. Además, no olvides que nuestros patrocinadores hicieron un inventario de las armas que nos dejaron y si hay un faltante podrían cortarnos el financiamiento. Es urgente que vayas a buscar la pistola —dijo Ernesto.

—A estas alturas debe estar en poder de la policía. Sería inútil ir a buscarla.

—¡Pero que me dices, chico! ¡Tú conoces a la policía! No encontrarían las pruebas ni teniéndolas frente a los ojos. Como que me llamo Fidel, te aseguro que el arma aún está en casa de la escritora esa.

—Tienes razón, no pierdo nada al ir a buscarla, todavía guardo la llave que Molly me dio cuando viví con ella.

—Es una misión muy difícil, chico. Te juegas en esto la vida. Por si acaso, lleva a mano tu carné de la Asociación de Guerrilleros Sin Fronteras, la carta de recomendación de Amnistía Internacional y el certificado de buena conducta que te extendió la Misión de Verificación —Camilo revisó en sus bolsillos y sí, lo tenía todo.

Cuando el tiempo de prisión se cumplió, llegaron los enemigos y todos juntos fueron a tomar unas cervezas. Reían y bromeaban planeando la siguiente batalla, pero Camilo estaba callado, como ausente, y la voz de los otros no lo tocaba y hubiera podido escribir los versos más tristes aquella tarde, pero no lo hizo porque tomó el tren a la ciudad.

El tren marchaba con pereza, como si llegar no importara, porque era tan inútil como haber partido. El chirrido metálico al detenerse en cada estación lo obligaba a despertar para ver con tedio los mismos edificios viejos, los andenes de madera carcomida, los rótulos oxidados en los que apenas se adivinaba un nombre que no era necesario recordar.

Abrió con su llave sin imaginar que un rostro sorprendido le saldría al paso. Recordó la historia de Arturo y la prima, dedujo que se trataba de la chica porque era tal como Molly la había descrito: linda, rubia y bien hecha... bastante bien hecha, pensó. Se alegró al comprobar que su lado femenino había quedado neutralizado y de nuevo se alzaba en armas su indómito lado masculino. Compartió plenamente los sentimientos de Molly hacia aquella muchacha y lo arrebató el deseo de acariciarle el pelo diciéndole qué bonitos ojos tienes, debajo de esas dos cejas, besar tus labios quisiera y también las otras cosas. Se contuvo,

trató de aplacarlo, pero el lado masculino no obedecía y seguía en pie; sólo esperaba que la malagueña no se diera cuenta.

La presencia de la muchacha le planteaba un difícil problema: ¿con qué pretexto entraría a buscar el revólver? Decidió empezar por presentarse.

—Soy Camilo Domínguez... —ella lo interrumpió.

—¡El famoso Camilo! ¡Vaya! ¡Eres una leyenda viviente, el guerrillero viril, el hombre arrojado e invulnerable, el rebelde invencible —él casi reventaba de dicha—, el del terror a los gatos! —Camilo quedó cabizbajo, su lado masculino también.

—Olvidemos lo último. Sí, soy el famoso Camilo.

—Molly me habló mucho de ti, eres el hombre que más amó, ¿lo sabías? ¡Es un placer conocerte! —el entusiasmo de la chica lo conmovió, eran tan linda...

II2

—Sí, lo sabía... Ella era una mujer muy guapa, pero ninguna tan bella como tú —se le soltó la lengua—. Eres una diosa, la maja desnuda moriría de envidia al verte y la maja vestida también. La Venus de Milo es un pobre y viejo maniquí al lado tuyo, mírate, tú sí tienes brazos ¡y qué brazos tan bien hechos, como todo lo demás! Brazos como para enredarse en ellos y no salir jamás —Camilo se arrepiñtó de tal desfogue, pero para su sorpresa, la malagueña se le lanzó como gata en celo... No, eso hubiese sido terrible, como leona en celo.

—Me encienden tus piropos pictóricos y escultóricos, nadie me había dicho cosas tan excitantes, ¡qué hombre eres! Ven a mis brazos y juro que no te dejaré salir jamás.

Camilo no podía creer lo que estaba ocurriendo, sólo temía despertar y verse en el campamento. Le acarició el pelo, le besó la boca, fue bajando por el cuello, sus labios hambrientos buscaban la suavidad de su pecho, las manos inquietas y rápidas como serpientes se deslizaban por las curvas de su cuerpo, hasta que se toparon con un paquetito, pequeño, pero con todos los atributos de un paquete. Sintió que todo daba vueltas, estaba

mareado, ya no sabía de qué lado funcionaba, ni qué era ella, ni qué era él, o si él era ella, o si ella era él. En aquella confusión de miembros, Rosalina cumplía su palabra atenazándolo entre sus brazos mientras él se esforzaba por salir. No pudo. Ella murmuraba, golosa, a su oído: “No importa, querido, mientras tú tengas con qué, y yo tenga por dónde, todo estará bien”. Camilo estaba demasiado aturdido como para entender el fondo filosófico de la frase, sólo quería un cese al fuego, hacer una tregua y poner orden en el caos que le revolvía la cabeza y el estómago.

Enredados en ese abrazo de vida y muerte, atados por los designios de Eros y Thanatos, nada podía ya liberarlos... excepto el frenazo del BMW. Camilo se salvó por un pelo. Rosalina lo soltó apresuradamente, se bajó la falda, abotonó la blusa y cuando Arturo apareció en el umbral de la puerta, los dos conversaban como si nada.

—Ah, querido —dijo ella, falsa como un doblón de cobre—, voy a presentarte a Camilo, ¿recuerdas que Molly nos habló de él? Es el guerrillero invencible y aguerrido, el del terror a los... —Camilo la interrumpió.

—Tú debes ser Arturo.

—Así es, ¿a qué debemos tu visita? —le disgustaba la presencia del antiguo amor de Molly y no podía disimularlo.

—No quiero molestarlos, pero cuando viví aquí dejé algunos objetos personales, cosas sin importancia que ahora necesito. Si me lo permiten, quisiera buscarlos —trató de decirlo en tono casual, como quien no quiere la cosa, pero sí la quería.

Rosalina y Arturo se vieron como preguntándose qué hacer. Por fin, él respondió que no podía llevarse nada, todo lo que había en la casa era ahora de ellos. Fue tan tajante que Camilo decidió no insistir, sólo le quedaba marcharse y tratar de olvidar lo que había pasado. Se disponía a despedirse cuando llamaron a la puerta. Reconoció a Archi y a Teo, y mientras los primos hablaban con ellos, Camilo aprovechó para introducirse en la

II3

habitación de Molly. Buscó por todas partes pero no encontró el revólver. Dedujo que había caído en poder de los primos, pero luego pensó que Molly era muy cuidadosa y no lo habría dejado al alcance de ellos. Confió en que lo hubiese escondido muy bien, donde nadie pudiera encontrarlo.

Cuando salió, los primos todavía conversaban con Archi y con Teo. Camilo les dijo adiós con la mano y se fue directamente a la estación.

Rosalina se hizo lugar en medio de la fila de mujeres que esperaban a que abrieran la prisión. Las de atrás protestaron, pero ella las calló con un par de codazos. Era el día de visita y, como siempre, llevaban cestas con frutas, pan y botellas de refresco para sus hombres, que una celadora grande y cúbica examinaba antes de dejarlas pasar.

Cuando le llegó el turno de entrar en el cuartito de las revisiones, Rosalina le espetó a la mujer uniformada: “No se te ocurra ponerme una mano encima, vieja inmunda, o te parto la cabeza como si fuera un coco”. La vieja retrocedió y ella pasó el examen sin ser tocada; luego caminó a través del patio. Tras los barrotes, cientos de hombres silbaron, le gritaron hembra sabrosa quién te enseñó a mover el culo así, y ella les respondió: “Me enseñó la puta que los parió, cabrones”. Los alaridos de los presos subieron de tono; babeantes y calientes le decían lo que iban a hacerle; ella se acercó a la reja, los retó con las manos y les gritó: “Ah, muy machos, ¿verdad? Como no pueden salir de allí, ofrecen pero no cumplen...”, hasta que dos guardias la alejaron de las celdas. Llegó a un salón de ventanas pequeñas y cuadrículadas. Al centro, una larga mesa dividía el territorio entre presos y libres. Se dio cuenta de que no sería fácil encontrarlo, por lo cual chifló y preguntó a gritos dónde estaba Demetrio Ríos. El aludido no pudo levantar la mano, ya se sabe que estaba encadenado a la mesa. Rosalina preguntó de nuevo y entre el enjambre de conversaciones alcanzó a escuchar una voz anhelante: “Aquí, aquí”. Ella se ajustó lo que se le había descolocado en el altercado con los presos, y se sentó frente a Demetrio. De nuevo brillaron sus artes de seducción; el hombre de naranja se exprimía deseándola.

—Te traigo buenas noticias —dijo Rosalina sonriendo con malicia.

—Pues muchas gracias, reina, porque me hacen falta. Esto es una mierda. Al principio no me iba tan mal, tenía una celda privada, pero ahora metieron allí a dos ladrones y la verdad te digo, es feo estar entre delincuentes, tú no sabes lo que es eso, ¿lo sabes o no lo sabes?

—No, ¡santo cielo! ¿Cómo voy a saberlo? Nunca he estado en prisión y espero no estarlo jamás —acercó su lindo rostro al de Demetrio, él sintió su perfume, el mismo que usaba Molly, y no pudo contener las ganas de llorar. A Rosalina la desconcertó aquella reacción.

—¡Ay, ese olor me recordó a la difunta! ¡Cómo la quería, era una perra, pero yo la quería! ¿Sabes por qué la amaba tanto? ¿lo sabes o no lo sabes?

—Cálmate y no pienses en ella. He dicho que tengo buenas noticias para ti —sonrió y le guiñó el ojo.

—La única buena noticia sería que me dejaran libre, pero lo veo difícil porque nadie se acuerda de mí. Me ofrecieron un abogado y nada, ya ni Claudia me visita y eso es cosa seria porque ella tan aguantadora, tan noble, tan servicial que es. ¡Cómo estaré jodido que ya ni esa infeliz viene a verme! —suspiró.

—Pues ya no necesitarás a esa tal Claudia, porque yo me haré cargo de ti, pimpollo, en cuerpo y alma —se humedeció los labios y le acercó la boca casi hasta tocar la suya. Demetrio temblaba.

—Ah, mira, pues, ¿y qué santo me hizo el milagrito? ¿Lo sabes o no lo sabes?

—Te diré. Resulta que yo descubrí que Molly tenía una cuenta bancaria con muchísimo dinero, y tú eres el heredero, toda esa plata te la dejó a ti —Rosalina aplaudía.

—No lo creo. ¡No puede ser! —Demetrio palideció—. No sólo me gano la lotería sino que encima tú me ofreces tus servicios, como que es mucha felicidad en un solo día.

—Pero así es, pimpollo. Quise venir a verte para hacer un trato contigo. Te sacaré de aquí, haré lo que sea para que salgas libre, y cuando estés afuera cobras la herencia y nos marchamos lejos, muy lejos, a una playa paradisíaca donde podamos vivir nuestra dicha de amor, ¿qué te parece? —Rosalina le acarició el cuello, el celador dio un pitazo y le gritó que no se permitía tocar a los presos.

—¡Sí, mamita, sí! —Demetrio jadeaba—. ¿Y no sería posible que me dieras un anticipo?

—¿Un anticipo?, ¿de qué?

—De la dicha de amor... podrías venir a la visita conyugal —Demetrio seguía jadeando.

—Oh no, pimpollo, debemos esperar, eso será cuando estés libre —tenía dos razones poderosas para no adelantarle nada—. De todas maneras te traje un pequeño presente, para que no me olvides —Demetrio empezó a salivar como el perro de Pavlov, pensando que le dejaría una botella de aguardiente, pero la caja que Rosalina le entregó era rectangular y delgada.

—¿Qué es? —preguntó mientras la agitaba y algo sonaba en el interior.

—Juegos de mesa, para que te entretengas con tus compañeros de celda. Ahí tienes ajedrez, damas, parchís y monopolio. Que lo disfrutes, pimpollo —acercó de nuevo su boca a cinco milímetros de la de Demetrio, él quiso morderla pero la cadena no daba para alcanzarla.

Rosalina cruzó el patio con su bamboleo. Al verla, los presos guardaron respetuoso silencio. Ella les chifló y les hizo señas con las manos para que empezaran el jaleo pero los hombres estaban paralizados. Su cabello rubio, tan natural, flotaba al viento. Su cuerpo, tan bien hecho, se fue yendo a pasos largos hasta desaparecer por la puerta de salida. Entonces los presos volvieron a prenderse de los barrotes para hacerle el ritual de despedida a cuanta mujer pasara por allí.

Rosalina se sentía plena y feliz. Por fin conseguiría lo que había soñado: mucho dinero, un hombre bestial, manipulable, y dinero, mucho. Su futuro estaba resuelto, a Demetrio lo mantendría idiotizado con el alcohol y ella disfrutaría del lujo que siempre había deseado. Al salir de allí vio de nuevo la dirección en la tarjeta de Treyci y fue a buscarlo.

118 Dick Treyci acariciaba su cuadrada mandíbula mientras Rosalina se dejaba caer suavemente en el sillón. Le pareció que la muchacha era muy linda, muy rubia y muy bien hecha. Ella le sonrió, pero Treyci era un tipo de pocas palabras y menos risas, tomaba el trabajo en serio y había renunciado a los romances con las clientas desde que casi lo mató un marido celoso. Rosalina sonrió de nuevo y le preguntó a Treyci qué podía hacerse para liberar a Demetrio. “Soy amigo del juez que lleva su caso y sé que accederá a soltarlo a cambio de una suma aceptable; después de todo, no hay pruebas en su contra”, dijo el detective. Lo sorprendió la reacción de la rubia, que le dijo enfáticamente: “Haga que lo suelten, hable con el juez, yo le pagaré, pero consiga que lo dejen libre cuanto antes”.

Treyci le advirtió que sus servicios e influencias eran bastante caros y que sólo aceptaba pagos en efectivo, cheques o tarjeta de crédito. Ninguna otra forma de remuneración por atractiva que fuera era posible. Ella se indignó un poco pero le dijo que tenía un dinerillo ahorrado. Sin ánimos de parecer metiche, el detective le preguntó por qué le interesaba liberar al borracho, pero ella, como única respuesta le lanzó una enigmática sonrisa. Antes de salir le advirtió que ese convenio debía mantenerse en secreto.

Gómez caminaba viendo al piso para esquivar los charcos que de nuevo llenaban las aceras. La imagen de Lulú lo acompañaba siempre, la traía pegada. El amor es algo esplendoroso, se dijo, y empezó a silbar el estribillo de aquella canción. Era tan arrasador lo que sentía por ella que terminó su largo noviazgo con Margarita. Jamás hubiera imaginado que sería capaz de hacerlo y menos que la ruptura sería tan fácil. Le pareció que ella también deseaba aquel final porque se mostró demasiado comprensiva.

Abrió la puerta de su casa y, como todas las noches, sólo lo esperaba la oscuridad. Encendió la luz, preparó el café y extendió sobre la mesa de la cocina la copia de la libreta.

Solamente eran nombres, apellidos y números. De pronto se fijó en el primero de la lista, estaba subrayado, y al lado, en un círculo, se leía claramente la frase: “Jefa máxima”. Supo entonces que la cabecilla de la banda se llamaba Barbie Túrico. El nombre no le dijo nada, pero por si acaso, decidió memorizar el código. Imaginó a una mujer fría, calculadora, hermosa y perversa, aunque no se explicaba por qué los socios de la mafia le habían confiado la jefatura de la organización a una dama. Sin duda, debía tener lo suyo, seguro era valiente y luchadora como Ingrid Bergman en *Juana de Arco*, o tenía la sangre más helada que Catherine Deneuve en *Belle de jour*, que por cierto a él, a pesar de que la había visto cuatro veces y —aunque la viera diez— no le parecía convincente, porque ¿en qué cabeza cabe que una señora casada sueñe con ser puta? Se veía que el que escribió ese absurdo guión no conocía la psicología femenina. Pero volviendo a lo otro, y dejando a un lado el cine, lo intrigaba esa especie de Mata Hari que regenteaba una banda de traficantes. Vino a su mente la genial actuación de Greta Garbo... El timbre

del teléfono interrumpió sus profundos pensamientos. Era Lulú que lo invitaba a cenar. Había preparado unas alubias exquisitas, especialmente para él.

Gómez no caminaba, volaba sobre los charcos que inundaban las aceras. Se detuvo unos segundos frente a la puerta del cine y no le importó que exhibieran *Casablanca*, indudablemente la favorita entre sus favoritas. Renunció a verla por quincuagésima vez porque ella, la luz de su cielo, lo esperaba con unas humeantes y gentiles alubias. El amor lo desbordaba. Él, que siempre quiso ser frío e insensible como Orson Welles en *El ciudadano Kane* ya sólo deseaba vivir al lado de su expansiva enamorada.

—Estas alubias son dignas de un rey —dijo Gómez, con la mirada perdida en las inmensidades de Lulú.

120

—Pues imagínate tú, si así son las vísperas, cómo serán las fiestas... —Lulú rió de nuevo con su risilla tonta y anunció:— Ahora traeré el postre, prepararé ¡tarta de manzana! —sonrió complacida y volvió envuelta en el aroma de la canela y el fruto prohibido.

—Querida Lulú, espero no apagar la dicha que ilumina tu mirada, pero es mi deber comunicarte una triste noticia —ella hizo a un lado la tarta y se mordió los labios esperando oír lo peor—. Mucho me temo que el teniente Terolá está seriamente implicado en el asesinato de Molly Blum, eso significa que... por favor, mi bien, debes ser fuerte... no saldrá de prisión en mucho tiempo.

—¡Ah, era eso! —Lulú respiró aliviada—. Ya me lo imaginaba, y me pesa reconocerlo porque es el padre de mis hijos, pero yo sospechaba algo, últimamente se comportaba en forma extraña. Es más, si hacen falta testigos, yo con mucho gusto puedo declarar en su contra.

Gómez de nuevo enfrentaba sentimientos encontrados. Por un lado, era maravilloso que esa mujer lo amara en proporción

directa a su volumen, pero por el otro, se sentía como el Indio Fernández en aquella escena de *La Cucaracha*, cuando después de acabar con Valentín Raso para quedarse con María Félix, exclama con su vozarrón trágico: “Tuve que matarlo para gozarme a una mujer”. ¡Ah, qué frases para retorcer el corazón y las tripas! Gómez pensó que había muchas maneras de acabar con la vida de un hombre, y sepultar a su jefe en la cárcel era peor que matarlo, pero si debía hacerlo para gozar a su mujer, no lo dudaría.

Lulú seguía viéndolo con aquellos ojazos húmedos como los charcos de las aceras y a él se le estrujaba el alma. Cuando hubo devorado las últimas migajas de tarta se despidió de ella con un casto abrazo. No se atrevía a más porque sentía sobre su espalda la sombra del teniente. Sin embargo, ella lo succionó en un beso interminable. Él se sintió dichoso y miserable, glorioso y despreciable, y se fue con ganas de más.

121

Al volver a casa revisó otra vez la lista y descubrió en la última página una anotación que decía: “Informar a todos que Barbie Túrico tomó el control de la organización. Desde el pasado jueves, ella es el cerebro y los socios le debemos obediencia absoluta”. ¡Carajo —pensó— tanto poder tiene esa mujer que hasta los más duros hampones se le arrodillan!

Decidió comentarle a Treyce lo de Barbie, tal vez él pudiera ayudarlo. Pero por el momento no deseaba saber más de bandas ni de mafiosos, sólo quería apagar la luz para pensar en ella, en aquella mole de placer llamada Lulú.

Dick Treyci acariciaba su cuadrada mandíbula mientras Gómez le explicaba en detalle el asunto de la lista. Terminó el monólogo y observó que su interlocutor tenía la mirada perdida. Pasó su mano frente a los ojos de Treyci, que no parpadeó. Lo sacudió y el detective por fin reaccionó. Gómez se molestó un poco por lo que supuso falta de interés, pero Treyci le contó que esa chica, Rosalina, lo había dejado gratamente impresionado y en los últimos días a menudo pensaba en ella. “Ten cuidado –le advirtió su amigo– en verdad es muy linda, muy rubia y muy bien hecha, pero es una devoradora de hombres, te sorberá el seso”. Diciendo eso se preguntó con qué autoridad moral daba él esos consejos, él, que no dormía, aunque sí comía, por su adorada Lulú. Pero el caso era distinto, porque la suya era una buena mujer, no una víbora con faldas como la señorita Puentes.

Gómez nuevamente le explicó a Treyci los hallazgos de la libreta. A él tampoco le sonaba el nombre de Barbie Túrico. De todas maneras lo anotó en su agenda, por si llegaba a cruzarse en su camino o se la presentaban en una de las fiestas a las que solía asistir por razones de trabajo. Gómez se fue tranquilo, las capacidades de Treyci no le dejaban dudas. En la puerta se topó con Rosalina. En verdad era bellísima, y ese cuerpo que movía tan bien podía enloquecer al más cuerdo de los hombres. El oficial tuvo que reprimir las ganas de soltarle un piropo carabólico: ¡Por Santa María, qué pinta tienes, niña! y se limitó a decir buenos días.

Como la primera vez, Rosalina se dejó caer suavemente en el sillón. Lentamente fue sacando de su bolso un sobre voluminoso y se lo entregó al detective, que al abrirlo comprobó que se trataba del dinero para liberar al borracho. Contó billete por billete y se cercioró de que la suma estaba completa. Ahora

le correspondía a él cumplir su parte y sacar a Demetrio de la cárcel. Con Terolá preso, sería fácil soltar a Ríos; como le había explicado el juez en términos jurídicos: al ingresar a la cancha un culpable titular, el suplente podía volver a la banca.

–¡Qué bien hice al confiar en un hombre como usted, detective! Me quedé sin un céntimo, pero sé que valdrá la pena –dijo Rosalina con su voz dulzona.

–Ya sé que no es asunto mío lo que voy a preguntarle pero ¿por qué quiere liberar a Demetrio?

–¿Puedo ser totalmente sincera con usted? ¿Me guardará el secreto como si fuese mi confesor? –a Treyci no le gustó que lo compararan con un cura, pero realmente quería saber.

–Seré una tumba, lo prometo.

–Cuando salga libre nos iremos juntos a una playa paradisíaca para vivir nuestra dicha de amor –en ese momento Rosalina pensó que tenía que asegurarse a Demetrio, porque si al verse libre decidía abandonarla, se quedaría en la calle y sin futuro. Además, corría el riesgo de que el borracho se espantara igual que Camilo al descubrir su pequeño tesoro. Entonces tuvo una idea excelente.

–¿Qué ha dicho? ¿Usted, tan linda, tan rubia y tan bien hecha, con ese borracho? –Treyci no cabía en sí de indignación. Encendió un cigarrillo, el pulso le temblaba. Él estaba tan solo y aquella mujer se entregaría a un bruto como Demetrio.

–Así es, por eso necesito pedirle algo muy importante: antes de que salga libre, quiero casarme con él, ¿puede usted ayudarme a hacer esos trámites?

–Espero que sepa bien lo que hace. No me lo tome a mal, pero me parece que una mujer como usted, una diosa que podría tener a sus pies a los reyes de todo el mundo, no debería unirse a ese hombre, sería dar margaritas a los cerdos.

–¡Los cerdos también tienen derecho a un banquete! Le aseguro que Demetrio no imagina el dulce despertar que le espera

entre mis brazos –sonrió con aquella enigmática sonrisa que hacía que a Treyci se le erizaran los pelitos de la nuca y otras partes.

–Será como usted dice, señorita Puentes, hablaré con un notario amigo mío y nos veremos pasado mañana en la prisión para celebrar su matrimonio y hacer efectiva la orden de libertad de Demetrio –suspiró–. ¡Ah, quién tuviera la suerte de ese infeliz! –tuvo el impulso de lanzarse sobre ella, de arrancarle la ropa a mordidas y poseerla allí mismo sobre su escritorio, pero se limitó a apagar el cigarrillo y ordenar sus papeles.

–Bien, querido señor Treyci, me voy. Nos veremos pasado mañana –se acercó y le dio un beso en la mejilla. El detective se estremeció.

Archi llegó sin aliento, agitando el periódico. Teo le preguntó qué ocurría y, jadeando, respondió: “¡*Mon amour*, han condenado al asesino de Molly! Escucha, te leeré la noticia completa, esto está que arde”.

Policía sentenciado a cadena perpetua por el asesinato de Molly Blum

El día de ayer, a las once horas en punto se celebró el juicio contra el hasta hace poco jefe policial, teniente Terolá. Presidió el acto el honorable juez Justo Salomón Pérez, quien, con el martillazo acostumbrado, dio la orden de salida. A continuación, la fiscal de distrito, Dolores del Cadalso, procedió a interrogar al acusado, quien negó tajante y reiteradamente los cargos. Dicha negativa fue ampliamente desvirtuada por el testimonio de varios testigos que dieron fe de la personalidad psicótica y disfuncional del acusado.

En orden de aparición, el primer testigo que subió al estrado fue el oficial Gómez, quien aseguró haber descubierto una cuantiosa suma de dinero que el acusado ocultaba en su armario. Acto seguido, demostró fehacientemente que su ex jefe incurrió en graves actos de negligencia en la investigación del asesinato de la connotada escritora, conocida como Molly Blum. Interrogado por la fiscal Cadalso, el oficial enumeró tantas faltas que no dejó lugar a dudas sobre la ineficiencia del teniente Terolá. Cuando el testigo se disponía a volver a su asiento, el acusado, lanzándole una mirada de reproche, lo increpó: “¿También tú, Bruto?”, por lo que el aludido solicitó se hiciera constar en actas que Terolá lo había insultado.

Acto seguido, la esposa del acusado, con lágrimas en los ojos, habló sobre el maltrato psicológico al que su marido la sometía, insultándola con adjetivos despectivos alusivos a su sobrepeso, y finalizó su declaración asegurando que más vale la obesidad legítima que la delgadez falsa. El abogado defensor objetó el comentario por no ser relevante y el juez Salomón declaró la objeción con lugar.

El siguiente testigo, llamado Arturo Azecas, aseguró haber visto entrar al teniente Terolá en casa de la occisa el día de su asesinato. Sin embargo, su testimonio fue descalificado ya que el abogado defensor demostró que Arturo era buscado por los delitos de tenencia de drogas para el consumo, tenencia de drogas para la venta, tenencia de drogas para la reventa y tenencia de drogas para el comercio internacional, por lo que fue detenido de inmediato y puesto a disposición de los tribunales competentes o incompetentes, pero tribunales al fin.

Seguidamente ascendió al estrado la señorita Rosalina Puentes, quien aseguró encontrarse en pleno uso de sus facultades mentales y corporales. Dijo ser amiga de la víctima y presentó pruebas irrefutables sobre la culpabilidad del acusado, a saber: colillas de cigarrillo encontradas en el apartamento el día de la muerte de la difunta, que coinciden con la marca que el teniente fuma habitualmente; huellas dactilares tomadas en diferentes partes de la vivienda, que corresponden exactamente con las del acusado; restos de arena y caca de perro recogidos en la alfombra del apartamento, los cuales presentan la misma composición química que los hallados en los zapatos del acusado. Asimismo, presentó el resultado del análisis de ADN de los cabellos recogidos el día del delito, el cual era idéntico al de los que se le extirparon al acusado. Por si fuera poco, el mapa genético de Terolá presentó el número exacto de cuarenta y seis cromosomas, cifra que coincide pasmosamente con la edad del acusado, y aunque hasta el momento no se ha dilucidado qué

tiene que ver una cosa con la otra, el juez Salomón lo aceptó como prueba.

Ante tales evidencias, la fiscal Cadalso solicitó a los honorables miembros del jurado que sentenciaran al acusado a cadena perpetua, pero faltaba el turno de la defensa, que se limitó a suplicar que la pena fuese menos drástica, ya que había que tomar en cuenta que el teniente había actuado en cumplimiento de su deber.

Pese a la súplica de la defensa, el jurado procedió con todo el rigor que tan terrible asesinato amerita y condenó al acusado a cadena perpetua. En un principio el resultado había sido de cuatro a dos, pero el juez les informó que la sentencia debía dictarse por unanimidad. Los miembros del equipo preguntaron si valía empate, a lo que el magistrado respondió de nuevo que no. Deliberaron durante doce segundos y declararon al acusado culpable, condenándolo a cadena perpetua. El público estalló en aplausos y aseguró que pocos juicios han sido tan emocionantes como este.

Así ha quedado plenamente aclarado y castigado uno de los crímenes más horrendos en la historia de la literatura y de la prensa amarillista. Se espera que el acusado apele la condena, aunque conociendo al abogado defensor podemos suponer que no obtendrán la absolución, y que en segunda instancia, lejos de reducirla aumentarán la duración de la pena con toda seguridad.

Teo se mordía las uñas de la mano derecha y con la izquierda acariciaba a Confucio, el pequinés que acababan de adoptar. Ensimismado y meditabundo, preguntó a Archi:

—¿Tú crees que Terolá es el verdadero asesino, *monsherr*?

—¡Ay, corazón! —suspiró— En estos tiempos ya nada es verdadero. La verdad es relativa, como todo. Puede que sí, o puede que no, lo más probable es que quizás. No sabría decirte si él es

el asesino verdadero o el falso, pero si lo condenaron por algo será, o ¿qué piensas tú, *caro amore*?

—Estoy casi tan confundido como tú, pero veamos... Nosotros conocíamos a Molly, éramos sus íntimos amigos y a mí, sinceramente, este juicio no me convence. ¿Qué motivo tuvo Terolá? Yo, la verdad, me siento sobrecogido —suspiró Teo.

—Lo de sobrecoger dejémoslo para más tarde, *cuore mio*, ahora analicemos este caso como si fuésemos detectives, como Sherlock Holmes y Watson; como Hércules Poirot y Miss Marple, o como Bonnie y Clyde...

—Pero, *suitjart*, Bonnie y Clyde no eran detectives, eran ladrones —replicó Teo.

—*Cherto, cherto, mio caro bambino*, pero eran pareja, que es lo que a nosotros nos importa. Vamos a ver, *capullito de alelí*, si fuéramos detectives, ¿nos tragaríamos el cuento de que el asesino es Terolá?

—*Nai, nai, rayito de luna*, no nos lo tragaríamos.

—Entonces dime tú, *mai flower of di cinnamon*, ¿quién crees que es el culpable? —preguntó Archi.

—¿Qué te parece si vamos eliminándolos por ensayo y error?

—¡Magnífico! Eres genial. Empieza tú.

—De acuerdo, ahí te voy. Yo sospecho de Demetrio, porque ese tipo es un ordinario. Nunca entendí por qué Molly tuvo un romance con él —dijo Teo.

—Por qué iba a ser, *amorcito corazón*, fue su tributo al arte, quería escribir una novela muy real y decidió vivir su propia obra. A mí me parece un gesto di-vi-no, como los que ella solía tener —replicó Archi.

—Tienes razón, *cachito mio*, ¿qué sería de la humanidad sin el arte! Es lo que nos alimenta, lo que engrandece el espíritu; sin arte seríamos meras máquinas frías e insensibles... Pero espera un momento, déjame explicarte por qué creo que él es el culpable: me contó un pajarito que Molly tenía una cuenta bancaria

que nadie conocía y que explica su supuesta quiebra, que en realidad no lo era. Entonces, tenía motivos porque él es el heredero. Ahí tienes otra cosa que no entiendo, ¿por qué le dejó el dinero a ese ordinario y no a nosotros, que la quisimos tanto?

—Pues mira, supongo que le dejó el dinero porque se sentía culpable, creyó que el tipo se lanzó a la perdición por ella, y ya sabes cómo era, tenía un corazón de merengue: dulce y blando. Mi hipótesis es que Demetrio lo supo, pero hizo como que no sabía, la mató y ahora... ¡Qué sorpresa!, resulta heredero de esa fortuna —Archi empezaba a exaltarse.

—De acuerdo, *mi melodía de arrabal*. Entonces tenía los motivos, los recursos y bien pudo ser el asesino, estás en lo cierto.

—Por otro lado —agregó Archi— creo que nadie ha pensado en que también pudo ser... Hermenéutico; ¿lo recuerdas? Su archienemigo, el que vivía pendiente de sus fallos para hacerla sentir mal. Fíjate bien, él tenía un motivo, porque odiaba a Molly.

—Eres un genio diabólico, *lindísima amapola*, es posible que él sea el asesino, y nadie ha reparado en eso que has dicho. Lo que no veo claro es cómo pudo conseguir la llave del apartamento, pero si no tomamos en cuenta ese detalle insignificante, tienes razón. ¿Crees que debemos contarle a la fiscal Cadalso nuestras sospechas? —preguntó Teo.

—Ni Dios lo quiera, *may last trein tu london*, no deseamos vernos complicados en algo de tan mal gusto como un asesinato.

—¿Qué puedo decirte, *monshert*? Estoy de acuerdo contigo. Lo único que nos queda ahora es reeditar las obras de Molly. Lástima que los escritores no son como los pintores, que con la muerte ganan plusvalía... ¡Ah, la literatura es tan efímera! dentro de dos años nadie recordará a Molly Blum, la olvidarán como olvidan a todos, exceptuando a los grandes, a los inmortales —concluyó Teo.

—Eso es *verísimo*, *oh sole mío*. Es muy triste que Molly no haya podido terminar su última novela. Por lo que me contó, iba a ser su obra cumbre. Dijo que no quería encorsetarse en la novela rosa y que con esa historia incursionaría en la ciencia ficción. Se llamaba *El coito circuito* y contaba el amor tormentoso entre un androide y una solterona. Ya no supe si los protagonistas consiguen resolver los problemas técnicos que les impedían amarse plenamente... ¡Qué pena!

—Dices bien, quién sabe cómo hubiera terminado esa novela, pero que era interesante, ni quién lo dude.

Vieron el reloj y exclamaron que era hora de bañar a Confucio. Prepararon los talcos, la colonia y el champú, y engavetaron las elucubraciones detectivescas.

A decir verdad yo tampoco creo que Terolá sea mi asesino. Lo más frustrante del caso es que no tengo idea de quién fue el autor de mi muerte y eso no deja de inquietarme, casi tanto como los homenajes que no llegan. Ojalá yo esté aquí todavía cuando los críticos descubran que lo mío era literatura de la buena, cuando por fin rescaten ese género maravilloso que es la novela rosa y le den el sitio que le corresponde.

Cambiando de tema, acaba de suceder algo muy impactante. Estaba absorta contemplando el mundo de los vivos, cuando escuché dos voces que se aproximaban. Eran las almas de un hombre y una mujer, que se desplazaban apresuradamente, discutiendo.

—Te dijk que no debim esper tanto, ahora deb apurar o no conseg lleg...

—Es que no pod apartar de ellos... todav me cuest dejarl...

—Pero así tien que ser... vam, dat pris...

Me sorprendió muchísimo aquella escena y aunque intenté seguirlos para preguntarles qué ocurría, no les di alcance porque entraron rápidamente en el túnel que conduce al departamento de reciclaje.

Otro espíritu que pasaba vio mi asombro y detuvo su marcha.

—Se estaban quedando sin palabras, por eso debían apresurarse, o se disolverían en la nada.

—¿Cómo es eso?

—Las almas están formadas de palabras: lo que piensas, lo que sientes, lo que eres, los recuerdos que rehaces, no son más que vocablos. Pero llega el momento en que todo eso debe borrarse, y si por temor o negligencia no empiezas de nuevo, te

disuelves, vas perdiendo sílabas, frases, y al final no queda nada de ti, ¿comprendes?

—No lo sé. Entiendo eso de que somos palabras, lo que no comprendo es por qué las perdemos...

—Todo final es un nuevo comienzo. Si te aferras a lo que fue, nunca podrás alcanzar lo que será.

—Por eso el espíritu de la mujer decía que le costaba dejarlos, ¿a los vivos?

—Sí, ella no quería marcharse, se empeñaba en apegarse a su vida anterior y no se dio cuenta de que había llegado el momento del nuevo principio.

—No debe ser fácil.

—No lo es. Pero tuviste toda una vida allá para entenderlo.

—¿Entender qué?

132

—El ciclo de la vida y la muerte. Morir es un paso necesario para empezar de nuevo. Morimos muchas veces, aun cuando estamos vivos. La muerte así no es destrucción, es renovación, es dejar lo que fuiste para convertirte en lo que debes ser.

Diciendo eso empezó a alejarse. Cuando vi que se dirigía al túnel le hice una última pregunta:

—¿Por qué te vas, si todavía tienes palabras?

—Porque estoy listo para marcharme. Los he visto reír y volver a sus cosas, a los afanes de cada día. Pronto el dolor dará paso a la calma y no seré más un peso, sino el recuerdo de tiempos felices. Conservan lo que fui y seguiré viviendo en su interior. esta no es una despedida definitiva, volveremos a encontrarnos en los avatares del tiempo que vendrá, con otros rostros y otros nombres, pero siempre sabremos que somos nosotros, siempre, siempre, siempre.

Lentamente fue desapareciendo por el túnel del nuevo principio.

Gómez se disponía a tocar el timbre cuando observó que la puerta estaba abierta. Entró sigilosamente esperando ver a Lulú en la cocina, pero no la encontró allí. De pronto le llegó el sonido del televisor y fue a la sala. Acomodada en el sofá, en trance hipnótico, ella veía un *talk show*. La presentadora, una morena muy segura de sí misma, interrogaba a un tosco trío de sujetos sobre sus aberraciones y perversiones. Gómez pensó que era muy chocante eso de confesarse públicamente y recordó con nostalgia el mandamiento de su abuela: “La ropa sucia se lava en casa”. Lamentó que la mugre ajena estuviera de moda y que hubiese invadido un terreno que antes perteneciera a policías, jueces o curas. Lo decepcionó descubrir que su amada tuviera esa afición tan baja, pero decidió no hacer ningún comentario. Tal vez era mejor aceptar que los mandamientos de su abuela ya no tenían vigencia.

133

De pronto fue consciente de un hueco que se le hizo dentro, algo parecido a la decepción. Su saludo sobresaltó a Lulú. Se levantó rápidamente y más que abrazarlo, lo apelmazó contra su cuerpo. Vestía una bata vieja, pantuflas desteñidas y no se había peinado. Gómez esperaba con ilusión una sorpresa gastronómica que lo hiciera delirar, pero ella, indiferente, le dijo que no había tenido tiempo de cocinar y que pediría pollo y papas fritas a un restaurante de comida rápida. Él sintió que la desilusión crecía, pero se reprendió diciéndose que no debía ser tan exigente, al fin y al cabo Lulú no era su cocinera, ni su mujer.

Media hora más tarde, el pollo y las papas fritas habían llegado. Detrás entraron los niños que volvían de la escuela. El mayor le lanzó a Gómez una mirada retadora que él no pudo sostener. Se estaba sintiendo mal. La familia Terolá comía y charlaba animadamente pero él se encasquetó en su silla sin probar bocado.

Vio el pollo desnudo, obsceno, y el estómago se le revolvió. Observó a Lulú, que reía sin parar, mostrando entre los dientes restos de carne blanca. No soportaba esa visión que se le iba haciendo grotesca, la mujer que soñaba por las noches era en realidad esa masa gelatinosa, con la dentadura llena de comida. Se disculpó y salió corriendo.

Algo había ocurrido ese día, como si de un soplo la atracción que sentía por Lulú se hubiera convertido en algo sórdido, repulsivo. Decidió entretenerse unas horas en el cine, pero no lograba concentrarse. Por la noche no pudo dormir; dio vueltas en la cama hasta que se levantó a tomar un calmante que le produjo un sueño pesado. Soñó que tres pollos desnudos aparecían en el programa de televisión, narrando sus más oscuras perversiones. De pronto el público, como una jauría, se lanzaba sobre ellos y los devoraba, les arrancaban las piernas y los huesos mientras Lulú reía con los dientes llenos de comida. Se levantó agotado al amanecer.

A media tarde seguía contrariado, intentando indagar de dónde había salido tanto asco. Siempre había sido ordenado y escrupuloso. Su madre le había inculcado buenos modales y una compostura tiesa que a los demás les resultaba chocante. A veces pensaba que no estaba hecho para vivir en esta época.

El sonido del teléfono cortó de tajo sus sinsabores. Era Lulú que, dulce y afectuosa, lo invitaba a cenar. Había preparado un guiso de carne que lo volvería loco, le dijo. Algo renació en él, tal vez se había arrepentido y sería de nuevo la mujer que se ocupa de lo suyo sin distraerse en tonterías. Aceptó la invitación, aunque todavía quedaba el problema de los hijos que lo odiaban.

Como si lo hubiera presentado, Lulú mandó a los chicos a la cama muy temprano. Cuando Gómez llegó, ella llevaba puesto un vestido bonito y tenía el pelo peinado en un moño. Se veía muy bien, no tanto como la cena, pero distaba mucho de la mujer andrajosa que lo había decepcionado el día anterior. El

banquete restañó en buena parte el daño recibido, pero Gómez no podía engañarse... Un jarrón roto, aunque se repare con gran cuidado, no volverá a ser el mismo jamás. Sentía un hueco en el corazón, como si le faltara la campanilla que lo alegraba los últimos días. El mundo era de nuevo una fotografía sepia en la que todo dormitaba perezosamente.

Claudia caminaba rápido, abriéndose paso entre la gente que se detenía frente a los aparadores de las tiendas. Contó las monedas y se alegró de tener la cantidad justa para el autobús. Aunque se había propuesto no buscar más a Demetrio después del último desprecio, allá iba de nuevo. Esta vez sería diferente porque, trabajando horas extra, había conseguido reunirle el dinero que necesitaba, eso lo alegraría y sería bueno con ella. Los días que había pasado sin verlo se le habían hecho muy largos.

Ya no quería pensar en la mirada triste de Rocío, ni en los berrinches de Gabrielito. Sólo deseaba anticipar la dicha que sentiría cuando Demetrio le diera las gracias y repitiera que la amaba, que siempre la había querido, desde que ella tenía quince años y él diecisiete.

Todo empezó una tarde calurosa y lejana. Ella había salido del instituto y caminaba hacia su casa, cuando observó a un grupo de muchachos y muchachas que se aglomeraba en un terreno baldío. Se acercó a ver y allí, en medio del círculo, Petra se había levantado la blusa, mostrándoles a todos sus pechos desnudos. Su amiga Trini era la encargada de cobrarles veinticinco centavos a los mirones y cincuenta a quienes quisieran tocarlos. En ese momento uno de los chicos gritó que venía la profesora Elisa y todos salieron en estampida.

Claudia corrió también. Cuando se sintió a salvo se detuvo en una esquina, muy lejos de su casa. Empezaba a oscurecer, estaba exhausta y decidió descansar un momento sentada en la grada de un zaguán. En ese momento llegó Demetrio. Nunca había hablado con él pero le gustaba; por eso no se apartó cuando empezó a tocarla. Le fue acercando los labios y ella presintió su primer beso. Aquella lengua ajena, fría y viscosa, era como un pez que agonizaba en su boca. Sintió repugnancia, pero él siguió

besándola mientras amasaba sus pechos pequeños y adoloridos. Cuando la soltó, Claudia tenía la cara enrojecida y calor en el vientre. Entonces él la vio como miraba a Petra y fue ella quien le acercó la boca para averiguar qué ocurría después de vencer el asco.

Ese sitio se convirtió en su refugio de todas las tardes. De besos y manoseos no pasaban, hasta que un día Demetrio le dijo que a la mañana siguiente la esperaría en la vieja locomotora, a las diez en punto. Ella conocía muy bien el uso que los muchachos le daban a aquel armatoste.

Salió de su casa a las nueve y media. Iba tan distraída que no se percató de que, como todos los primeros martes de cada mes, las prostitutas del pueblo marchaban en fila hacia el dispensario para su prueba de salud. Una antigua ley las obligaba a hacerse un examen médico para comprobar que no tenían enfermedades contagiosas, o para tratárselas en caso de tenerlas. Mujeres gordas, embutidas en minifaldas que mostraban la grasa de sus caderas, de caras carnavalescas y sonrisas socarronas, desfilaban por las calles retando las miradas y silbidos de los hombres. De pronto Claudia salió de su estupor al escuchar muy cerca gritos y bocinazos. Vio a un lado y se dio cuenta de que caminaba junto a ellas. Se apartó rápidamente. Pensó que aquel incidente era un aviso divino y que era mejor volver a casa, pero imaginó a Demetrio esperándola y corrió a la vieja estación. Subió a la locomotora abandonada. Demetrio no había llegado. Vio el reloj: diez menos cinco. Media hora después se sintió estúpida y cansada. A las once lloró y volvió a casa.

Al día siguiente se enteró de que la abuela de Demetrio había ido a buscarlo al pueblo y se lo había llevado para apartarlo de su madre alcohólica. La consoló saber que no la había despreciado, pero sintió que entre ellos dos quedaba un encuentro pendiente.

Cuando, años más tarde, lo reconoció en el vago que le pedía unas monedas para comer, se le encendió un fosforazo. Era el momento de completar el ritual que tantas veces había soñado. Por eso lo llevó a la pensión y lo obligó a terminar lo que había dejado a medias; pero Demetrio lo hizo mal y tarde.

Encontrarlo de nuevo fue tan inesperado que Claudia se dejó ir en el vórtice que la hacía girar como agua de retrete. Sí, se sentía una mierda, sabía que él estaba con ella por necesidad, pero no podía dejarlo.

El autobús se detuvo frente a la entrada de la prisión. La fila de mujeres avanzaba lentamente. Claudia llegó al salón donde se alineaban los presos y a pesar de que buscó bien entre las cabezas peladas, no encontró a Demetrio. Le preguntó a un guardia, que le explicó que en ese momento se estaba casando. Ella creyó que se trataba de un error, pero el hombre le señaló el salón donde se encontraban. Claudia los vio por la ventana. Un tipo de traje y corbata extendía varios folios que firmaron primero Demetrio y luego una mujer rubia. Claudia decidió esperar allí hasta que salieran. Seguramente era un malentendido.

Rosalina sonreía satisfecha. Dick Treyci se acercó a felicitarlos y ella, confiada, preguntó: “Muy bien, señor Treyci, ¿qué debemos hacer ahora para cobrar la herencia?”.

—¿Cuál herencia? —respondió, como si se hubiera perdido una parte importante de la película.

—¿Cuál iba a ser? La que Molly le dejó a Demetrio —titubeó. Entonces Treyci recordó aquella lejana visita a La Corona de Laurel y comprendió todo.

—¡Oh no! ¡Pero qué estúpida es usted!, ¿se casó con esta bestia sólo por la herencia? ¿Por qué no me preguntó antes? Yo le hubiera explicado que...

—¡No me vaya a decir que no hay herencia!

—Esa fue una pequeña mentira que tuve que inventar para entablar conversación, para acercarme a ustedes. Si me hubiera dicho que por eso se casaba, en este momento usted y yo estaríamos en una isla paradisíaca, viviendo nuestra dicha de amor.

—¡Ay, mamacita, por gusto me ilusionaste con lo de la herencia! Pero no me importa, contigo me conformo —intervino Demetrio.

Rosalina le dio un empujón y corrió a la puerta, a tiempo para detener al notario. Intentó romper el acta pero el hombre no se lo permitió. Entonces le ordenó que anulara el matrimonio de inmediato. El letrado respondió que no era posible. Ella alegó que no se había consumado la unión. Demetrio la escuchó y se acercó sonriendo.

—¡Ah, pero eso es cuestión de tiempo, mi reina! ¡Aquí tienes a tu pimpollo que está que hierva! ¿lo sabes o no lo sabes? Hoy te daré tu merecimiento y sabrás lo que es un hombre.

—Pues fíjate que tengo una sorpresa para ti, pimpollo. Mira bien, y tú también sabrás lo que es un hombre —se alzó la falda, debajo de la ropa interior sobresalía, pequeño e inofensivo, el paquete.

—¡Oh no, no puede ser! —Dick Treyci retrocedió.

—Mira, amorcito —dijo con calma Demetrio—, el que ha pasado hambre no puede ser remilgado. Yo no le hago el feo a nada, además hay que reconocer que por lo demás tú estás muy bien. No acepto anular el matrimonio, al contrario, vamos a vivir nuestra dicha de amor.

—¡Nada de pimpollos ni de dicha de amor! Eres un borracho asqueroso y yo me largo de aquí. Te lo advierto, Demetrio, si no me das el divorcio ¡te mato! Ya lo hice una vez y no me importaría repetir la hazaña.

—¡No me digas! ¿Y a quién te cargaste, pues? ¿Lo sabes o no lo sabes? A mí no me importa que me mates... siempre que sea de amor.

Rosalina salió corriendo. Dick Treyci estaba en *shock*. Demetrio se acercó y le dijo: “Gracias, compadre, ahora se fue la niña, pero es cuestión de tiempo para que regrese. Si no hay playa, no importa, viviremos nuestra dicha de amor en el paraíso terrenal”.

Cuando Demetrio salió del salón no esperaba encontrarse con Claudia. La vio como recuperándola del olvido.

—¿Qué haces aquí, mi reina? Perdona que no te invité a la boda pero era un acto privado para que la prensa no se enterara, ya sabes cómo son esos condenados.

—¿Entonces es verdad? ¿Te casaste con esa muchacha?

—Tuve que casarme, porque Rosalina pagó para que me dejaran libre y pidió mi mano como recompensa... Yo quería darle todo lo demás, pero huyó sin decir por qué, ¿quién entiende a las mujeres? Bueno, eso es un decir, porque ella no es una mujer como las otras...

—¿Por qué te casaste, Demetrio? Dime qué hice mal, explícame en qué te fallé.

—Bueno, en qué fallaste, no sé. Tal vez el problema contigo es que eres muy pobre y no me dabas suficiente, ya viste que uno tiene sus gastos y eso de andar haciendo economías y contando los centavos desespera a cualquiera. Claro que eso no es culpa tuya, no pienses que te estoy reclamando. Te esmeraste y eso es bueno, pero mira, reina, no te pongas triste, yo podría hacer un esfuerzo y seguir contigo. Total, estar casado no importa, si tú también lo estás, como quien dice quedamos a mano. Sólo será cuestión de organizarnos y dejar unos días para Rosalina y otros para ti. De todos modos, yo te informo después cómo será la cosa, porque tengo que preguntarle si ella me va a pagar otro apartamento. Si no quiere, podemos seguir como estábamos y yo haría el sacrificio de irme a la pensión que tú puedas alquilar. Eso sí, te agradecería que fuera otra, porque El Paraíso Terrenal

está en un barrio muy malo y se trata de ir mejorando, ¿verdad que sí, mi reina?

Claudia no respondió. Atravesó el patio sin prestar atención a los insultos de los presos. Se mezcló con la gente que salía a la calle y buscó el autobús que la llevaría de regreso.

Rosalina se sorprendió al encontrar a Arturo en el apartamento. Bebía escocés en las rocas y le contó que la jefa había sobornado a los jueces para que lo dejaran libre. Por un momento temió que Arturo se hubiera enterado de la boda. Tenía que ocultarle aquella estupidez.

Teo preparaba el desayuno cuando escuchó los gritos alarmados de Archi. Corrió al dormitorio, donde él veía la televisión con ojos desorbitados. Le hizo señas de guardar silencio y señaló el aparato. Esa madrugada, el cuerpo de Demetrio Ríos había sido hallado en su cuarto de la pensión El Paraíso Terrenal, con dos impactos de bala. El dueño de la pensión aseguraba que no había escuchado nada y lo mismo dijeron los otros huéspedes. La policía no tenía pistas del asesino. El teniente Gómez se encontraba en la escena del crimen, pero se negó a dar información.

142

Ocupando toda la pantalla, la cara de Demetrio hacía un último gesto estúpido. Sus ojos, extremadamente abiertos, ya no podían ver a Gómez buscando pruebas que no probarían nada, ni a la fiscal Cadalso hablando enérgicamente ante las cámaras.

—¡Ay, *shugar*, qué crimen tan terrible! Pobre hombre... Es cierto que a veces tomaba unas copitas de más, pero era un buen tipo, tan agradable y servicial —dijo Archi consternado.

—Qué te puedo decir, esta noticia me ha dejado a-no-na-dado, realmente estupefacto, abatido y rebatido porque da al traste con mi suposición de que el asesino era él.

—En efecto, eso contradice tu hipótesis, aunque... ¿y si fuera un suicidio?

—¡Por Dios! ¿Cómo va a ser un suicidio si el pobre tenía dos tiros?

—Pues en eso tienes razón, pero a mí estas cosas me dan miedo. Piensa, ¿y si se trata de un asesino en serie dispuesto a matar a todos los que se relacionaban con Molly? ¿Y si tú y yo somos los próximos en la lista?

—¡Eso sería horrible, espantoso! ¿Qué podríamos hacer nosotros, solos e indefensos, frente a un asesino en serie?

—Ignórolo, querido. Ah, ¡ya lo sé! Podríamos tener a mano aquel revólver que Rosalina nos pidió que guardáramos, ¿lo recuerdas? Así, si viene el asesino le diremos: ¡Alto ahí, deténgase, buen hombre, porque estamos armados! ¿No te parece una idea genial? —exclamó Archi.

—¡Pero, corazón! Recuerda que somos pacifistas, que en nuestros años mozos, imitando al finado John y a Yoko, protestamos por la guerra de Vietnam desnudándonos en la plaza de nuestro pueblo. Claro que como allí nadie conocía a los Lennon, ni sabían dónde cuernos quedaba Vietnam, nos obligaron a vestirnos y a volver a casa, donde nuestros respectivos padres nos propinaron sendas palizas, demostrando que la paz es una utopía. Pero luchamos, querido, recuérdalo. ¿Qué te estaba yo diciendo? Ah, sí, que no podemos usar armas porque somos amantes de la paz —dijo Teo con un dejo de nostalgia.

—Como siempre, tienes razón. Pero aun así, debemos estar preparados ante la inminente llegada del asesino en serie. Yo insisto en que tengamos a mano el revólver.

—De acuerdo. Me has convencido, guardaremos el revólver en el cajón de la mesita. ¡Y que venga el asesino en serie!

143

En ese momento, en un lugar no muy lejos de allí, Rosalina le servía a Arturo un escocés en las rocas. Estaba muy nervioso porque Barbie lo había citado en el centro de operaciones. Tenía que ser muy grave el asunto para que se decidiera a hablarle personalmente. Nadie en la banda la conocía, excepto sus hombres de confianza. Ella siempre se aseguraba de no ser reconocida y se limitaba a dar órdenes por teléfono.

Arturo recordaba muy bien las instrucciones de Barbie: frente al apartamento lo esperaría una camioneta verde. Dentro del vehículo, dos hombres enmascarados lo atarían de pies y manos, le vendarían los ojos y le colocarían un saco negro sobre la cabeza hasta que llegaran al centro de operaciones. Era comprensible

que extremaran las medidas de seguridad, pero a él le preocupaban cosas vitales, por ejemplo, qué pasaría si el cuartel quedaba muy lejos y sentía sed, o si necesitaba ir al servicio de caballeros, y sobre todo, qué ocurriría si se aburría en el trayecto. Esas dudas, muy razonables por cierto, lo angustiaban. Rosalina le dijo que no se preocupara, que lo peor que podía pasarle era morir asfixiado, pero tomando en cuenta los últimos acontecimientos, eso era infinitamente mejor que ser asesinado. Como siempre, logró tranquilizarlo; había algo en su tono de voz que lo sosegaba.

144

Salió a la calle y efectivamente la camioneta verde se encontraba estacionada frente a la puerta, pero las cosas empezaban a salir mal porque los tipos en el interior no llevaban máscaras, sino gorros pasamontañas. Ese cambio repentino lo desconcertó y temió estar cayendo en una trampa. Subió a la camioneta y, tal como se lo advirtiera Barbie, le vendaron los ojos, le pusieron el saco negro y lo ataron.

Hacía calor, y como había temido, se le secó la garganta. Se preguntaba cuánto tiempo duraría el trayecto en esa incómoda posición, cuando le vino el deseo de orinar. Murmuró que necesitaba hacer pis, pero la respuesta fue tajante: “Aguanta, ya estamos cerca”. Él insistió y un golpe seco en la frente lo hizo dormir.

La habitación estaba en penumbra. Le dolía la cabeza, le había nacido un cuerno en la frente y recordó el trancazo. Apestaba. Se dio cuenta de que no pudo aguantar como le habían ordenado. Después de hacerse cargo de su desastrosa situación vio al fondo del salón una silueta extraña, que se distinguía a través de una pantalla de tela. Parecía una mujer. Seguramente era Barbie. Lo tranquilizó comprobar que no había caído en una trampa, y que estaba entre los suyos.

Barbie hablaba por un micrófono que le distorsionaba la voz.

—¿Sabes por qué estás aquí, verdad?

—Para serte sincero, no lo sé.

—¿De verdad no lo sabes?

—De verdad no lo sé. Si lo supiera te diría que sí lo sé, pero como no lo sé no puedo decirte que sí lo sé —se sentía un poco tonto dándole tantas vueltas al asunto, pero quería dejar bien clara su posición.

—Si no lo recuerdas te lo diré yo: ¡fallaste! Nos traicionaste. Me enteré de que perdiste la libreta.

—Eso no es verdad, jamás perdí la libreta, que mi padre se muera si estoy mintiendo.

—Es inútil. Lo sé todo. Es más, tengo los nombres de las personas que tuvieron acceso a los códigos. Hemos apresado a un detective a quien llaman Dick Treyçi. A Ríos ya lo aniquilamos, pero aún no hemos terminado. Debemos actuar rápido porque nuestras vidas corren peligro y tenemos que marcharnos pronto de este lugar. Traicionaste a la organización y bien sabes lo que hacemos con los traidores.

—¡Perdón, Barbie, perdón! ¡Juro que no lo volveré a hacer! Déjame libre y prometo que cuidaré la libreta.

—No hay segundas oportunidades en este negocio.

En ese momento Barbie recibió una llamada telefónica. Era Cirilo Pérez y Pérez, asegurándole que todo estaba bajo control. La mujer le dio las gracias y le prometió que ese error no se repetiría, que se harían cargo de Gómez y que justamente en ese momento, tenía en sus manos a Arturo y a Dick Treyçi.

Uno de los hombres lo llevó a un cuarto pequeño, donde se encontraba Treyçi con las manos atadas. El gorila salió y cerró la puerta con llave. Quedaron los dos, frente a frente.

—Yo lo conozco a usted... ¡Claro! Es el tipo del escocés en las rocas.

—En efecto, y usted...

—No, yo prefiero la cerveza bien fría.

145

—Quiero decir que usted me parece conocido... ¡Ya recuerdo! Es el tipo que buscaba a Demetrio, el que inventó el cuento sobre la herencia. Disculpe que no lo llamé como había prometido, pero averigüé que lo del fideicomiso era falso.

—¿Cómo pudo averiguarlo? Era una mentira muy buena.

—Muy fácil. Fui al banco de Molly y pregunté.

—Bueno, eso ya no importa, porque ahora vamos a morir. Me pregunto si será rápido o si van a torturarnos —dijo Treyci fingiendo valentía.

—Yo los conozco bien y puedo asegurarle que nos matarán rápido, con dos o tres balazos en puntos estratégicos. El tiro de gracia a cada uno y ya está. Usted no se imagina cómo son de haraganes estos tipos, no les gusta hacer ningún esfuerzo, y es sabido que las torturas requieren mucha dedicación, tiempo y paciencia —Arturo se interrumpió—. En este momento se me ha ocurrido una idea, algo en lo que nunca antes había pensado.

—¿Qué es? ¡Dígamelo pronto! Esa idea suya podría ser nuestra salvación, ¿qué es lo que se le ocurrió?

—¿Por qué le dirán “tiro de gracia”, si no tiene nada de gracioso?

—¿Esa era su gran idea? ¡Vaya estupidez! Ahora sí estamos perdidos. Vamos a morir y no podemos hacer nada, excepto... Creo que hay algo que puede funcionar —le habló en un susurro—. Acérquese a mí y ponga sus manos entre las mías.

—Mire, amigo, su proposición me parece muy tentadora, pero en estas circunstancias yo no creo que pueda funcionar... —Treyci lo interrumpió.

—¡No sea bruto! Le estoy diciendo que ponga sus manos entre las mías para que me desate, luego yo haré lo mismo con usted y tal vez podamos escapar de aquí.

—¿Usted cree que podremos lograrlo? ¿Y si nos atrapan?

—No perderíamos nada, si de todas maneras nos van a matar.

—Pues sí, en eso tiene usted razón. Intentémoslo entonces.

Gómez volvía a casa viendo al frente. Las lluvias habían terminado y ya no era necesario esquivar los charcos. Le gustaban aquellas tardes luminosas de verano porque regresaba al hogar bajo una luz intensa y reconfortante. Las muchachas vestían pantalones cortos, los niños jugaban en las calles, y aunque sus gritos eran molestos, los aceptaba como parte del decorado y del sabor de la estación.

Iba silbando el tema de *El graduado* y de pronto cayó en la cuenta de que se sentía exactamente igual que Dustin Hoffman cuando sucumbe a la seducción pertinaz y absorbente de la señora Robinson. Así lo tenía Lulú, cogido del cuello y de todas partes, ya no podía dejarla aunque quisiera. Con el agravante de que ninguno de los tres cerditos se parecía remotamente a la hija de la señora, la linda chica con la que finalmente se queda Ben Braddock. Se le hizo extraño haber olvidado el nombre de la muchacha, tal vez porque ese filme sólo lo había visto tres veces. De pronto, sin saber por qué, recordó lo que le había dicho un psicólogo del departamento de policía. Después de hacerle varias pruebas raras en las que debía interpretar láminas y manchas de tinta, le advirtió gravemente: “Usted padece el Síndrome de Estupidez Cinematográfica”. Por alguna razón Gómez sintió que lo había insultado, pero descartó tal idea, porque es sabido que un profesional no cae en esas bajezas. A él le habían enseñado a respetar y a venerar a los expertos y por lo tanto tomó aquella frase como un diagnóstico médico.

Seguía pensando en su relación con Lulú y no le veía salida. Era como una batalla entre un parapléjico y un luchador de sumo. Esa tarde ella había llorado, con lágrimas que a él le parecieron un poco de cocodrilo, y le había dicho que temía que por el asesinato de Demetrio dejaran libre a su marido ya que evidentemente

no era el culpable. Sobre todo la angustiaba que Terolá saliera de prisión y que cual Oteló ciego los matara a los dos. Gómez quedó largo tiempo abstraído, pensando en esa frase, y llegó a la conclusión de que Lulú se hacía un gran favor comparándose con Desdémona. Finalmente, tuvo la certeza de que si no descubría pronto al asesino —al que no sabía por qué imaginaba con el rostro de Anthony Perkins interpretando a Norman Bates en *Psicosis*— la cauda de muertos haría temblar de envidia a Don Corleone (en la magistral actuación de Marlon Brando).

148

Algo le decía que el asesino no había terminado con su trabajo. También le preocupaba el silencio de Trey. Al parecer, había caído en una depresión profunda después de descubrir el secreto de Rosalina, porque no respondía el teléfono ni abría la puerta. Gómez recordó que su amigo acostumbraba deprimirse por los reveses de la vida y decidió no perturbarlo con sus problemas. Se sentía abrumado. La fiscal Cadalso lo presionaba y ya no sabía qué hacer, esa mujer era un extraño caso de odios erráticos, porque ahora la había emprendido contra él, como antes aborreciera al teniente Terolá.

Al entrar en su casa, Gómez se llevó un susto tremendo, pues todo estaba en desorden. Habían vaciado los cajones, roto el sofá y dejado sobre la mesa una corona de flores. Era un cuadro aterrador y él sólo pudo pensar cuánto tiempo le llevaría arreglar ese desastre. Se palpó el bolsillo de la chaqueta y... sí, ahí seguía la fotocopia. Era tal su pánico que decidió llamar inmediatamente a la fiscal Cadalso. Tenía que confesárselo todo: lo de la libreta, su romance con Lulú; debía abrirse a ella y mostrarle su vida sin pudor.

No me había enterado del asesinato de Demetrio, por eso cuando lo vi deambulando por aquí me sorprendí muchísimo. El pobre no se había dado cuenta de que se encontraba en el más acá, quizás porque cuando le dieron el pasaporte estaba pasado de copas. Fui a saludarlo, total aquí ya no hay rencores. Cuando me reconoció, por poco se muere del susto. Bueno es un decir porque muerto ya estaba. El muy tonto pensó que estaba viendo a mi fantasma y me dijo que no lo espantara así. Yo, con mucho tacto, le dije: “¿Eres imbécil? ¿No te das cuenta de que estás muerto? Si me ves y me escuchas es porque ya te mandaron a esta parcela”. Se indignó. Me preguntó quién le había hecho la mala pasada de llevárselo cuando las cosas empezaban a ponerse buenas. No supe qué decir, hay respuestas que no tengo y creo que nunca tendré. Le expliqué que yo ya había averiguado cómo era el procedimiento aquí, le conté sobre el reciclaje y el club de inmortales, pero no entendió nada.

149

Al igual que yo, no vio al que le disparó. Suponemos que compartimos asesino, pero quién sabe. Me dijo que sospechaba de Rosalina, y confirmó lo que yo creía: no era una chica normal.

Sí, seguramente la homicida es Rosalina. ¿Cómo no me di cuenta de que alojé a una asesina en mi propia casa? En fin, a estas alturas ya poco importa quién hizo la cuenta regresiva y oprimió el botón de despegue, el caso es que estamos aquí y la vista es distinta, se ve todo tan lejano, tan ajeno, que la muerte no pasa de ser un hecho de nota roja, un momento en el noticiero, un accidente casi tan intrascendente como el nacimiento. Hablando de eso, vino de nuevo el alma caritativa y le pregunté cómo iban los trámites para mi ingreso al Club de los Celeberrimos. Me dijo que está haciendo lo posible, pero que

si no tengo influencias es muy difícil que me acepten. Tal vez deba resignarme al reciclaje, aunque todavía me cuesta aceptar que todo lo que hice, lo que sufrí, lo que gocé, lo que pensé que era importante, puede ser borrado en un segundo y será como si nunca hubiera existido. Claro, esa es la lógica de este asunto, porque cuántos miles de millones de seres humanos han vivido, luego han sido borrados, y de su vida no ha quedado nada, absolutamente nada. Tal vez durante algunos años los recordaron sus deudos, pero esos también murieron.

Esa es la vida, aunque cuando estamos allá abajo nos aferramos a la ilusión de ser inmortales, de que alguien, un ojo en el cielo, la mente cósmica, o lo que sea, observa nuestra existencia como un televidente fiel que no pierde el hilo de la trama que protagonizamos. Eso nos hace sentir importantes, y aquel precepto lapidario de “Polvo eres y en polvo te convertirás” nadie puede tomarlo en serio, porque aunque es verdad que provenimos del polvo (del que echaron nuestros padres), eso de que seremos reducidos a la nada no vamos a aceptarlo así porque sí.

Demetrio no se resigna a estar muerto. Vaga por aquí y por allá, de pronto se da una vueltecita y viene a hablar conmigo, tal vez para cerciorarse de que es así y no hay remedio. En una de esas me reclamó —¡otra vez!— que lo boté como a un trapo viejo.

—Oye, a estas alturas deberías aceptar que fuiste un experimento literario y agradéceme la gloria aunque sea efímera —protesté.

—Fuiste mala, Esperanza, me usaste, y yo te amaba. ¿Lo sabes o no lo sabes? —lo único que me gusta de él es que me llama por mi nombre.

—¡No me amabas! Esa mentira ni tú te la crees. No sabes qué es el amor, nunca lo supiste.

—¿Y tú sí lo sabes... o no lo sabes?

—¿Yo? ¡tampoco! Algunas veces creí saberlo, pero luego resultó que sólo era una imitación, algo que se le parecía, quizás cariño, afecto, qué sé yo. Lo busqué por tanto tiempo que cuando encontraba un sustituto lo aceptaba.

—Tal vez tengas razón y a mí me pasó lo mismo. Qué triste que pasamos la vida sin averiguar qué era, ¿no te parece?

—No fue de lo único que nos perdimos, creo que tampoco llegamos a conocernos.

—Yo sí que te conocí muy bien... Eras una perra, pero yo te amaba, ¿lo sab... —se interrumpió—. Perdona, aquí ya para qué repito esas cosas.

—No hablo de conocernos mutuamente, sino de conocernos a nosotros mismos, ¿me entiendes? A veces creo que estuve tan empeñada en ser Molly Blum, que no tuve tiempo de averiguar cómo era yo realmente.

—Ah, pues yo no te entiendo nada. No es para que te molestes, pero me aburren tantito tus pláticas, mejor me voy a ver cómo sigue la investigación de nuestros asesinatos. Por cierto, esa fiscal Cadalso es un mujerón, ¡qué hembra! Si la vieras...

Dolores del Cadalso le advirtió a Gómez que no tocara nada, que ella personalmente se haría cargo de la situación. Entró rápidamente en las habitaciones mientras dos agentes buscaban huellas que no encontraron. “Quienes allanaron su casa usaron guantes, se trata de profesionales”, le dijo ella en un tono que a él le recordó la genial actuación de... ¡Joder! no estaba para geniales actuaciones, la angustia le recorría el cuerpo como una jalea fría, tenía que olvidarse del cine al menos por unas horas... ya después iría al Variedades porque exhibían *Lo que el viento se llevó*, una de sus favoritas.

Lo tranquilizó saber que el allanamiento era obra de profesionales, porque él confiaba en los expertos, pero la cara de la fiscal no le decía nada bueno. Decidió contárselo todo. Sorprendentemente, ella lo veía compasiva y, a medida que él hablaba, su mirada se suavizaba. Por un momento pensó que lo tomaría entre sus brazos y estrecharía su rostro doliente contra aquel prominente y acogedor pecho... porque a esa altura llegaba la cabeza de Gómez.

Cadalso sacó dos conclusiones: Gómez era el siguiente en la lista. A Demetrio lo habían asesinado porque había tenido contacto con la libreta. La mente de la fiscal funcionaba a la velocidad de la luz, y Gómez se fue llenando de una sensación de seguridad... de la seguridad de tener las horas contadas. Cadalso quiso comprobar su hipótesis y llamó a Arturo; Rosalina respondió que no estaba en casa y cuando la fiscal insistió, dijo que no sabía si volvería o si era ya difunto. Aunque quiso obtener más información, la rubia colgó.

Gómez le explicó que no había podido comunicarse con Treyci, y dedujeron que lo habían atrapado. Estaban en un serio problema, debían actuar pronto. Sin duda había sido Barbie

quien mandó matar a Demetrio, y probablemente también a Molly Blum; quizás ella había visto la libreta y lo pagó con su vida. Esa podía ser la clave para desenmarañar ese caso tan complicado. Gómez estaba estupefacto y se asombró más todavía cuando la fiscal le dijo que no debía quedarse en casa, que se ocultara en un lugar seguro mientras conseguían dismantelar la terrible red de traficantes. Él respondió que el único lugar seguro era la casa de Lulú Terolá. Cadalso estuvo de acuerdo y le dijo que iría a entrevistarse con el ministro Cirilo Pérez y Pérez en ese mismo instante. Lo mantendría informado de lo que sucediera; pediría refuerzos para tomar por sorpresa el centro de operaciones de Barbie Túrico. Gómez preguntó cómo descubriría la ubicación de ese lugar, y ella, con las copias de la libreta en la mano le mostró que los códigos ultrasecretos podían leerse en clave y el resultado era la dirección, número de teléfono y número del seguro social de la Túrico. Gómez no cabía en sí de admiración. “¡Qué mujer!”, pensó mientras la campanilla resonaba de nuevo en su corazón. “Seguramente no sabe freír un huevo, pero ni falta le hace”, concluyó.

Empacó cuidadosamente tres trajes, cuatro calzoncillos, cinco pares de calcetines, su cepillo de dientes, las pantuflas, dos pijamas, la máquina de afeitar y tres pastillas de jabón, y salió a implorar la protección de su ex amada Lulú.

La fiscal Cadalso le dijo a la secretaria que llevaba prisa y entró en el despacho sin ser anunciada. Adentro, Cirilo Pérez y Pérez interrumpió la conversación que sostenía con dos hombres; los tres se volvieron a verla, sorprendidos. En el primer momento ella no supo qué decir. Detrás llegó la secretaria apenada, explicando que no había podido detenerla. Cirilo se puso de pie, la vio con disgusto y con gestos demasiado ceremoniosos se disculpó con los tipos, pidiéndoles que volvieran al día siguiente. Salieron molestos y la secretaria la vio desafiante.

Pérez le preguntó cuál era el motivo de tanto aspaviento y ella le contó sus descubrimientos sobre Barbie Túrigo y la red de traficantes.

—No haga nada, fiscal Cadalso —la orden era tajante.

—¿Por qué? Nuestro deber es dismantelar la banda, ya descubrí dónde se localiza su sede, será un golpe maestro —hablaba aceleradamente y no se dio cuenta de que el ministro quería impedir que siguiera corriendo.

—Deje que yo me encargue. Usted vaya ahora mismo a buscar a ese detective... al que llaman Dick Treyci.

—Pero señor ministro, yo puedo hacerlo, sólo necesito refuerzos, confíe en mí... —entonces se dio cuenta de que a Pérez le saltaba el ojo derecho y las manos le temblaban.

—Haga lo que le dije, ¡obedezca mis órdenes! Ahora mismo vaya a casa de Treyci y verifique si está bien.

—De acuerdo, señor ministro —había entendido y sabía muy bien que no llegaría a casa de Treyci... ni a ninguna otra parte.

Veía por el espejo retrovisor y comprobó que un auto negro la seguía. De pronto se le ocurrió una solución. Llamó a Gómez y le contó lo sucedido, el sargento no se sorprendió demasiado al saber que el ministro estaba implicado en el asunto. Cadalso le explicó su plan: se dirigía a casa de Lulú; mientras tanto, Gómez debía llamar a sus hombres, ordenarles que fueran al centro de operaciones y esperarla con su arma lista. Luego irían al cuartel de la banda, coordinarían la operación, los capturarían y pondrían en evidencia a los cómplices. Gómez se disponía a llamar a sus hombres cuando Lulú, sin explicación ninguna, cortó la comunicación. Él le dijo que no estaba para juegos y empezó a marcar de nuevo, cuando sintió en la sien derecha el cañón frío de un arma. Vio de reojo y reconoció aquella mano blanda y regordeta.

—Entonces, ¿eras tú? —dijo, vencido.

—Sí, querido, soy yo, es inútil que intentes salvarte, estás en mis redes. Mis secuaces vienen en camino y se harán cargo de ti.

—Pero ¿por qué? Pensé que eras una mujer dulce, amable y buena cocinera.

—Era la fachada perfecta, ¿no te parece? Nadie duda de los clásicos ni de las buenas señoras, madres de familia y amas de casa.

—¿Y tus dulces hijitos?, ¿qué pensarán de ti? —quería apelar a sus nobles sentimientos y de paso ganar tiempo mientras llegaba la fiscal Cadalso.

—De ellos fue la idea del tráfico de órganos... Son muchachos muy inteligentes.

—Todo fue una trampa, una terrible trampa, ¡tú no me amabas!

—En eso te equivocas, sí llegué a quererte —enjugó unas lágrimas que en verdad a Gómez no le parecieron de cocodrilo, aunque tal vez Lulú sabía fingir muy bien.

—Si me amas, me perdonarás la vida, ¿no es así, luz de mis ojos? —sospechaba que no era el momento para ponerse galante, pero todo se vale cuando se trata de salvar el pellejo.

—Lo siento mucho pero eso no se va a poder. Primero es el deber y después el placer —la voz de Lulú era tajante.

—Pero si cumples con tu deber, ya no habrá placer, ¿te das cuenta?

—Si es así, ni modo, renunciaré a ti, a mi único y verdadero amor. Es muy arriesgado dejarte vivo, caería toda la organización, mis chicos y mi marido que, dicho sea de paso, nunca estuvo preso. Nos espera en una playa deliciosa, donde tomaremos unas merecidas vacaciones y nos liberaremos del estrés. Mira, aquí tengo los pasajes —se los mostró y volvió a ponerlos en el cajón.

—Por favor, querida, recapacita. Tú no podrías matar a nadie.

—No me subestimes. Para tu información, yo personalmente eliminé a Demetrio Ríos.

—¡Oh no! ¿También mataste a Molly Blum?

—No, a ella no tuve el honor de liquidarla... aunque me hubiera gustado. Bueno, creo que a ti no podría matarte, por razones sentimentales —Gómez se alegró—, por eso dejaré que lo hagan mis secuaces, que están por llegar.

Gómez se dio cuenta de que ese era su fin. Imaginó esas fatídicas tres letras en el centro de la pantalla, sobre un paisaje en blanco y negro, mustio y lejano. Así había sido su vida. Ahora, el telón se cerraría para siempre, porque aquella no era una función de permanencia voluntaria.

156

Un frenazo frente a la puerta lo sacó de sus tristes reflexiones. Esperaba ver a los secuaces de Lulú, o mejor dicho de Barbie, que llegaban a matarlo, por eso respiró de nuevo cuando Dolores del Cadalso entró arrolladoramente, gritando y disparando. La sorpresa y el sobrepeso le impidieron a Lulú reaccionar con rapidez, y Gómez aprovechó para quitarle el arma mientras Cadalso le apuntaba al rostro.

—¡La tenemos! —exclamó Gómez con júbilo.

—Sí, es nuestra —respondió Cadalso.

Al verse atrapada, Lulú soltó a llorar y a implorar, jurando que todo había sido una confusión, una pequeña broma de su parte. Dolores no le creyó, y, aunque Gómez pensó que aquellas lágrimas definitivamente no podían ser de cocodrilo, decidió hacerle caso a la fiscal. La dicha duró poco, porque cuando se disponían a llamar pidiendo refuerzos, el frenazo de un automóvil los sobresaltó.

—¡Son mis secuaces! —dijo Lulú, contentísima.

Derribaron la puerta y aparecieron dos hombres con el rostro cubierto por gorros pasamontañas y sus armas desenfundadas.

Cadalso seguía apuntándole a Lulú y Gómez amenazaba a los recién llegados.

—Por favor, no disparen —dijo uno de los secuaces.

—¡Suelten las armas y descúbranse el rostro! —ordenó Cadalso.

Los hombres obedecieron, y cuando Gómez vio aquellas caras sudorosas y coloradas, exclamó: “¡Oh, no, no puede ser!”.

157

Bajo el ardiente sol del mediodía el puñado de hombres llegó a la cima de la colina y dos de ellos clavaron la bandera roja, al grito de: “¡Territorio liberado en nombre de la revolución!”. Una jovencita que volvía (no se sabe de dónde venía porque no llevaba nada que delatara su procedencia) les hizo una señal con la mano y el jefe del grupo advirtió a los demás: “¡Tregua, cese al fuego, Anita quiere pasar!”, los otros bajaron las armas, la chica sonrió complacida y antes de seguir su camino le guiñó el ojo, muy seductoramente por cierto, al mismísimo Camilo. Acto seguido el puñado de hombres volvió a la carga, excepto Camilo, que quedó sumido en un profundo éxtasis, del que sólo lo sacó la voz urgente de Ernesto, advirtiéndole que el enemigo atacaba por los cuatro flancos. Él no escuchaba nada, lo embargaba una emoción que no había sentido desde que a sus quince años se enamoró de su prima Ruperta, después de espiarla mientras se duchaba. Por fin pudo balbucear una pregunta: “¿Quién era esa muchacha tan linda?”. Ernesto le explicó que era Ana Pantoja, una chica del pueblo. Iba a contarle más, cuando Camilo lo interrumpió.

—¿Estás seguro de que es mujer? Por favor, dime la verdad, ¿no hay posibilidad de que sea hombre?

—¡Pero che, qué cosas decís! ¡Es una piba! ¿No le viste la pollera?

—No te fíes de las faldas amigo, créeme lo que te digo. Necesito que me asegures que Ana Pantoja es mujer —lo tomó por las solapas y Ernesto empezó a preocuparse en serio.

—Che, será mejor que no pienses en esa mina, está comprometida con Luis Mejía, el hijo del hacendado. Se casarán la semana próxima, aunque un camarada proletario me confió que ella no lo ama y que su padre la obliga a ese matrimonio. Es

una milonga esa historia, mirá qué macana, porque Mejía es un hombre brutal y poderoso, que tiene un ejército de hombres a su servicio.

A Camilo no le importaban la brutalidad ni el ejército de Luis Mejía, nadie podía interponerse entre la mujer de su vida y él, excepto...

—¿Sabes si la muchacha tiene gatos? —en su voz se adivinaba un dejo de angustia.

—No lo creo, porque tiene un pastor alemán —respondió Ernesto, pensativo.

Entonces no había duda, lucharía por conquistar el amor de Ana Pantoja, huirían de la persecución de Mejía, al fin y al cabo Camilo era experto en escapar.

Esa noche, amparado por las sombras y por Fidel y Ernesto que le cuidaban las espaldas, Camilo se acercó al balcón de Ana y musitó unas dulces palabras que le iban naciendo del corazón: “Yo por doquiera que fui, a la policía burlé, al ejército atropellé y a la injusticia escarnecí. Yo a las cabañas proletarias liberé, a los palacios combatí y a los claustros adoctriné, y pues tal mi vida fue, no hay perdón para mí, pero si me escuchas, amada mía, déjame morir en paz, a solas con mi agonía”. Al parecer, la muchacha tenía el sueño pesado, o prefería dejarlo morir a solas con su agonía, porque no respondió. Camilo insistió: “¿No es cierto, ángel de amor, que en esta apartada orilla el sol brilla y se respira mejor?”. Aunque el sol no brillaba, el verso surtió efecto; la ventana se abrió y apareció la cara mustia de una vieja, insultándolo. “Perdone usted, ¿no es esta la casa de Anita Pantoja?”, preguntó Camilo azorado. La mujer le señaló el balcón vecino y él repitió el ritual allí.

Ana se veía preciosa a la luz de la luna y Camilo flotaba en una nube, de donde descendió para pedirle que se casara con él. En ese momento, sintió una mano poderosa oprimiéndole el hombro y al voltear se encontró con Luis Mejía en persona, que

lo amenazaba con un rifle. Chifló para que sus amigos acudieran en su ayuda, pero los dos se habían quedado conversando con la vieja y no se enteraban de lo que ocurría.

Era una difícil situación puesto que Ana no había respondido si aceptaba casarse con él, y no hubiera sido nada gracioso perder la vida por una mujer que no lo quería. Pero, ¡oh! los designios de Eros son insondables, porque en ese momento la muchacha le dijo claramente que sí, que aceptaba ser su esposa, que siempre lo había amado calladamente, disimulando esa llama que en silencio la devoraba. Mejía enfureció más. Camilo era dichoso y no le importaba morir allí mismo, pero se le ocurrió que tal vez tenía una oportunidad y retó a su rival a un duelo.

Mejía se rascó la cabeza y le pidió que le explicara qué era eso. Aceptó, y sus padrinos fueron Fidel y Ernesto. Llegó el momento de elegir las armas y Fidel le recordó a Camilo que estaba prohibido disparar de verdad. Eso le planteaba un pequeño problema, ya que Luis Mejía no tenía la misma limitación. Con una decisión admirable les dijo a sus compañeros que si era preciso, ofrendaría su vida por el amor y la revolución; y estuvo de acuerdo en que no le pusieran balas a su revólver. Cada uno tomó su arma y se pusieron de espaldas. Fidel dio la orden de empezar.

Camilo sentía los huevos en el gaznate porque sabía que se encaminaba a la muerte, pero para eso era el guerrillero heroico, el que no flaquea ante el peligro. Se preguntaba si allí terminaba todo y suspiró pensando que si pudiese empezar de nuevo su vida... En ese momento sus cuitas fueron cortadas por una sombra negra que, desde la copa de un árbol, se lanzó sobre él. Su grito, angustioso y largo, se fue perdiendo en la oscuridad de la noche, que sólo dejaba ver un bulto que rodaba entre alaridos.

Luis Mejía terminó de contar los pasos, dio media vuelta y disparó su pistola. El primer clic lo sorprendió, el segundo lo angustió y al tercero se cagó. Su arma estaba vacía. Vio frente

a él una confusión de gritos y revolcones de dónde finalmente se irguió la silueta inconfundible de Camilo. “¡No dispares, me rindo!” gritó Mejía. Camilo no se recuperaba todavía del susto, pero se sentía poderoso e invencible porque había derrotado a su rival amoroso, y al gato negro que le había caído del árbol. Era un hombre nuevo. Camilo se vio el arma en la mano y a su rival implorando por su vida. Era el momento. Le gritó que no le dispararía a condición de que dejara libre a Ana Pantoja para que se casara con él. Mejía aceptó y la muchacha salió al encuentro del héroe. Se fundieron en un abrazo interminable y en un beso que encendió el lado masculino de Camilo. Su dicha fue completa cuando estrechó aquel cuerpo suave contra el suyo y verificó que nada faltaba y nada sobraba.

Ernesto y Fidel fueron a darles la enhorabuena y Mejía se alejó con un rayo de odio en la mirada.

Los gorros pasamontañas cayeron al suelo y quedaron al descubierto las caras sudorosas y coloradas de Dick Treyci y de Arturo.

—¡Oh no, no puede ser! ¿Acaso son ustedes los secuaces de Barbie Túrigo o es que siguen la moda del subcomandante? —preguntó Gómez, dudando de la rectitud de su amigo. Eran demasiadas decepciones para un solo día.

—¡Claro que no! Nos tenían prisioneros en el centro de operaciones, pero logramos escapar. Noqueamos a los guardias y nos pusimos sus gorros para salir sin llamar la atención. Descubrimos que Barbie Túrigo era Lulú Terolá y decidimos venir a capturarla, lo que sería mucho más fácil si pensaba que éramos sus secuaces —respondió Treyci.

—Bien, lo importante es que no los matamos y que hemos capturado a Lulú —Gómez se sentía satisfecho.

—Así es, me han capturado, pero no sirve de nada porque el ministro, el jefe de policía, los jueces y hasta el presidente de la república son miembros de la banda. ¿Ante quién piensan entregarme? —Lulú había planteado un agudo problema y Gómez pensó que la corrupción y la podredumbre estaban enquistadas en todos y cada uno de los estamentos de poder. Le gustó aquella frase. De pronto, la mente de la fiscal Cadalso empezó a funcionar a la velocidad de la luz, pero Gómez la interrumpió.

—Quiero decirles algo muy importante —los otros guardaron silencio y Gómez, aclarándose la voz, prosiguió—. La corrupción y la podredumbre están enquistadas en todos y cada uno de los estamentos de poder.

—¿Y para decir esa estupidez interrumpiste a Cadalso? —le reprochó Treyci.

Después de esa breve distracción, la mente de la fiscal Cadalso siguió funcionando a la velocidad de la luz, pero sin éxito.

—¿Es que no hay un solo juez honesto, un funcionario recto en este país? ¿Tan mal estamos que nadie puede juzgarla imparcialmente? —se preguntó Dolores, alzando la voz.

—No pueden hacer nada —aseguró Lulú.

—¡Sí podemos! —el rostro de Gómez se iluminó—. ¡Podemos matarte aquí mismo y enterrar tu cadáver en el jardín! —sabía con certeza que eso lo había visto en una película, pero no recordaba en cuál. Temió que el Síndrome de Estupidez Cinematográfica se estuviera transformando en amnesia cinematográfica.

—¡Uy, no! ¡Para enterrar a esta mujer tendríamos que cavar dos meses sin parar! —Arturo tenía razón; Gómez había propuesto una solución inteligente y sagaz, pero muy cansadora.

—Veamos, veamos... La idea de matarla no está del todo mal —intervino Dolores.

Lulú vio en la mirada fría de aquella mujer la decisión y el coraje que a los otros les faltaban. Tembló y pensó que no podría escapar, pero se le ocurrió una solución desesperada.

—Muchachos, ¿y si a cambio de que no me maten les obsequio una membresía vitalicia en la banda? Rinde buenos dividendos y ustedes serían socios honorarios, no tendrían que hacer mayor cosa... sólo dejarme vivita y coleando.

—¿Qué dicen ustedes, amigos? ¡Si no puedes contra ella, únete a ella! —Arturo era realista, además no olvidemos que él ya era socio fundador de la banda.

—Pues, en otras circunstancias yo me negaría, pero si no hay más remedio tendré que aceptar —Dick Treyci estrechó la mano de Arturo.

—Un momento... No cuenten conmigo. Yo soy incorruptible, íntegro, honesto, y no me prestaré a sus sucios juegos —exclamó Gómez.

A Cadalso le gustó lo que dijo y decidió respaldarlo.

—Pero si sólo tú y yo somos honestos, inquebrantables e incorruptibles, no hay sitio para nosotros en este país donde la corrupción y la podredumbre están enquistadas en todos y cada uno de los estamentos de poder —dijo Cadalso con un dejo de derrota en la voz.

—¡Tienes razón y ya sé lo que haremos! —abrió el cajón y tomó los boletos, se los mostró a Dolores y le dijo—. El vuelo sale dentro de dos horas, tenemos el tiempo justo para llegar al aeropuerto. Nos marcharemos a una playa paradisíaca donde podremos vivir nuestra dicha de amor, ¿qué me dices?

La fiscal Cadalso aceptó y Gómez tuvo la certeza de que había encontrado a la mujer de su vida, a la verdadera, la única, la diosa, quien además tenía esa sonrisa que... ¡Oh, no! ¿Acaso eran diminutos fragmentos de comida los que asomaban en los intersticios de sus dientes? Algo se le derrumbaba por dentro, pero era muy tarde para echarse atrás...

Rosalina observaba a través de la ventana a una pareja de Rancianos que contemplaba el atardecer en una banca de la placita. No hablaban, al parecer después de tanto tiempo de convivencia las palabras no son necesarias. Se predicen los gestos, se adivinan las miradas, se interpretan los movimientos, se conoce la palma de la mano ajena mejor que la propia. Las madres cuidaban a los niños que jugaban en el arenero. Una mujer pequeña paseaba a su perro salchicha y lo mimaba con mayor afectación que las señoras a sus hijos. Rosalina les dio la razón a quienes prefieren la compañía de una mascota a la de otro ser humano. En todo lo que ella llevaba de vida, jamás había escuchado que alguien se quejara de que su perro le mintiera, que el gato lo mortificara, que su perico dejara de amarlo o que su tortuga lo insultó. En verdad los animales nos aceptan como somos —pensó Rosalina— y no les interesa si su amo es bueno o malo, feo o guapo, pobre o rico. Esa capacidad de aceptación los hace superiores a las personas.

Después de su breve apología a la fauna doméstica se fijó en un chiquillo que jugaba solo. Peinaba a una muñeca contemplándola con deleite, cuando la dueña, una niña pecosa, se la arrebató y le dio un empujón. Rosalina entonces recordó al niño que ella había sido, al que bautizaron con el nombre de Aquiles Sánchez, sin sospechar que como buen Aquiles, tenía su talón.

Sí, había nacido hombre, pero el niño siempre había querido otra piel, otro cuerpo, otro sexo. Los demás chicos pronto se dieron cuenta de que era raro, porque prefería jugar con las niñas y ponerse sus vestidos. Las burlas y el rechazo no hicieron más que reforzar su elección.

Desde muy temprano tuvo la obsesión de verse al espejo. Al principio, para cerciorarse de que sus facciones, muy finas y

suaves, no eran como las de los demás niños; luego, cuando la adolescencia irrumpió con todos sus desastres, empezó a mirarse con miedo, odiando ese bigotito débil de pelitos suaves que amenazaba con destruir la armonía de su rostro. Era Narciso subyugado por su imagen, hurgando en el fondo del estanque en busca de su identidad, escrutando cada rasgo para descubrir quién era en realidad, porque no lo sabía. Era preciso investigar, preguntar y gritar hasta que algún eco de su conciencia le devolviera su verdadero nombre que, bien lo sabía, no era Aquiles.

Esas inclinaciones suyas, esos modales que no correspondían al cliché, fueron motivo de las más agrias peleas entre sus padres. Su madre lo defendía y su padre lo atacaba, decidido a convertirlo en un hombrecito. Cuando Aquiles cumplió diecisiete, aquel tirano decidió enviarlo a la escuela militar. Su madre lloró y peleó tanto que el padre optó por cambiar de estrategia y le pidió que solucionara el problema a Ramona, su amante oficial.

Todos conocían y aceptaban aquella relación como una vida paralela, un secreto a voces que no se repite ni se toca, algo que se sabe, pero debe ignorarse. La madre no se quejaba, porque la querida no le sacaba dinero. Pertenecía a una familia rica y sólo le robaba tiempo y arrumacos, entonces todo estaba bien, mejor de lo que muchas otras debían soportar.

La idea de su padre era que con la experiencia de Ramona y gracias al poder que las mujeres maduras tienen sobre los jovencitos, lo haría hombre. Contra su voluntad, lo llevó una tarde a la casa de aquella mujer. Aquiles no podía negar que era hermosa. Tendría unos cuarenta años, pero parecía mucho más joven. A él lo impresionaron tanto su belleza y la cadencia de sus movimientos, que decidió imitarla.

Ramona se enamoró de aquel joven imberbe, inmune a sus artes de seducción, de la manera más estúpida. Le pidió que fuera a vivir con ella y él aceptó más que nada por huir de sus

padres. En ese tiempo, Aquiles conoció a Pablo y las pocas dudas que le quedaban sobre sus inclinaciones se borraron. Se nombró Rosalina y nació como tenía que nacer.

Aprovechó bien el magisterio de Ramona y empezó a maquillarse y a moverse igual que ella. Le gustaban las reacciones que provocaba en los hombres porque la hacían sentir poderosa.

Al saber que Aquiles no quería volver a verla, Ramona enloqueció. Lo buscaba, le rogaba, se ponía tan pesada que varias veces tuvo que echarla con violencia. Era una pesadilla esporádica.

Rosalina saltó las cercas que detenían a Aquiles, quiso probarlo todo y lo hizo. Rodaba por la pendiente cuando conoció a Arturo y empezaron a correr al mismo ritmo. Él era otra de sus adicciones, la que más necesitaba. Tenía la certeza de que no se dejarían nunca, porque cada uno conocía bien los puntos sensibles del otro y sabía dosificar el dolor con la intensidad justa.

La plaza quedó en penumbra. Las madres se habían llevado a los niños y los ancianos caminaban del brazo, arrastrando los pies. En ese momento el sonido de la cerradura la tensó y anticipó la dicha exquisita del dolor.

Claudia despertó acalorada y confusa. En el primer momento no reconoció aquella pobreza triste que veía a través del velo blanco. Apartó el mosquitero y se levantó. En la otra cama dormían los niños, Rocío con las piernas al aire, llenas de picaduras de mosquitos. Los rizos castaños de Gabrielito se pegaban a su cabeza, empapados en sudor. Fue al aguamanil y se lavó la cara, que el espejo le devolvió como la de una muchacha vieja, la legítima dueña de aquel cuarto que había sido suyo, pero que ahora, de regreso en casa de sus padres, le era tan ajeno como los muebles desportillados, los mismos que sus recuerdos infantiles guardaban con la pintura nueva y colorida. El ajeteo en la casa había empezado, su madre iba y venía, horneando el pan que minutos después irían a reclamar los vecinos y los clientes fieles de la panadería.

Claudia rememoró la triste sorpresa que se había llevado su madre dos días antes, cuando la vio aparecer con una maleta y los niños. Intuyó lo que ocurría y su gesto le dijo de inmediato que no era bienvenida, que el tiempo había pasado, ya se habían librado de ella y ahora la consideraban un peso, aumentada con dos bocas más.

Si hubiese tenido otro sitio adonde ir, a Claudia no se le hubiera ocurrido pedirles asilo. En cuanto traspasó el umbral, su madre le recitó que su deber era volver con su marido, que una mujer buena no abandona su hogar, sin importar lo que pase. Claudia explicó, bajando la mirada, que él la había echado de casa y le había prohibido volver. Agregó que si ellos le cerraban la puerta se quedaría en la calle. Era un problema inesperado que la anciana no sabía resolver.

—Ahora tu padre se pondrá como la chingada. Tienes que volver con tu marido, suplícale que te perdone y que te acepte

de nuevo —eran los consejos más sabios que podía dar, fruto de una larga tradición familiar.

—No quiere saber nada de nosotros y me dijo que no volviera, pero eso no fue lo peor, mire —se abrió la blusa mostrando un cardenal en el pecho—. Él me golpeaba, esta fue la paliza más fuerte. No quiero regresar a eso, mamá, por favor ayúdeme.

—Para eso eres mujer, ¿o qué creías?, ¿que la vida es un lecho de rosas? Una se casa para aguantar; ya ni que fueras princesa o qué te crees tú. Si no quieres que te revienten, pórtate bien y no disgustes a tu marido. Así son las cosas y no hay que buscarles otro modo.

—No, mamá. Tal vez eso estaba bien para usted, pero no para mí. Si pudiera sostenerme sola le juro que no estaría aquí, pero con lo que me pagaban en la oficina no me alcanzaba ni para el alquiler. Por favor, deje que me quede, aunque sea por unas semanas mientras encuentro otro empleo. No seré una carga, se lo prometo. La ayudaré en la panadería, haré los oficios de la casa, si quiere trátame como a una criada.

—Yo nunca he tenido sirvientas; eso es para los ricos y para las mujeres inútiles. Te dije mil veces que estamos mal de dinero, ¡ah, pero la gran señora deja su casa y nos viene a caer encima como si fuéramos millonarios! ¿Crees que podemos sostener a tus hijos? Ya te mantuvimos a ti, ya estás crecida para venir a extender la mano. Desde que a tu padre le dio el derrame y tuvo que cerrar la barbería me las veo negras para sacar adelante la casa, hacer el pan y cuidarlo a él. Ya no puede comer solo, tengo que darle en la boca, bañarlo... hasta le limpio el culo, todo eso me quita mucho tiempo —Claudia la interrumpió.

—¿Lo ve, mamá? Yo puedo encargarme de esas cosas, por favor, deje que me quede.

—Por lo menos pídele dinero a tu marido, tiene que hacerse cargo de sus obligaciones.

—Es imposible... Es que él ya no está, es decir... se fue y no sé dónde se encuentra.

—Ultimadamente, no soy yo la que decide. Tendrás que preguntarle a tu padre —su madre se alejó molesta, Claudia conocía bien el hervidero que llevaba adentro.

Su padre la vio como siempre: aplastándola. Tenía media cara paralizada y un hilillo de saliva le colgaba de la comisura de los labios. De no temerle tanto, su rostro le hubiera provocado risa, era como un personaje que quiere ser macabro pero no lo logra. Parecía un dictador en el exilio. De pronto, Claudia adivinó en esa mirada dura el rescoldo del poder de antaño y comprendió que ella y los niños eran los súbditos que estaba necesitando para descargar su ira, porque su mujer ya no era un blanco fácil, visto que dependía de ella hasta para cagar.

170

Dijo que podían quedarse y con su lenguaje enredado reprendió a Rocío porque lo veía de frente, obligándola a bajar la mirada. Claudia se vio en la niña, era ella, eran las dos mirando al suelo. En ese momento hubiera podido escribir el futuro de su hija.

A medida que pasó el tiempo, Rocío se convirtió en el receptáculo de la furia del abuelo. La única ventaja era que la parálisis le negaba su placer favorito: golpear.

Con todo, Claudia no podía regresar a la ciudad, llevaba encima el peso de una muerte, que la convertía en prisionera y la obligaba a pagar una cárcel merecida. Se quedaría en el pueblo enterrada en vida, con sus padres y sus hijos, en ese mausoleo gris al que llamaban “casa”.

Es extraño verlos, escuchar lo que dicen, lo que piensan y no poder comunicarme con ellos. Lo que me queda ahora es orientarme en esta dimensión, esperar, entender cómo empezaré de nuevo. ¿Perdurará algo de eso que fui, de todo lo que viví, de lo poco que aprendí?

—¿Qué queda ahora? —pregunto al vacío.

Se ha hecho el silencio y comprendo que ya no tengo nada a qué aferrarme. Quedaron atrás los caminos compartidos. La vida de los otros les pettece a ellos. De pronto me siento lejos, como si ese lapso que llamaba “mi existencia” sólo lo hubiera imaginado o soñado. He recuperado dos o tres recuerdos, guardo cuatro lecciones de las que aprendí en aquel instante que allá me parecía algunas veces demasiado, y otras muy poco. Ahora sé que el aprendizaje no ha concluido y comprendo que anclarme en lo que quedó atrás no tiene ya sentido. Una partida es siempre un comienzo.

171

Me estoy vaciando de palabras, ya no hay nada que decir, nada que construir. Lo que suponía mi identidad era un conjunto de descripciones y nombres que precisaban de un léxico finito para inventarme y rehacerme hasta el infinito. Sé que al quedarme sin palabras me perderé en la nada, porque la existencia depende de ese lenguaje que antes me formó y ahora me destruye, poco a poco, como si un agua mansa me fuera diluyendo. Ahora veo distante y ajeno el mundo que sigue funcionando igual sin mí. No falta ni sobra nada, nadie se da cuenta de que no estoy.

Ya no me importa saber quién disparó aquellas dos balas. No tiene sentido averiguarlo si no quiero ejercer el odio, ni retribuir el daño. Esto terminó.

Esperanza empezó a caminar hacia el reciclaje, cuando escuchó una voz que la llamaba. Era el alma caritativa, que le decía que había conseguido su ingreso en el Club de los Celeberrimos. Ella siguió andando.

—¡Detente, Molly Blum! ¿No escuchaste que te aceptaron en el club? ¡Debiste decirme que tenías una buena influencia allá arriba! Nada menos que Joyce te ha recomendado. Al escuchar tu nombre, se movilizó y consiguió tu ingreso. Ven, vamos, te esperan.

—Dile a esa señora Joyce que se lo agradezco mucho, pero ya no quiero quedarme en el club. Voy a empezar de nuevo.

—¿Qué te pasa? ¿Olvidaste el dolor, la enfermedad, el peso del cuerpo?

—No.

—¿Entonces?

—Es que tampoco he olvidado la vida.

Presentación

A CARGO DE
LUCRECIA MÉNDEZ DE PENEDO

Lucrecia Méndez de Penedo es una ensayista, crítica, investigadora y docente guatemalteca. Licenciada en Lengua y Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad de San Carlos de Guatemala y Doctora en Letras por la Univeristà degli Studi di Siena (Italia), se graduó con honores en ambas instituciones. Es autora de numerosos libros, entre los que vale la pena destacar su labor como coordinadora de *Teatro de Miguel Asturias* de la Colección Archivos (Unesco, 2003).

MUJERES QUE CUENTAN

Como cualquier discurso literario pionero, la narrativa breve guatemalteca elaborada por mujeres es una escritura en construcción. Y al mismo tiempo, una escritura deconstructiva de estereotipos e imágenes tradicionales femeninas. Un discurso a dos voces: la mujer guatemalteca vive y escribe en una dualidad, en una intermitente negociación. No se encuentra totalmente fuera del sistema patriarcal, en cuanto a cánones literarios y circuito de producción y distribución del libro; pero al mismo tiempo, aspira a tener espacio y voz propia, así como sus propios canales de difusión. Los textos resultan entonces alternativos, oscilantes. Han recorrido un conflictivo proceso desde el silencio o la mudez, hasta el murmullo o el grito.

Este trabajo persigue ofrecer un panorama de las voces narrativas femeninas guatemaltecas de autoras nacidas entre 1926 y 1978 que hayan publicado —tardía o tempranamente— aproximadamente a partir de mediados del siglo XX —pero específicamente durante la década del noventa— hasta la fecha. Las narradoras guatemaltecas que nos ocupan¹ han sido, en un cierto modo, privilegiadas, si se las compara con el grueso de la población femenina de su país, que todavía padece un alto grado de analfabetismo y un escaso o nulo acceso a la educación y cultura, y una situación laboral desventajosa, sobre todo en las áreas de población rural indígena. Estas escritoras han obtenido un espacio de

175

1. Entre otras: Ana María Rodas, Esmeralda Putzeys Illescas, Leonor Paz y Paz, Isabel Garma (pseud. de Norma García Mainieri), Ligia Escribá, Eugenia Gallardo, Mildred Hernández, Aída Toledo, Ruth Piedrasanta, Ana María Sandoval.

reflexión idóneo para ejercitar su oficio —la famosa “habitación propia” woolfiana—, que ciertamente nadie les ha regalado, pero sí han debido pagar a un alto precio personal y profesional. No todas las mujeres que escriben son necesariamente militantes de movimientos feministas; no obstante y en general, basta que partan de su propia experiencia personal de diferentes grados de marginación para que resulte casi inevitable que adscriban a corrientes varias de liberación femenina. Las mujeres actualmente gozan ya de una mayor y relativa igualdad de derechos con el hombre, fruto en gran parte de los movimientos feministas que inician en Guatemala en los círculos intelectuales alrededor de finales de los sesenta. Pero también, como efecto del conflicto bélico y sus consecuencias que vinieron a alterar brutalmente los patrones familiares.

176

La producción narrativa de parte de mujeres guatemaltecas —como sucede con otros géneros como la novela, el teatro, el ensayo, la autobiografía— ha sido más escasa si se compara con la producción poética, que cuenta con una larga tradición y posee corrientes definidas. Probablemente desde un principio y hasta la primera mitad del siglo XX aproximadamente, la poesía constituyó para el conservador ambiente guatemalteco, un recinto privilegiado o idóneo para la confesión intimista de tipo lírico, espacio concedido a la “sensibilidad” —o sensiblería— estereotipada de las mujeres. Por supuesto que hubo excepciones de notable calidad estética y también quedan registrados elusivamente en los intersticios del tipo de discurso intimista temas como el erotismo y la opresión femenina y —menos frecuentemente—, la denuncia social, que irrumpirían abiertamente en la década de los setenta.

La narrativa breve escrita por mujeres constituye un fenómeno reciente, por el contrario, y esto puede explicarse tanto por razones históricas como sociales y culturales. Particularmente, en la historia guatemalteca contemporánea, los factores de tipo

social han condicionado la vida de todos los habitantes, directa o indirectamente. No se vive una guerra sin sufrir sus consecuencias —sea dentro de las fronteras o el exilio— y las heridas profundas dejan largas secuelas. Así, al hablar de la literatura guatemalteca, es imposible no hacer referencia al fenómeno de la guerra civil que laceró el país durante aproximadamente 36 años, desde 1960 hasta 1996, así como al de la posguerra. Conflicto que condenó a muchos escritores que permanecieron en tierra guatemalteca al silencio, la evasión, la alusión o bien, la temeridad. En cuanto al tipo de género y registro, la narrativa desde esa perspectiva conservadora, estaba considerada como una escritura menos “femenina”, es decir, más propia de la mentalidad racional tradicionalmente atribuida al hombre, el sujeto épico por excelencia, de acuerdo a los cánones culturales. Por otro lado, la mayor capacidad de comprensión de un texto narrativo de parte del lector y, por ende, su mayor divulgación y acceso en cuanto a objeto cultural, probablemente convertían la narrativa en un tipo de escritura potencialmente peligrosa en términos ideológico-políticos, aunque esta sólo fuera accesible efectivamente para un reducido número de lectores.

177

Hipermarginalización: la construcción del sujeto femenino

Guatemala se singulariza por constituir una sociedad subdesarrollada y marginalizada, dependiente de la centralidad hegemónica, sea en lo económico, político y cultural. Por otro lado, existe una especificidad que le da un rasgo particular: es una sociedad mestiza, multiétnica y multicultural, donde los grupos predominantes son los indígenas y los ladinos, aunque ambos son sujetos mestizos, ya que dicho proceso se inició desde el momento mismo de la Conquista. El sujeto guatemalteco, además de los condicionamientos económicos tiene marcas culturales que lo definen, como por ejemplo el género y la etnia;

factores que inciden en diferentes medidas, según sea el caso particular. Actualmente existe un profundo debate sobre estos temas y como una de las soluciones más actualizadas y democráticas se perfila la de una interculturalidad tensa y en constante mutación.

178

La Revolución del 20 de Octubre de 1944 constituyó un fenómeno singular en la historia guatemalteca, signada hasta entonces por dictaduras “liberales”, ejercidas férreamente por varios *señores presidentes*, que solamente crearon una fachada de desarrollo o reformas —como la laicización del Estado—, sin reales bases de sustento. El proceso reformista del 44, un proyecto demócrata-burgués de modernización del Estado, se exployó a todos los órdenes de la vida guatemalteca, aunque indudablemente no era fácil borrar décadas de terror, opresión y atraso en todos los niveles. En el área de la cultura y las artes, el país se vio favorecido por una política de apertura e intercambio con los centros culturales hegemónicos del momento, así como por la construcción de una infraestructura para estas finalidades con el objetivo de construir un primer acceso a la divulgación cultural dirigida a sectores tradicionalmente marginados. Por desgracia, la experiencia reformista surgió dentro del contexto de la Guerra Fría y el proyecto de las dos administraciones de los gobiernos revolucionarios —Arévalo (1944-1950) y Arbenz (1951-1954)— se derrumbó por una invasión financiada por los Estados Unidos en 1954.

Más tarde, Guatemala fue cayendo en una guerra cruenta y sorda, pero sobre todo no declarada, entre insurgencia armada y gobierno, que desembocó en represivos gobiernos militares. Es a mediados de los ochenta, con el regreso de los civiles al gobierno, que el país inicia la lenta recuperación del sistema democrático. El conflicto armado finaliza teóricamente con las firmas de los Acuerdos de Paz en 1996, aunque las causas que dieron origen a dicha contienda no han sido solucionadas

adecuadamente hasta el día de hoy. Como consecuencia de esto, se ha conformado en Guatemala una particular posmodernidad que abarca horizontalmente sujetos y tiempos disímiles, y que innegablemente se refleja en la caótica vida urbana; un pseudo-neoliberalismo que implica el colapso de los proyectos utópicos y la inserción —aunque tercermundista— en la aldea global y su mercado, por medio de tecnologías que contrastan con la persistente miseria y el atraso.

Desde los inicios, como hemos ido explicando, la situación de la mujer guatemalteca ha sido particularmente marginal (cuando no hipermarginal como en el caso de la mujer indígena). Por razones históricas y culturales, se ha conformado una estructura patriarcal ultraconservadora, enraizada en un poder central autoritario y esclerótico, que bajo diferentes ropajes ha resultado casi siempre igualmente opresivo hacia la mujer. Limitándonos a la historia reciente, ni siquiera durante las administraciones de los gobiernos revolucionarios de mediados del siglo pasado la mujer gozó realmente de una situación igualitaria a la del hombre. Aunque ganó espacios en áreas como el magisterio, el liderazgo sindical, la protección a la maternidad y la infancia, e inició a insertarse en el campo del trabajo, estudio y diferentes oficios y profesiones, los estereotipos fueron difíciles de extirpar. La Revolución innegablemente propició estos cambios mediante leyes e infraestructuras adecuadas a la independización y realización de la mujer como nuevo sujeto histórico, pero los patrones culturales continuaron intocados: el espacio privilegiado para la mujer siguió siendo el recinto hogareño, y su dependencia y sumisión al hombre continuó configurando la conducta socialmente aceptada, inclusive por los círculos revolucionarios, teóricamente progresistas. Las excepciones fueron mínimas e intrascendentes.

179

La falta de participación y protagonismo inclusive puede observarse en el campo artístico, donde la presencia de la mujer

fue esporádica y escasa durante este período. El discurso predominante en las letras era el de tono épico, inscripto de alguna manera en el proyecto nacionalista, aunque también se cultivó la lírica amorosa y erótica, si bien —sintomáticamente— no se encuentran mujeres narradoras que hayan practicado ese registro. Probablemente resultaba más acorde a los cánones de conducta femenina de la época la escritura poética, mejor si lírica, elíptica y metafórica; es decir, inofensiva desde el punto de vista ideológico. Asimismo, era más fácil a efectos prácticos la publicación de un poemario que de una novela o de un volumen de cuentos. Acaso si el proceso democratizador no se hubiera interrumpido, habrían surgido algunas narradoras.

180

A partir de los años sesenta, el país empieza, en medio del conflicto bélico, a desarrollarse industrialmente con todo lo que esto implica de negativo: hacinamiento urbano, explotación y adopción del modelo de vida norteamericano; pero también, por otro lado, una mayor opción de acceso a la instrucción y la cultura, así como a algunos bienes de consumo y culturales. Las mujeres cada vez más insertas en el mercado laboral y profesional, inician el proceso de toma de conciencia de sí mismas como nuevos sujetos sociales y los modelos culturales inician a cambiar radicalmente: por ejemplo, la mujer indígena y ladina será uno de los nuevos sujetos en incorporarse a la lucha armada, junto con el cristiano. Paradójicamente será durante la época del inicio de la restauración del anticomunismo visceral que las mujeres inician a publicar esporádicamente textos narrativos, probablemente porque la nueva situación político-económica las empuja a nuevas experiencias en primera persona. Asimismo, es fundamental insistir en la aparición del movimiento feminista alrededor de los años sesenta, en el seno de grupos de intelectuales, profesionales y universitarias.

La violencia se va intensificando durante la década de los setenta y los ochenta hasta alcanzar niveles demenciales. Los

intelectuales se sienten perseguidos y limitados, estén o no involucrados en la lucha armada. Algunos de los realmente comprometidos sufren el exilio, la muerte o son desaparecidos. Este factor empobrece y ensombrece el panorama artístico-cultural, pero no lo aniquila, pues quienes permanecen en el país siguen produciendo a pesar de todo. El discurso narrativo predominante es la literatura comprometida y de denuncia, aunque altamente experimental, pues la urgencia social casi lo hace surgir inexorablemente, pero con un registro mucho más crudo y menos idealizador que el precedente. Ahora son notables las huellas de influencias tan diversas como la novela norteamericana y las técnicas propias de la narrativa de este siglo —fluir de conciencia, focalización múltiple, rupturas espacio-temporales, fragmentación del discurso, etc.—, filtradas también por los escritores latinoamericanos del *Boom* y de la novela de la Onda, con una fuerte carga testimonial. En efecto, el testimonio es una de las aportaciones más originales que países como Guatemala harán a la conformación de una nueva textualización narrativa. Algunos fueron anónimos y otros de difusión mundial, como el de Rigoberta Menchú: *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983). Es probable que en este contexto, las narradoras percibieran la escritura en prosa como un vehículo más peligroso que la poesía en una época de represión por su capacidad de comunicación más inmediata. Era quizás menos arriesgado escudarse detrás de una escritura metafórica, como era hasta entonces la línea predominante de la lírica escrita por mujeres, que en la inmediatez y accesibilidad de la prosa.

181

Conforme va siendo denunciado internacionalmente el conflicto bélico guatemalteco y sus devastadoras consecuencias, y conforme los gobiernos civiles tratan de ganar credibilidad para insertar al país en los programas de desarrollo y nuevos mercados, se avizora un horizonte más democrático. Inicia la posibilidad de denunciar las violaciones a los derechos humanos,

a lo que se suma el progresivo deterioro y descrédito de los proyectos utópicos y de los partidos políticos y organizaciones sindicales. Aparecen entonces grupos cívicos surgidos de las necesidades históricas de varios tipos: cooperativas de viudas de guerra, familiares de desaparecidos, defensa ecológica, opción sexual, lucha contra las drogas, etc. Así, durante la década del noventa, la mujer alcanza niveles de inserción impensables décadas atrás; en ella, una mujer indígena guatemalteca, Rigoberta Menchú, recibe el Premio Nobel de la Paz (en 1992). Las costumbres sexuales sufren relajamiento y aparecen modalidades de cultura alternativas. En suma, es un período en el que existen conquistas de género, aunque todavía el grueso de las mujeres sigue en estado de profunda sumisión.

182 *Archipiélago de escrituras*

Guatemala no escapa del peligro que la globalización imprime al fenómeno estético: en el fondo, es el mercado quien decide, y la extensión y el acceso a los textos no siempre va en proporción a la profundidad de los mismos. Esto vale también para la literatura escrita por mujeres, que corre el peligro de ser condicionada por el gusto masivo de lo *light*, al que muchas editoriales responden con narrativa epidérmica, avalado por un tipo de crítica ídem en algunos suplementos, revistas, academia y grupos de opinión.

No es posible hablar todavía de corrientes o líneas definidas y definitivas en la escritura narrativa femenina guatemalteca. En este sentido, no se trata de una narrativa solar o lúdica, sino sombría. Tampoco existe la parodia del melodrama de manera significativa, pero sí existen algunos elementos específicos que la perfilan: el tema de la violencia extrema y el humor negro que operan como vehículos para conformar un universo simbólico cada vez más transgresivo y cruel, aunque frecuentemente

rumiado en silencio. No así otros temas como el étnico, pues estas narradoras utilizan básicamente como asunto extraliterario su experiencia personal de ladinas urbanas. Lo mismo sucede con la guerra, tema por sí mismo escaso, pero filtrado a través de los pequeños universos íntimos de los personajes —más que mediante una dimensión épica—, que deja su huella sobre todo en las relaciones de pareja o en las familiares. Incluso el erotismo, que finalmente irrumpe sin mojigaterías y reivindica la destrucción de los esquemas convencionales, aparece lejos de un estado exultante.

Como es usual en la narrativa de mujeres, vemos en las guatemaltecas una actitud catártica porque sus puntos de referencia son los de su propia interioridad. A través de la reflexión se llega al conocimiento de sí misma. Los temas privilegiados son comunes con los de narradoras extranjeras: la opresión social de género; la represión de los instintos; la falta de horizontes y privacidad para la autorrealización; la violencia física y emocional; la nostalgia de mínimos paraísos perdidos, no sólo los de la infancia (que frecuentemente también significaron el infierno); el abuso en todos los niveles; la maternidad como servidumbre.

En las narradoras guatemaltecas puede observarse la existencia de un entrecruce de líneas porque estas autoras, con algunas excepciones o libros específicos, no siempre cultivan un determinado tipo de práctica escritural, sino que indistintamente utilizan varios registros, inclusive en un mismo libro. Todas suelen partir de experiencias propias de una mujer, de allí el tono testimonial que fija una precisa realidad, aunque sea fantástica. Pueden observarse líneas temáticas variadas que comprenden los ciclos de vida femenina: la infancia, la iniciación sexual (a menudo traumática), la doble moral, la maternidad, la madurez y la soledad, la muerte. En algunas priva una tendencia hacia la melancolía del recuerdo, mientras que en otras se impone un corte tajante hacia lo que queda atrás. Así como hay recuperaciones

realistas de escenarios de vida, también encontramos dimensiones onírico-sonambulescas, por donde la narración se escapa y resulta ser muy reveladora. O inclusive hay textos que son parodias crueles de cuentos de hadas, otros están totalmente poblados de personajes fantásticos o de tipo detectivesco *noir* con escenas aberrantes, o de casi ciencia ficción. Los modelos globalizados —y prácticamente inalcanzables— de belleza femenina son cuestionados en clave generalmente irónica.

Los escenarios privilegiados son mínimos: el hogar —pocas veces rural— en presente y pasado, y que no siempre es dulce, pero aunque permanece, va quedando atrás, ya que la realidad de la mujer se abre hacia la ciudad donde estudia o trabaja. El tono: confesional e íntimo, con profusa utilización del silencioso monólogo interior que va creando la complicidad con el lector. La voz adquiere tonos diversos: desde registros nostálgicos, hasta los más irónicos y agresivos. Pero casi siempre dentro de una órbita narcisista, propia de la escritura del yo.

La construcción simbólica no es uniforme y las estrategias son muy variadas. La mayor parte tiende a la brevedad, pero así como se aprecian escasos fragmentos que tienden a lo lírico, la mayor parte utiliza un lenguaje directo y a veces, muy crudo. Eventualmente, aparece la apropiación de un tipo de discurso característico de la narrativa de los setenta, sumamente lúdica, gruesa y desmitificadora, que probablemente tiene algo de parodia y de implícito homenaje a sus modelos. Las fronteras entre diversos géneros también aparecen a veces fracturadas: hay interrelaciones entre la estructura, lenguaje y ritmo poéticos y el texto en prosa; existen algunos textos que parecen aforismos. Asimismo, los tradicionales confines entre cultura alta y popular se difuminan, así como los que distancian registros cultos y no.

La imagen de la mujer atraviesa todos los estereotipos, que van desde el ángel hasta la vampiresa. Pero se trata siempre de una mujer insatisfecha, que sólo parece tener paz cuando silenciosa

o abiertamente cobra venganza real o simbólica. Porque entonces recobra su autoestima —si es que alguna vez la tuvo— a caro precio para todos. Es el inicio de la toma de conciencia de sí misma como sujeto con identidad perfilada. O bien, cuando huye dentro de sí misma sea en la locura, la indiferencia o la muerte. La visión en casi todos los textos, sea el tipo de universo simbólico que sea, usualmente es pesimista, tenebrosa, sobre todo en algunas de las autoras más jóvenes. Demás está decir que la figura del hombre es, como mínimo, inquietante.

De la justa agresión a la jubilosa transgresión

La narradora guatemalteca ha sufrido un proceso que va del ser agredida a reconocerse agresora. De la opresión y la represión, a la expresión de esta condición marginal. La revelación de que el condicionamiento de género le ha sido impuesto con alevosía y ventaja frecuentemente ha implicado para muchos personajes de sus textos narrativos la internalización de la propia opresión y, eventualmente, apoderamiento del discurso masculino para fracturarlo. Durante el proceso de liberación con vistas a alcanzar la autorrealización, la escritora ha ido demoliendo estereotipos irreales e irrealizables en el momento histórico actual. El ataque se ha dado frontalmente en dos campos fundamentales: el cuerpo y la voz. Estas autoras han textualizado su cuerpo, liberándolo de prejuicios para convertirlo en territorio erótico, regido por sus propias leyes. Y se han expresado libremente, rompiendo los cánones estrechos a los cuales tradicionalmente la centralidad había reducido la escritura femenina. Deconstruyéndolos. Y construyendo a partir de la mudez, revelando la densidad de las precedentes elusiones, eufemismos y dando sentido a los vacíos y sigilos.

Estas narradoras, entonces, han asumido una tarea iconoclasta en sentido paradójicamente constructivo. Nombran, dan

voz, a su experiencia y a su grupo. Como sucede al principio, son voces extrañas, discordantes, pero tienen la fuerza de la justa transgresión. Desbrozan su propia imagen y esta les revela que nunca va a estar concluida e inmóvil, sino siempre transformándose. Se trata de una escritura inaugural y de resistencia. Requiere coraje e imaginación para evitar erigirse en nuevos paradigmas didactizantes, para transmitir una visión inédita y lúcida —pesimista, pero también irónica—, que transmite perspectivas sobre futuras formas de ver, registrar y expresar el universo. La transgresión es jubilosa porque no finaliza en la destrucción anárquica del canon, sino que se reapropia de este y lo refuncionaliza a su sabor y antojo para develar zonas ocultas. Trata de ir más allá del legítimo dolor y del casi inevitable victimismo.

186 Así, la escritura de las narradoras guatemaltecas no es monocorde, sino múltiple, ambigua, heterogénea. Revela polifónicamente la presencia de las ausencias y los sonidos del silencio.

Títulos de la colección **69/ Argentina es Latinoamérica**

1. Mariano Fiszman [Argentina]
Nuevas cenizas
2. Ana Ojeda [Argentina]
Modos de asedio
3. Jesús Morales Bermúdez [México]
Divertimenta
4. Enrique Ferrari [Argentina]
Entonces sólo la noche
5. Mariano Fiszman [Argentina]
Muñecas 970
6. Catalo Bogado Bordón [Paraguay]
Insurgencias del recuerdo
7. Daniel Díez [Argentina]
Punta roja
8. Ana María Sandoval [Guatemala]
¿Quién mató a Molly Blum?

www.el8voloco.com.ar

69

/ Argentina es Latinoamérica

Se terminó de imprimir en
Gráfica LAF, Monteagudo
741, San Martín, Provincia
de Buenos Aires
en el mes de marzo de 2010.